

DE  
PSOL-2/0026

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

CERTÁMEN POÉTICO

CELEBRADO CON MOTIVO DEL

CONCURSO DE PREMIOS

ABIERTO POR LA ESPRESADA ACADEMIA

PARA SOLEMNIZAR EL

CUARTO ANIVERSARIO DE SU INSTALACION

EN LA NOCHE DEL

14 DE OCTUBRE DE 1866.



LÉRIDA.

ESTABLECIMIENTO DE JOSÉ SOL É HIJO.

1866.

ESPAÑA  
PATRIMONIO DE MARÍA.

TODO PARA MARÍA.

ACTA DEL CERTÁMEN.

En la Ciudad de Lérida, á los catorce de Octubre de mil ochocientos sesenta y seis, bajo la presidencia del M. I. Señor Provisor Eclesiástico de la Diócesis, por ausencia y delegacion del Ilmo. Sr. Obispo, asistiendo comisiones de la Excm. Municipalidad y Cabildo Eclesiástico, no menos que del Profesorado y otras Corporaciones, con crecido número de Señores Sócios y diferentes personas de la poblacion, al efecto invitadas, siendo las seis de la tarde, se dió principio en uno de los nuevos Salones del Palacio Episcopal á la celebracion del cuarto de los Certámenes poéticos establecidos por la Academia bibliográfico-Mariana con la solemne adjudicacion de los premios ofrecidos para el concurso del presente año.

Leida el acta del anterior Certámen, el Sr. Director pronunció un breve discurso de apertura, manifestando cuan grato era para la Academia seguir así solemnizando cada nuevo aniversario de su instalacion y la importancia que á estos actos se debia dar por sus beneficiosos resultados. (Núm. 1.)

El Sr. Vocal-Secretario de la Comision de Exámen leyó en seguida una reseña de los trabajos recibidos para este Concurso, con el juicio por aquella emitido de los que se habian señalado como merecedores de premio ó distincion: no sin hacer presente que el laud de plata y oro lo mismo que sus accesits y los correspondientes á la pluma de plata habian quedado sin adjudicacion, por no reunir todas las precisas cualidades aun las mas idóneas de las restantes composiciones. (Núm. 2.)

Abiertas por el M. Ilre. Sr. Presidente las carpetas que conforme á lo prevenido en el programa encerraban el nombre y domicilio de los autores laureados, resultaron ser estos los siguientes.

D. JULIO MONREAL Y JIMENEZ DE EMBUN (*de Zaragoza*) obtuvo la cítara de plata y oro por su Leyenda *La Aurora de Covadonga*: lema *Ecce Virgo concipiet et pariet filium.*—*Isai. 17. v. 4.* (Núm. 3.)

DOÑA VICTORINA SAENZ DE TEJADA (*de Antequera*) su primer accesit por la composicion que remitió con el título *Nuestra Señora de Covadonga* y la divisa *Auxilium cristianorum.* (Número 4.)

D. ENRIQUE GARCÍA BRAVO (*de Valencia*) el segundo accesit por la Leyenda religiosa *El Hijo del Califa*, enviada con el lema *Ecce tu pulcra es amica mea; ecce tu pulcra es: oculi tui columbarum.*—*Cantica Canticorum. Cap. I. v. 14.* (Núm. 5.)

D. GERÓNIMO BORAÑO (*de Zaragoza*) la lira de plata en méritos de su Oda *Á la Virgen de Covadonga*, presentada con el lema *Campamento de seguridad.*—*Hugo de S. Victor.* (Núm. 6.)

D. JULIO MONREAL Y JIMENEZ DE EMBUN (*de Zaragoza*) el primer accesit á dicho premio por su Oda *Á la Madre de Dios en Covadonga*; lema *Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est.*—*Joann. VIII. 54.* (Núm. 7.)

DOÑA EMILIA MIJARES DE REAL (*de Madrid*) el accesit segundo por su Oda *Á Nuestra Señora de Covadonga*, señalada con la divisa *Mi socorro viene del Señor, que hizo el Cielo y la tierra.* (Núm. 8.)

D. LUCIANO SAEZ DEL PORTAL DE AGREDA (*de Segovia*) el lirio de plata, regalo anual del Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, como autor del *Tributo de amor á Maria Santisima en Covadonga*, Oda remitida con el lema *Montes fluxerunt á facie Domini.*—*Judicum. Cap. V. v. 5.* (Núm. 9.)

D. FÉLIX PIZCUETA (*de Moncada, Valencia*) el primer accesit por su Oda *Á Maria Santisima en Covadonga*; lema.... *¿Pulcra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*—*Cant. Cantic.* (Núm. 10.)

D. LUIS ROVIRA Y BENET (*de Breda*) el segundo accesit por la Oda *Mis Cantares* enviada con el epígrafe *Exaltationes Dei in gutture eorum, et gladii ancipites in manibus eorum. Ad faciendam vindictam in nationibus.*—*Psalm 149. v. 6 et 7.* (Núm. 11.)

D. JULIAN PASTOR Y RODRIGUEZ (*de Zaragoza*) la pluma de plata por sus *Apuntes históricos sobre el Santuario de Nuestra Señora de Covadonga*, trabajo en prosa remitido con el lema *¿Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulcra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*—*Cant. VII. 9.* (Núm. 12.)

Resultando no encontrarse en el Salon ninguno de los siete Señores primeramente citados, despues de llamárseles en alta voz así que se descubrieron sus nombres, se pasó á dar conocimiento de sus respectivas producciones por lectura que hicieron integra el Sr. Director de la referida Oda de D. Gerónimo Boraño, y el infrascrito Secretario de la Junta Directiva de la del Sr. Pizcueta, Médico, segun encargo especial consignado por el mismo al pié de las señas que en su carpeta se contenian; bien como los Sres. Secretarios de la Comision de exámen y Consejo de la Academia la hicieron alternativamente á grandes trozos, ya que no por entero, de los demas trabajos. La composicion *Mis Cantares* fué leida por su propio autor D. Luis Rovira y Benet, único que se hallaba presente; al cual por pertenecer ya al cuerpo académico y haber ganado en uno de los Certámenes anteriores el lirio de plata, se le proclamó, lo mismo que al Señor Saez del Portal de conformidad con el Reglamento, *Socio de mérito literario.*

Terminada la lectura de las poesias premiadas que fué por todos escuchada con grandes muestras de simpatía, y en cuyos intermedios la Música de la Casa Provincial de Misericordia ejecutó además de otras piezas un himno alusivo, composicion de su reputado Maestro-Director D. Magin Pontí, el Sr. Fundador de la Academia ex puso las tareas literarias á que esta habia dado cima desde el año anterior y las que tenia dispuestas para el venidero; detalló el movimiento, progresivo siempre, ocurrido en su personal, no menos que el aumento de juntas locales de propagacion en varios puntos de España, con las distinciones conferidas á los individuos de esta misma Sociedad que con mayor actividad habian cooperado á su desarrollo: dijo que el tema para el inmediato Certámen seria NUESTRA SEÑORA LA ANTIGUA, en Sevilla, y dió luego las gracias á las Autoridades, Comisiones y concurrentes todos, por el enaltecimiento que con su honrosa presencia habian añadido á la natural solemnidad del acto.

El M. Htre. Sr. Vicario general manifestó á su vez cuanta complacencia le habia producido la fiesta que acababa de presidir y que deseaba ver infinitamente repetida, al par que coronada de iguales satisfactorios resultados: con lo cual, quemadas que fueron las carpetas intactas donde se encerraban los nombres de los autores no premiados, y que como de costumbre habian estado junto con sus escritos previamente de manifiesto, se dió por concluida la sesion, siendo las ocho y cuarto de la noche.

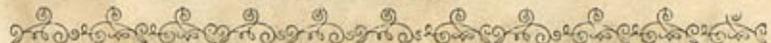
Lérida 15 de Octubre de 1866.

EL DIRECTOR DE LA ACADEMIA,

**José Escolá.**

EL VOCAL SECRETARIO DE LA MISMA,

**Luis Roca.**

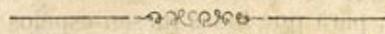


NÚMERO 1.

DISCURSO

DEL SR. DIRECTOR DE LA ACADEMIA

**D. JOSÉ ESCOLÁ.**



M. I. S.

Con la presente Sesion religioso-literaria la Academia Bibliográfico-Mariana celebra el cuarto aniversario de su instalacion.

Mas, al solemnizarlo conviene fijarnos en la grandeza é importancia de este acto. Solo se celebran aniversarios por los grandes acontecimientos; pero ¿puede decirse que lo es el establecimiento de esta institucion? En el principio solo fué una pequeña semilla, solo una imperceptible chispa; pero esta semilla se convirtió pronto en árbol lozano, y esta chispa en una inmensa pira. ¿Cual frondoso y elevado árbol, cual devastador y horroroso incendio tiene diferente origen? Hasta los mas caudalosos rios tienen que reconocer su humilde origen en las modestas fuentes que con escasas gotas las producen. Si bien pues nuestra Academia tiene débiles principios, es sin embargo un grande suceso por la grandiosa idea que encierra y por los inmensos resultados que está produciendo y que está destinada á producir. Celébrese, pues, su imperceptible nacimiento con la mas solemne pompa, y recordémonos con gusto, en medio de nuestros triunfos, de los dias de nuestra humildad.

Y al celebrar, Señores, el aniversario de nuestro oscuro origen, y por el modo con que lo celebramos podemos decir que estamos presentando un grande espectáculo. Reducido es el número de las personas que á este acto concurren; pero es fácil de reconocer que son innumerables las miradas que nos contemplan. El Apóstol decia: nosotros que predicamos y publicamos la doctrina del Evangelio, somos un espectáculo para Dios, para los ángeles y para los hombres: Y ¿no lo somos nosotros en estos momentos para el cielo y para la tierra? En verdad que sí.

Somos un espectáculo para Dios que nos contempla como damos gloria á su Madre. Dios que lo hizo todo en vista de María, que estendió los Cielos para dilatar su dominio, que formó los astros para que fuesen su brillante cabellera, que hizo la luz para que la cubriese como un vestido, que puso á sus pies la tierra por peana, que grabó su imágen en cada una de las criaturas, para que todas fuesen espejos de su belleza á sus divinos ojos, ¿cuanto no se gozará al ver que se ensalzan aquí sus glorias virginales, despues de haber excitado las fibras de tantos corazones que la aman, de haber aguzado el entendimiento de tantos que tienen su felicidad solo en pensar en ella? *Cogitare de illa sensus est consummatus.*

Somos un espectáculo para la Virgen. ¡Ah! sus dulces miradas están en nosotros fijas, sus puros oídos están atentos á nuestras voces: su corazón, señores, sí, su amantísimo corazón late ahora por nosotros, al ver que los nuestros laten también amorosamente por ella. ¡Oh que dicha! ¡María encumbrada en elevado trono, rodeada de querubenes, sobre todas las gerarquias, nos contempla! Sus manos ofrecen numerosos laureles para todos los combatientes; porque en esta lid nadie queda sin corona, nadie sin recompensa. Es rica y magnánima para todos los que combaten para ensalzar sus glorias, tanto si vencen como si no vencen. Si vencen, corona en la tierra y corona en el cielo; y si no vencen se les reservan los laureles para el cielo, laureles que se dan no segun el resultado del combate, sino segun la voluntad con que se combate. ¡Felices los lidiadores que entre ellos ninguno quedará sin recompensa! Si vosotras, oh madres, vierais que vuestros hijos lidian para honraros cual mas y para alcanzar el premio que para excitar su afecto para con vosotras les hubieseis prometido,

¿dejaríais acaso á alguno sin recompensa? No por cierto. Asistiríais á su filial lucha con maternal afecto, os deleitaríais al contemplar sus conatos y si coronarais á uno, no dejaríais tampoco sin premio á los otros, antes bien buscaríais medios con que recompensarles su amor. Así la Virgen asiste á la lid, observa los esfuerzos de los lidiadores y se complace á medida del amor que en ellos reconociere. Tiene sus delicias en estar en medio de nosotros.

También, señores, los ángeles nos contemplan, y tal vez son mas numerosos ellos en este recinto que nosotros mismos. Fieles cortesanos que estan colgados del movimiento de los labios de su adorada Reina y de la mas imperceptible señal de sus ojos, estan prontos á obedecer á sus mas ligeras insinuaciones, van á donde ella vá, miran á donde ella mira, gozan cuando ella goza, triunfan cuando ella triunfa. Con los brazos estendidos presentan sus manos los premios á los valerosos combatientes y ofrecen también recompensas aun á aquellos que asisten con interés y complacencia á estos combates. En otras concurrencias, dice el Apóstol, muchos son los que corren hácia el premio; pero uno solo lo alcanza, porque es del primero que lo coje. Mas en esta no es así, por que aquí alcanza el premio el que vence, lo alcanza el que combate, conforme se ha dicho, y también lo alcanza el que asiste á la lucha y al triunfo de los vencedores. Aquí nadie quedará sin recompensa; los ángeles tienen coronas para todos.

Desde todas las provincias de España también se contempla con interés esta reunion, y en todas ellas hay corazones que deseáran estar aquí presentes. Los entusiastas navarros que tan á pecho han tomado las glorias de la Academia, los decididos aragoneses que la ven fundada y sostenida en el Pilar de Zaragoza, los piadosos valencianos que en tanto número forman en sus filas, los intrépidos catalanes que la miran como una de las glorias de su suelo, los nobles castellanos, los simpáticos andaluces, los extremeños, los asturianos, los gallegos, los socios todos de las diferentes provincias, tienen en nosotros fijo su espíritu y su corazón, y esperan con ansia intimamente persuadidos de su alta significacion, el resultado de esta gloriosa liza.

Hasta para el averno somos también un espectáculo; pero un espectáculo para él el mas terrible y espantoso.

El espíritu de las tinieblas nos contempla con despecho: los rayos de luz que despide la Academia lo hieren de lleno y le sirven para hacer mas negra la oscuridad en que se envuelve. No puede sufrir que se dé gloria á María. Aplastada la cabeza de su orgullo por el pié humilde de esta divina Virgen, vomita rabia y furor, pero inútilmente, contra ella y contra los que la obsequian. Mas sus iras, señores, son las sombras de este bellissimo cuadro, y vosotros sabéis que un cuadro sin sombras no puede ser perfecto.

Representamos pues un espectáculo verdaderamente digno. Tratamos de honrar á María y formamos al momento un centro en el cual desde el cielo, desde la tierra y desde el abismo se fijan las mas solemnes miradas. *Gloria á María*, gritamos, y el Cielo se abre, y Dios se sonrie á nuestro grito que deleita sus oídos y lo aplaude y lo recompensa; y la Virgen se complace al percibirlo: y los ángeles lo repiten formando dulcísimo coro, y los hombres se asocian para darle mayor fuerza y hasta en el abismo penetra para ser repetido, bien á su pesar por todos sus habitantes. Nuestro grito halla éco en en todas partes.

Si pues, dando gloria á María, engrandecemos á Dios, deleitamos á los ángeles, nos hacemos amigos á los hombres y terribles á los demonios, sea, señores, la gloria de María, despues de la gloria de Dios y para dar gloria á Dios, el objeto, siempre mas y mas, de nuestros esfuerzos, trabajemos por ella sin cesar y siempre con mayor empeño: olvidémonos de nosotros mismos; pero no de su mayor gloria. Este es, socios académicos, nuestro tema, este nuestro propósito, este nuestro deber: GLORIA Á MARÍA: TODO PARA MARÍA, y en este tema, y en este propósito y en este deber FIRMEZA y CONSTANCIA. *Firmeza* sin que nada nos arredre, y *constancia* sin que nada nos haga desistir, *firmeza* y *constancia* hasta la muerte; porque el verdadero socio, podrá perder la vida; pero no su *firmeza* y *constancia* en esta sagrada milicia de María.

HÉ DICHO.

NÚMERO 2.

MEMORIA

DEL VOCAL-SECRETARIO DEL CERTÁMEN

D. JOSÉ MENSA.

M. J. S.

A la especialísima proteccion que constantemente se ha dignado dispensar á la Academia bibliográfico-Mariana su excelsa y purísima Patrona, la digna Madre de Dios, justísimo es que correspondamos hoy con fervorosos himnos de gratitud y amor, celebrando el cuarto aniversario de la instalacion de aquella con no menos solemnidad que los anteriores, no solo con la funcion religiosa que felizmente ha tenido lugar esta mañana, sino tambien con la religioso-literaria, con el certámen poético que, segun el programa publicado en 15 de Abril de este año, vá á terminar aquí esta noche con la adjudicacion y distribucion de los premios en pacífica y placentera lid obtenidos.

Muchos son los vates Marianos que se han hecho dignos de alabanza y aprecio por haber acudido á este concurso, ansiosos de competir á porfia en ensalzar las glorias de la mas privilegiada criatura, de la Virgen inmaculada; y ciertamente que todos van á recibir el galardón que sabrá concederles á cada uno segun su recta intencion y sus buenos deseos, la poderosísima Virgen dispensadora de las gracias del Remunerador Supremo.

El número de composiciones que se han presentado á disputarse el lauro, la gloria visible, los premios ofrecidos por esta sociedad Mariana, es mayor que en ninguno de los tres certámenes anteriores, pues si en uno de ellos llegó á 44, en el presente se han recibido 6 poemas, 14 leyendas, 1 soneto, 43 odas y 3 trabajos en prosa, que juntas forman un total de 67; número que hubiese llegado á 75, si 8 de las poesías no hubiesen venido tarde para ser admitidas á concurso, habiendo llegado después del ocho de Setiembre, en que concluía el plazo fijado en el mencionado programa, y cuando ya se había impreso la nota de los títulos y lemas de las 67 composiciones indicadas. La comisión de censura ha examinado detenidamente conforme su cargo lo exigía, todas esas producciones, deseosa de saber escoger, con la mayor justicia é imparcialidad, las mas dignas.

Esta comisión, M. I. Sr., confiando mas que en sus propios conocimientos, en los auxilios de la que con mucha verdad se titula *Trono de Sabiduría*, se atreve á manifestar sencillamente, según su humilde parecer, el resultado de aquel exámen, en el cual dos de los seis poemas recibidos le han llamado la atención de una manera mas especial; uno con el lema: *¿Que fuera de la España sin María? etc.* y otro con el de *Propitius sit nobis Deus, etc.*; pero como en el primero la belleza del asunto se ha visto perjudicada por una suma difusión en la parte expositiva, lo que ha hecho estéril la gran laboriosidad que el autor manifiesta, y en el segundo se ha notado á la par que alguna incorrección de estilo, falta de proporción en los detalles respectivos á su parte principal, acaso efecto de la premura en que se vería el autor para poder llegar á tiempo, pues que se recibió el pliego que contenía esta composición muy poco antes de espirar el plazo señalado, ninguno de los dos referidos cantos épicos se ha visto que reuniese todas las condiciones precisas para ser laureado, por lo cual la comisión de exámen, no sin profundo sentimiento, se ha creído en el deber de dejar por este año EL LAUD DE PLATA Y ORO y sus accesits sin adjudicación.

El premio de la CÍTARA DE PLATA Y ORO se ha visto que correspondía al autor de *La Aurora de Covadonga*, cuyo lema es: *Ecce Virgo concipiet et pariet filium* (Isaí XVII, 4), por ser el trabajo que presenta mejor el verdadero carácter de leyenda

unido á la amenidad del relato y generalmente correcta metrificacion.

El primer accesit se ha adjudicado á la leyenda titulada *Nuestra Señora de Covadonga*, y que lleva el lema *Auxilium Christianorum*, por ser la mas apreciable después de la anterior, salvo el prosaismo que es de lamentar se encuentre en algunos puntos; y el segundo accesit á la que tiene por título: *El Hijo del Califa*, y por lema: *Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es tui oculi; columbarum* (Cant. canticorum. c. I. v. 14), por la novedad de su argumento y buena manera de presentarlo, aunque en los pormenores deban introducirse algunas correcciones encaminadas á la mejor unidad del conjunto.

Unánimemente se ha creído que era merecedora de la LIRA DE PLATA la oda *Á la Virgen de Covadonga*, con el lema: *Campamento de seguridad* (Hugo de S. Victor), sobresaliente por sus brillantes conceptos, acompañados de una entonación tan elevada como sostenida.

El primero de los dos accesits á este premio se ha adjudicado á la oda acompañada con el lema: *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est* (Joan. VIII, v. 54) recomendable por sus ideas escogidas y buen sabor poético, aparte de algunos giros susceptibles de mayor perfección; y el segundo á la que tiene por lema, *Mi socorro viene del Señor que hizo el cielo y la tierra* muy apreciable por su fluidez, bien que mas sencilla que las dos espresadas.

EL LIRIO DE PLATA, premio extraordinario que nuestro Ilustrísimo Prelado se ha dignado regalar, como los dos años anteriores, para el autor de la composición poética que parezca mejor después de las que obtengan los premios ordinarios de la Academia, y en la que bajo las correspondientes buenas formas literarias resalte mas el afecto á María inmaculada, se ha concedido á la oda que mas se distingue por esta circunstancia y por la mayor ternura de expresión, y es la que lleva por lema: *Montes fluxerunt á facie Domini.* (Judicium.)

El primer accesit á este premio extraordinario se ha dado á la oda cuyo lema es: *Pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata*, la que á pesar de no ser tan afectuosa como la que ha alcanzado el premio del lirio, quizás por la valentía misma de la frase, no por esto es menos merecedora de estima por la suavidad y la animación que en ella se hermanan;

y el segundo á la del lema : *Exaltationes Dei in gutture eorum, et gladii ancipites in manibus eorum*, notable por el enaltecimiento de la Fè, idea que se ha visto dominar muy preferentemente al poeta en el contexto de la composicion, siendo muy sensible por lo mismo que la bondad de los pensamientos no se haya presentado siempre secundada por la apetecible correccion y galanura estilo.

Ha obtenido finalmente LA PLUMA DE PLATA el autor de los *Apuntes históricos sobre el Santuario de Nuestra Señora de Covadonga*, con el lema, *¿Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* (Cant. VI. v. 9), por cumplir con acierto los requisitos del programa, que faltan en los otros dos trabajos en prosa, el uno por no ser mas que una leyenda, y el otro por que en medio de un largo é importante conjunto de excelentes consideraciones filosóficas, cristianas y sociales, y bellas descripciones de algunos hechos históricos, deja una parte muy reducida al asunto principal, faltando á las condiciones prevenidas en el programa para los escritos de esta clase.

Bendiga el Omnipotente este juicio crítico de las composiciones consideradas dignas de premio, á fin de que sea tan justo como esta comision desea para gloria de Dios y de Maria su digna Madre, y para satisfaccion de la Academia bibliográfico-Mariana que dará esta noche el merecido galardón á los trovadores Marianos hoy victoriosos, á quienes felicitamos desde ahora, cuyos nombres vamos á saber luego, y cuyos cantos van á recordarnos uno de los rasgos mas notables de la proteccion de la Santísima Virgen á nuestra pátria, al ensalzar las glorias de esta Divina Señora en la cuna de la restauracion de la Monarquía Española; pues la antiquísima y veneranda Imágen de *Nuestra Señora de Covadonga* es el asunto de este Certámen literario.

HE DICHO.



NÚMERO 3.

LA AURORA

DE COVADONGA.

LEYENDA

POR

D. JULIO MONREAL Y JIMENEZ DE EMBUN.

*Ecce Virgo concipiet et pariet filium. — Isai 17. 7. 4.*

I.

— Duque *Belay el Rumi*, (\*)

El poderoso Alkamáh,  
Siervo de Alahor, me envía  
Á proponerte la paz.  
Depon, cristiano, las armas  
Y agradece su amistad,  
Honra grande, con que á pocos  
Suele el Wali convidar.  
Corto pecho no más quiere  
De vasallaje en señal  
Y en estos riscos de Asturias  
Se os permite habitar.  
Duque, medítalo bien,  
Así te proteja Alá,

(1) Así llamaban los moros á D. Pelayo; que quiere decir *Pelayo el Romano*.

Y pues la paz se te brinda  
No quieras la guerra más. —

Esta mal trabada arenga,  
Con desden y altiva faz,  
Dijo al noble D. Pelayo  
Jucef-Aud-Beni-Assan,  
Viejo tan luengo de barba  
Como es breve en razonar.  
Dos dias ha que salió  
De Jijon la capital,  
Donde está con sus soldados  
El poderoso Alkamáh.  
Oyó Pelayo la arenga  
Del anciano musulman  
Y así dijo, con mesura  
Que apenas puede guardar.

—«Dí, Jucef, á tu señor  
En cuanto precio honra tal,  
Pero que pecho, los míos  
No lo pagaron jamás:  
Lanzas y ballestas tienen,  
Su ejercicio es pelear,  
Aun hay pátria, y en sus riscos  
Vencer ó morir sabrán.» —

Hizo el moro una zalema  
Y salió sin replicar,  
Aunque la irritada vista  
Su enojo diciendo vá,  
Y subiendo con los suyos,  
En su corcel cada cual,  
Á Jijon enderezaron  
Con lento y grave compás.



En un castillo roquero,  
Cuya mucha antigüedad  
De suevos y de romanos  
Deja el tiempo adivinar;  
Al fin de torcida senda  
Y uno y otro matorral,

Á donde solo los buitres  
Llegan y la tempestad;  
Pelayo, vástago ilustre  
De la familia real,  
Las reliquias de su pátria  
Ha conseguido juntar.  
Poco más hace de un lustro  
Venció en batalla campal  
Junto al turbio Guadalete  
La traicion de D. Julian.  
Desde entonces D. Pelayo  
Pelea por recobrar  
Palmo á palmo, lo que el otro  
Reino á reino perdió ya,  
Por eso el moro le envía  
Mensaje de calidad  
Y por eso D. Pelayo  
Tales respuestas le dá.

II.

Torva la noche ha cerrado,  
Nuncio de mala fortuna,  
Y en el cielo encapotado  
Apenas muestra la luna  
Su blanco rostro velado.

Cada vez la sombra crece,  
Y el aire menos sereno  
Á medida que oscurece,  
Mas sofocante parece  
Y mas pavoroso el trueno.

Aunque el resplandor escaso  
Distinguir caminos veda,  
No hace de la noche caso  
Un ginete que á buen paso  
Vá por tortuosa vereda.

Aunque está la noche oscura  
Y lo emboza luenga capa,  
Se descubre la armadura,  
Cuando el viento la destapa  
Y el relámpago fulgura.

Segun es su marcha pronta  
Y á la carrera tendida,  
Peligros ciertos afronta,  
Ó es el negocio de monta,  
Ó tiene en poco la vida.

Ambas cosas ciertas son,  
Pues quien como ardiente rayo  
Galopa en aquel bridon,  
Es el ilustre Pelayo,  
Noble y fuerte campeon.

Arde en irritante saña  
Viendo la abatida España  
Á los pies del musulmán,  
Y anhela ya con afan  
Que principie la campaña.

El con el moro altanero  
Entrar en tratos excusa,  
Por que mas que el moro fiero  
Doblar el cuello rehusa  
Al yugo del extranjero.

Por eso al embajador  
Que en nombre de su señor  
Para rendirse le emplaza,  
Sin zozobra ni temor  
Con mal recado rechaza.

Fia en sus astures bravos,  
En las lides aguerridos,  
Y á ser tan libres nacidos  
Que antes que vivir esclavos  
Prefieren morir vencidos.

Ha llegado el trance fuerte  
En que la vida ó la muerte  
Estriba en un triunfo cierto,  
Y ha de prevenir la suerte  
Como capitan experto.

Tiene el muslim arrogante  
Fuerte ejército y pujante  
Para el bélico ejercicio,  
Y el suyo escaso y novicio  
Para empresa semejante.

Como no aceptó la paz  
Ni quiso pagar el pecho  
Teme que el muslim audáz,  
Aguijado del despecho,  
No dé á su enojo soláz.

Y es fuerza juntar la gente  
Y apercibirse al combate,  
Pues segun lo que presente  
El asunto no consiente  
Que mas tiempo se dilate.

Por eso vá D. Pelayo  
Sin temer trueno, ni rayo,  
Desfiladero, ni abismo,  
Que quiere ver por sí mismo  
Si hay ardimiento ó desmayo.

Y en aquellos riscos tiene  
Los que mas juntar conviene  
Al bizarro capitan,  
Y por eso en su alazán  
Para acaudillarlos viene.

~~~~~

Zumbaba el trueno en tanto,  
Y el viento airado en el selvoso monte  
Mayor hacia su temible espanto:  
El cárdeno horizonte  
Uno y otro relámpago rompía,  
Y á su siniestra luz la selva oscura  
Habitada por monstruos parecia,  
Que embargaban el pecho de pavura.  
Silvos aterradores  
Lanzaba el huracan, los que perdidos  
Por los quebrados cerros y montañas  
Asemejaban ayes doloridos,  
Ó los roncós baladros  
De monstruosas horribles alimañas.  
Á los pinos altísimos que topa  
Y arrogantes encinas,  
Hace besar el polvo con la copa,  
Y al doblegar sus frentes

Llegan desde las ásperas colinas  
Al lecho mujidor de los torrentes.

El noble caballero  
No conociendo la fragosa senda  
Refrena á veces su velóz overo,  
Temiendo no resbale  
Y al hondo abismo al resbalar descienda.  
Aunque su noble pecho  
Está á peligros hecho,  
Y no hay soldado que en valor le iguale,  
Casi temor ignoto  
Siente latir Pelayo,  
Pues nada vale el brío  
Contra quien mueve el ábrego y el noto  
Y en su inefable, inmenso poderío  
La nube inflama que vomita el rayo.

Súbito, horrible trueno  
Con furia tal revienta  
Cual si del globo el ignorado seno  
En átomos de polvo en el espacio  
Lanzara el estallar de la tormenta.  
Asómbrase el ginete, el noble bruto  
Arredra, se encabrita y del reacio  
Freno quebrando la opresion tirana,  
Se lanza por el áspero sendero  
Cual dardo que arrojó la cerbatana,  
Consigo arrebatando al caballero.  
En rauda torbellino,  
Como corcel alado,  
Salva el noble animal en su camino  
Profundas simas, rápidos torrentes,  
Rocas que la tormenta ha desgajado,  
Rompidos troncos y arrasados puentes,  
Y corre, y vuela con la crin tendida,  
Pegado el vientre al suelo,  
La boca enrojecida  
Con la sangrienta espuma,  
Hinchando los hijares con anhelo,  
Y abierta la nariz con fuerza suma,  
Por donde ansioso aspira en su congoja

Aire que en llamas sin cesar arroja.  
Pelayo sin aliento,  
Perdidos ya los frenos, jadeante,  
Solo espera el instante  
En que faltando al bruto el movimiento  
De jaral en jaral de breña en breña  
Al insondable abismo le despeña.

Como en sueño fantástico, al empuje  
Del huracan que ruje,  
Pasan ante su vista  
Los robles sacudidos,  
Las rocas quebrantadas,  
Torrentes en su curso embravecidos,  
Sin que nada á su paso se resista,  
Cual si fuesen del Báratro impelidos.  
De pronto ante el overo  
Errático fantasma se presenta  
Que llena de pavor al caballero,  
Y al mismo bruto volador ahuyenta.  
Cuando cárdeno brillo  
De rauda exhalacion el aire alumbra,  
Su forma se columbra,  
Que en flotante sudario y amarillo  
Ya con las nubes toca,  
Ya rodar se le vé de roca en roca,  
Y ora el corcel lo alcanza,  
Ora en espacio inmenso  
Se pierde y se confunde,  
Y espera, y vá, y avanza,  
Ó en las rocas suspenso  
Su leve sombra agita,  
Y se levanta y hunde,  
Y eleva y precipita.  
Y siempre va gigante  
De D. Pelayo y su corcel delante.

El bruto al fin rendido  
Cayó sobre la arena  
Y en pié quedó el ginete y desvalido:  
La vista en torno tiende,  
Pero la sombra que el espacio llena

Refugio alguno divisar le impide,  
 Un rayo entonces las tinieblas hiende  
 Y á la sangrienta lumbre que despide  
 Divisa entre las peñas,  
 Muy cerca de su ruta,  
 La tenebrosa entrada de una gruta,  
 Que jaras cubren y encrespadas breñas.  
 La mira placentero,  
 Porque el caballo á su pesar rendido  
 No puede sustentar al caballero,  
 Y en la senda dejándole tendido,  
 Con anhelante afan sus pasos lleva  
 Hacia la boca de la oscura cueva.  
 Entonces vé al fantasma que corría  
 Y en su intrincado seno se perdía,  
 Y siéntese tras él arrebatado  
 Cuando vé con sorpresa paurosa  
 El fondo de la gruta iluminado  
 Con una luz dudosa,  
 Y empuñando la espada, el alma puesta  
 En el Señor que los destinos rije,  
 Á todo evento sin temor se apresta  
 Y hácia la luz resuelto se dirige.

Á medida que Pelayo  
 Penetra en el antro aquel  
 Respeto sino temor  
 Contiene su intrepidez.  
 Lo que el pecho experimenta  
 No lo sabe decir bien,  
 Mas el pavor de la noche  
 Se ha convertido en placer.  
 Segun adelanta pasos  
 Se estingue la lobreguéz,  
 Aunque no es clara la luz  
 Que incierta llega hasta él.  
 Profundo y secreto impulso  
 Mas le llama cada vez,

Cual si una esperada dicha  
 Despertára su interés.  
 Ansiosos miran sus ojos  
 Intentando sorprender  
 Que misterioso fanal  
 El de aquellos rayos es.  
 Y entonces contempla absorto  
 Lo que no pudo prever.  
 En el fondo de la gruta,  
 En medio de la pared,  
 En rudo y angosto nicho  
 De grosera solidez,  
 Sobre una ara, que una roca  
 Primero de serlo fué,  
 De una lámpara alumbrada  
 Con tan poca brillantez  
 Que sombras no mas dibuja  
 Con su incesante vaiven,  
 Una imágen de la Virgen  
 Mudo de sorpresa vé,  
 Donde sino con primor  
 La ideó diestro cincel,  
 Puso la piedad devota  
 Candorosa sencillez.  
 Absorto cayó Pelayo  
 De la Virgen á los pies.  
 No pensando que tal joya  
 Se hallara en tal aridéz.  
 Cuanto mas mira el semblante  
 De la Virgen de Belén  
 Mas se arroba y mas absorto  
 Contempla su candidéz.  
 Mirando su rostro bello  
 Siente avivarse su fé  
 Y una dulce confianza  
 En su pecho renacer.  
 Tiene por grande ventura  
 Que joya de tanta préz  
 Sea el primero en hallar  
 En tan rústico joyel.

Debe de augurar ventura  
 Y ya desea emprender  
 Lucha sin vagar ni tregua  
 Con los hijos de Ismaél.  
 Arrobadado en su esperanza,  
 Con quimeras cien y cien  
 Que en el alma le bullian,  
 Sin saber casi por que,  
 Levantándose del suelo,  
 De haber orado despues,  
 Á salir fué de la gruta  
 Para tomar el corcel,  
 Haciendo voto á la Virgen  
 De que caso de vencer  
 Seria la humilde cueva  
 De sus empresas sostén,  
 Cuando vision misteriosa  
 Vió de pronto aparecer.



Junto el ara sacrosanta  
 Donde las sombras le ocultan,  
 Que por el ámbito esparce  
 La lámpara moribunda,  
 Lóbrego claustro divisa,  
 De boca angosta y oscura  
 Que pone pavor al pecho  
 Y al mas intrépido asusta.  
 Allí percibe Pelayo  
 Un rumor que á lo que escucha  
 Hacia donde está se acerca,  
 Aunque muy lento sin duda.  
 Si nó fuera que á su pecho  
 Jamás el temor conturba  
 Bien á Pelayo pudiera  
 Dar espanto la aventura,  
 Pues son tan hondos los ayes  
 Y las quejas tan profundas  
 Que cada vez mas cercanos  
 Se perciben en la gruta,

Que oyéndolos el guerrero  
 Se pierde en mil conjeturas.  
 Tras una roca se esconde  
 Y el temible acero empuña,  
 Y así prevenido espera  
 Lo que de aquello resulta.  
 De pronto, confusamente  
 Dos blancos bultos columbra,  
 Que hácia el ara con trabajo  
 Aproximarse procuran.  
 Luengos sudarios los cubren  
 Con que velan su figura.  
 Alto y encorvado el uno  
 Apoyo en el otro busca  
 En quien un remedo encuentra  
 De aquella vision nocturna.  
 Como es tan débil la luz  
 Con que la cueva se alumbra  
 No distingue los semblantes  
 Que los sudarios ocultan.  
 Casi teme D. Pelayo  
 Viendo sus formas caducas  
 Sean sombras sepulcrales  
 Que entónces dejan sus tumbas.  
 Por fin, con un sordo ruido  
 Que el triste silencio turba,  
 Como en los bosques, de otoño  
 Producen las hojas mustias,  
 Llegan las sombras al ara  
 Y á un tiempo se postran juntas.  
 Redóblanse sus sollozos,  
 Nuevos suspiros se escuchan  
 Y más dolorosos ayes  
 En sus gargantas se anudan.  
 Por fin, el uno con voz  
 Ronca, entrecortada y turbia,  
 Cual estertor del que siente  
 Ya las mortales angustias,  
 Estas misteriosas frases  
 An e la Virgen pronuncia:

—«Madre, yo te ofendí, mas tu clemencia  
 Hoy con largueza sin igual coronas,  
 Cuando al rendir protervo mi existencia  
 Mis horrorosos crímenes perdonas.  
 Luengos años aquí viviendo muero,  
 Secos mis ojos, yerto ya mi brío,  
 Mas llegó de perdon el mensajero.  
 ¡VIRGEN DE COVADONGA, en tí confío!  
 Ya me siento morir; tú ves mi pena,  
 Última expiacion que me tortura:  
 Virgen, pues eres madre dulce y buena  
 Vela tu su orfandad y desventura.»—

Esto dijo, y en el suelo  
 Ya cadáver se derrumba,  
 Y el otro lanzando un grito  
 Desgarrador de amargura  
 Que la sangre de Pelayo  
 En las venas coagula  
 «¡Cúmplase tu voluntad  
 Dios mio!» solo murmura.  
 Pelayo entonces dejando  
 Las sombras en que se oculta,  
 Quiere aproximarse al ara,  
 Mas apenas lo procura  
 El vivo le sale al paso,  
 Y ante los suyos se cruza,  
 Con que Pelayo de nuevo  
 Conoce que le sojuzga.  
 Pero aun es mayor su asombro  
 Cuando el fantasma articula  
 Estas palabras, que dentro  
 Siente grabarse una á una.  
 «Pelayo, no es hoy el dia  
 De que el misterio descubras;  
 Sabe sí, que tu llegada  
 Puso fin á la tortura  
 De ese que á tus plantas vés,  
 Que si fué grande en sus culpas  
 Tambien para redimirlas  
 Fué su penitencia mucha.

Ha tiempo que te esperábamos,  
 Pues tu venida á la gruta  
 Era la señal que Dios  
 Predijo á sus desventuras.  
 Ahora vuelve al castillo,  
 Dios dará á tu empresa ayuda;  
 Tus gentes, que ya te esperan  
 Luego en este sitio junta:  
 Toma este lienzo, esa cruz  
 Que en su fondo se dibuja  
 Es la *Cruz de la Victoria*;  
 Con ella, Pelayo, triunfa,  
 Y *Covadonga* y su *Virgen*  
 Sean timbre á tu fortuna.  
 Parte pues ya, que mañana  
 Cuando termine la lucha  
 Tal vez con asombro sepas  
 Lo que hoy descubrir procuras.»—  
 Tomó el adalid la insignia  
 Que la victoria le augura,  
 Besó la sagrada cruz,  
 Saludó la efigie augusta,  
 Y saliendo de la cueva  
 Y tomando su montura  
 Veloz al quebrar del alba  
 Volvió á *Covadonga* grupas.

## III.

Es de noche: de un castillo  
 En una cuadra sombría  
 Donde una triste bugía  
 Difunde pálido brillo;  
 Al lado de una ventana,  
 Por cuyo angosto alfeizar  
 Penetra el relampaguear  
 De la tormenta cercana,  
 Hay un hombre que impaciente  
 Las horas que pasan cuenta,  
 Y cuya ansiedad violenta  
 Se adivina fácilmente.

Su bizarra mocedad  
Y su porte noble y fiero  
Declaran al caballero  
Por hombre de calidad.

No está armado, en su cintura  
Pende no mas un cuchillo,  
Y aunque es el traje sencillo  
Le hace galan su apostura.

Breve en barba, sino intonso,  
Aunque en su aspecto rapáz  
En la guerra y en la páz  
Es ya ilustre D. Alfonso.

El es el mancebo ufano  
Á quien pregona la fama  
Y al que D. Pelayo ama  
Como padre y como hermano.

A nadie como á él confía  
La mas arriesgada empresa,  
Y en todo lo que interesa  
De su consejo se fia,

Por tal en el riesgo urgente  
Mientras él al campo corre,  
Deja al mancebo en la torre  
Acaudillando la gente.

Con suma inquietud se halla,  
Por que en aquellos momentos  
Son varios los pensamientos  
Con que ha trabado batalla.

Inquiétale la tormenta,  
Que aunque sabe que á Pelayo  
Nada le causa desmayo,  
Viene sobrado violenta.

Pero hay mas recio dolor  
Que no le tiene vagar:  
Luchando está sin cesar  
Con doble cuita de amor.

Pelayo, que honras le brinda  
Por su bravura estremada,  
Dióle ya por desposada  
Su tierna hermana Hormesinda.

Honra y ventura á la vez.  
Que aunque muy niña es hermosa,  
Y una infanta por esposa  
Es alianza de préz.

Mas tamaña distincion  
Él diera por bien perdida,  
Por que en su pecho se anida  
Una singular pasion.

Fué á Jijon aun no hace un mes  
Á cumplir una embajada,  
Y fué en hora malhadada  
Para su propio interés.

Allí y una vez no mas,  
Ya saliendo, vió en su reja  
Una mujer que no deja  
Su pensamiento jamás.

Cási cuando piensa en ella  
Quisiera encontrarle tilde,  
Porque era la casa humilde  
Y humilde tambien la bella.

Pero aunque en ello se afana  
Vé Alfonso que por su mal  
Aun, que es su estirpe real  
Tiene amor á una villana.

¡Y aun ignoraba el cuitado  
En donde su amor ponía,  
Era tal la villanía  
Cual nunca hubiera pensado!

Volvió por verla á Jijon  
De oculto, mas sin provecho;  
Trajo mas llagado el pecho.  
Sin lograrse su intencion.

Y cada dia se labra  
Nuevo grillo y mas se aferra  
Por que su amor le dá guerra  
Y mas guerra su palabra.

Por eso se halla violento  
Y siente angustia y desmayo,  
Entre esperar á Pelayo  
Y dar pasto al pensamiento.—

—Mientras él en vano acalla  
Tan contrapuestos cuidados,  
Esperando la batalla  
Se solazan los soldados.  
Gente llega de dó quiera,  
Mucha sin armas se vé,  
Mas la alienta la bandera  
De la pátria y de la fé.  
Grande algazara y bullicio  
Hay en plaza y campamento,  
Que el militar ejercicio  
Dá soláz y esparcimiento.  
Ninguno el peligro mienta,  
Ni aciago suceso augura,  
Antes mira por su cuenta  
Ya la victoria segura.  
Y hay músicas y cantares  
Delante de las hogueras,  
Y se relatan azares,  
Y se refieren quimeras.  
Poco á poco vá el ruido  
Cesando y la gritería  
Y queda el campo adormido  
Esperando el nuevo dia.  
Solo bajo la ventana  
Donde está Alfonso velando  
Cada vez de mejor gana  
Siguen riendo y gritando.  
Y como es en el castillo  
Y tan próximo el tropel,  
Estas voces del corrillo  
Claras llegan hasta él.

—Aquí, Lope, á esa rapaza  
Que quiera ó que no, la envia,

—¡Corro, corro!

—Plaza, plaza!

—¡Qué cante!

—¡Canta judía!

—Dejad que temple el laud.  
—Templa y abrevia razones.  
—Mira que la prontitud  
Te ahorrará de desazones.  
—Es agraciada.

—En su grey

Es de juro la belleza.  
—Pero soy de mala ley  
—Eso queda en la corteza.  
—Su ley les veda el tocino  
Y á los moros badulaques  
Beber, y de puerco y vino  
Se ponen como unos zaques.  
—¿Y á qué te llegaste aquí?  
—Vine á cantar.

—¡Dios lo quiera!

—Me gano el sustento así.  
—Temo de tu raza artera  
—Pues canta.

—Dispuesta estoy.

—Hazlo en razon y con arte,  
Mira no vayas por hoy  
Á cantar en otra parte.—

Entonces en su instrumento  
Hizo un preludeo velóz,  
Y esta trova lanzó al viento  
Con pura argentina voz.

~~~~~  
Cuando partia vió el caballero  
De la infantina la hermosa fáz,  
Amor entonces hirióle artero  
Y á la infantina ya no vió mas.

¡Pobre doncel,  
Que la memoria  
Quedó con él!

~~~~~  
—¡Vitor, vitor!

—¡Otra estancia!

—¡Canta como un ruiseñor!

—Judía, la copa escancia

—¡Silencio!

—Oid por favor.

À luengas tierras partió la bella,  
Y el caballero fué á pelear,  
Nadie ha sabido de la doncella,  
Otros amores tal vez tendrá.

¡Pobre doncel,  
Por que la niña  
No pensó en él!

Oyó Alfonso la cancion,  
Y escuchó absorto su letra  
Que con extraña emocion  
Hasta el alma le penetra:

Mientras los otros dispuestos  
À continuar en la orgía  
Trataban con sus denuestos  
De obligar á la judía.

—¡Canta, bellaca!

—¡Prosigue!

—¡Dejadla!

—No seais zotes,

Vereis como se consigue  
Con una mano de azotes

—¡Socorro!

—¡Canta!

—¡No puedo!

—¡Pues llora!

—¡Dadme favor!

—¡Bruja!

—¡Judía!

—En un credo

La haré que cante mejor.

Alfonso previendo el plan  
De la soldadesca ruda  
Temeroso de un desmán  
Bajó corriendo en su ayuda.

Pronto soltaron su presa  
Viendo al caudillo delante  
Y la pobre juglaresa  
Se echó á sus pies suplicante.

Pero caso extraño y nuevo  
Alfonso la vé y arredra  
Por que se quedó el mancebo  
Como convertido en piedra.

Y á fe que causa tenia,  
Pues si no era una ilusion  
Reconoció en la judía  
À la jóven de Jijon.

Quiere hablarla mas la pena  
Y el deber le dan tormento,  
Y que la suban ordena  
Al castillo en el momento.

Y á dos soldados que halló  
Salian á su defensa,  
Su custodia encomendó  
Para evitarle una ofensa.

Pero él no oyó que en tal punto  
Ella á sus guardianes dijo:  
«Segun se pone el asunto  
Saldremos con bien de fijo»

En un camarín contiguo  
Al en que está D. Alfonso  
Hizo que la juglaresa  
Tomara amparo y reposo,  
Y á los dos que en la disputa  
Le habian dado socorro  
Dió por guardia á la judía  
Para evitar un trastorno.  
Eran estos dos soldados  
Que aunque parecian mozos  
Con luengas y negras barbas  
Se recataban el rostro,  
Y la visera del yelmo  
Les caia hasta los ojos.

Ocho dias ha llegaron  
 Al campamento con otros,  
 Mas con los demás no tienen  
 Compañía ni coloquio.  
 Bravos y fuertes se muestran,  
 Llevan abundante el oro,  
 Gente singular parece  
 Aunque su vestido es tosco.  
 En tanto Alfonso batalla  
 Con su amor y su decoro:  
 Quiere arrojar de su pecho  
 Objeto tan afrentoso,  
 Pero el amor se lo pinta  
 Con halago y sin oprobio.  
 Una enemiga de Cristo  
 Se apoderó de su antojo  
 ¡Mas cuando tuvo el deseo  
 Ni valladares ni cotos!  
 Con tan récios sinsabores  
 Está embebido y absorto,  
 Reclinado en un sitial,  
 En una mesa los codos  
 Y en las palmas de las manos  
 Hundido y velado el rostro.  
 Cuando con sumo sigilo  
 Se alzó la cortina un poco  
 Del camarín donde estaba  
 La que le dá mal tan hondo.  
 La suspension que tenía  
 Le fué para oírla estorbo,  
 Ni ver en la juglaresa  
 Su artificio misterioso,  
 Llevaba en la mano un vaso  
 De singular forma y modo,  
 En que una cárdena luz  
 Daba resplandor dudoso.  
 Como el sitio estaba oscuro,  
 Aunque eran sus rayos pocos,  
 Iluminábanla trémulos  
 Con muy fantásticos tonos.

Tenia su faz morena,  
 Un aspecto pavoroso,  
 Y relucian siniestros  
 Sus negros y grandes ojos;  
 De sus labios se escapaba  
 Murmurio leve y monótono,  
 Cuando sacó de su pecho  
 Afiligranado pomo  
 Y echó en el vaso una esencia  
 Que contenia en su fondo.  
 Su luz apagóse al punto  
 Y un humo azul poco á poco  
 Salió, y ella en el momento  
 Lo dispersó con tres soplos,  
 Y entonces con torva risa  
 Volvió á su cámara pronto.

~~~~~  
 Al punto por otra puerta  
 Hizo entrar á sus guardianes,  
 Y viéndoles de este modo  
 Les dice con prisa grande:  
 —Ya terminé el maleficio;  
 Egas, Ulfo, luego es tarde,  
 Ya duerme Alfonso; esta es hora  
 De que entremos á matarle.  
 —Tamiris, pues has cumplido  
 Lo tuyo, toma el rescate  
 Para que Alkamáh te entregue  
 Tu viejo y cautivo padre:  
 Nuestra venganza cumplimos,  
 —Yo el odio de mi linage.—  
 Esto dicho, con recato  
 Á donde Alfonso está salen.  
 Dormido se hallaba el mozo  
 Como lo dejaran antes,  
 Y es de su pecho tranquilo  
 La respiracion suave.  
 Acércanse cautelosos,  
 Por que es la traicion cobarde  
 Y temen que de Tamiris

No sea el filtro bastante.  
 Van como tigres arteros  
 Los tres con sigilo grande,  
 Y las espadas desnudas  
 Fuera de los talabartes.  
 Egas, mas determinado,  
 Vá de los otros delante  
 Y ya levantaba el hierro  
 Tembloroso de coraje,  
 Cuando á la cerrada estancia  
 De pronto las puertas abren  
 Y entra un guerrero por ellas  
 Que se sorprende al hallarles.  
 —¡Pelayo!—dicen los tres  
 Y el cuando les vé—¡cobardes!  
 ¡Traicion! ¡Alfonso! levanta.  
 Le habeis muerto miserables!  
 —No: mas de los dos aquí  
 Derramarémos la sangre  
 —¡En mis soldados traicion!  
 —Tus soldados! oye y sabe  
 Que no somos lo que aquí  
 Parecemos por el traje.  
 Egas y Ulfo nos llamamos,  
 Witiza fué nuestro padre,  
 Rodrigo le usurpó el trono  
 En que hoy pretenden alzarle;  
 Vuestras vidas ó las nuestras  
 Pondrán al caso remate;  
 Alfonso está atosigado,  
 No te dará auxilio nadie.  
 —¡Traidores! Pelayo dice,  
 ¿No ha sido crimen bastante  
 Que peleaseis por Mahoma  
 Contra el cristiano estandarte?  
 ¡Venid, vuestra sangre vil  
 Ha de lavar el ultraje!—

Esto diciendo arremete  
 Y lo mismo sus rivales;  
 Bravos los tres y sañudos

Como leones combaten,  
 Cuando empuñado el acero  
 Egas ambos brazos abre  
 Y en el suelo desplomado  
 Rodó sangriento cadáver,  
 Mas con tan raro accidente  
 Que cuando en el suelo cae,  
 En el cuello hunde á Tamiris  
 Su acero de parte á parte.  
 Un ¡ay! la judía lanza  
 Moribunda al desplomarse,  
 Cayendo encima de Alfonso  
 Que aun aletargado yace:  
 Despierta el mancebo entonces.  
 Mas lo que pasa no sabe.  
 Ulfo y Pelayo en la lucha  
 Se estrechan á todo trance,  
 Ulfo le acertó en el pecho  
 Mas la estocada distrae  
 La bandera que Pelayo  
 Recibió momentos antes,  
 Y que en el pecho por banda  
 Bajando del hombro trae,  
 Cuando un guerrero, que cubre  
 Con la celada el semblante,  
 Dá por la espalda con Ulfo  
 Sin que pueda resguardarse  
 Y á las plantas de Pelayo  
 Cayó en el punto espirante.  
 —¿Quien sois? le dice el caudillo  
 Cuando puede recobrase  
 —Quien aunque diera su vida  
 Nunca daría bastante.  
 —Vuestro nombre—Cierto voto  
 Impide que me declare:  
 En Covadonga mañana  
 Lo cumpliré, Dios mediante.—  
 Y salió del aposento  
 Sin que mas tiempo aguardase.  
 Comprendió entonces Alfonso

Aquella celada infame,  
 Pero aun arrojó un suspiro  
 Viendo á Tamiris cadáver.  
 Y conoció D. Pelayo  
 Que la sacrosanta imágen  
 De *Covadonga*, otra vez  
 Quiso esta noche guardarle.

IV.

Ya de la mar el seno cristalino  
 El sol no purpuraba de amaranto  
 Ni el delicado aljófár matutino  
 Bordaba de la tierra el verde manto,  
 Cuando el Auseba, en el confin vecino,  
 Vió conturbarse su tranquilo encanto,  
 Y en sus mas altos riscos y laderas  
 Aostas lucir y tremolar banderas.

Hueste det erminada y arrogante  
 Si en fuerzas flaca y armamento rudo  
 De aquellos picos la cerviz pujante  
 Toma por valladar y por escudo:  
 Cristianos son, que del muslim triunfante  
 Huyendo altivos el rencor sañudo,  
 En lo quebrado de la aguda sierra  
 Quieren tentar la suerte de la guerra.

Como defiende el águila briosa  
 Contra el osado cazador el nido,  
 Y en el soberbio risco generosa  
 Guarda con valor al atrevido,  
 Así la escasa hueste llegar osa  
 Al peñasco mas fuerte y escondido,  
 Y allí de España en el confin postrero  
 De no ser libres su cumbir primero.

El noble D. Pelayo su caudillo  
 Allí su hueste con empeño guia,  
 Que no olvidó su corazon sencillo  
 La estraña y halagüena profecía.

Y los muros dejando del castillo  
 Donde antes á luchar se apercibia,  
 A la sagrada y misteriosa cueva  
 Toda su gente sin demora lleva.

Si no más en su hueste confiara,  
 Aunque no tiene par en la bravura  
 Y está de sangre del tirano avara,  
 No sería el combate gran cordura,  
 Por que tal muchedumbre al moro ampara,  
 En armas rica y en la guerra dura,  
 Que fuera ciego arrojo temerario  
 Desafiar las haces del contrario.

Pero un robusto y singular aliento  
 Cada guerrero de Pelayo siente  
 Por que no solo fia en su ardimiento  
 Sino que ayuda sin igual presente.  
 El piadoso Pelayo vé contento  
 La firme confianza de su gente  
 Y al tiempo de ordenar los escuadrones  
 Quiere al cielo elevar sus oraciones.

Ya Ricerio el obispo al ara santa  
 De *Covadonga* con fervor se llega,  
 Y entre sus manos trémulas levanta  
 Hostia que al cielo por la hueste ruega.  
 Todo clamor espira en la garganta  
 Mientras al suelo la cerviz doblega,  
 Y del incienso en la aromada nube  
 La oracion general envuelta sube.

Como las rubias sezonadas mieses,  
 Cuando favonio con livianos besos  
 Les hace salva en los estivos meses,  
 Sus tallos doblan por la espiga opresos,  
 Así los fervorosos montañeses  
 De la lid esperando los sucesos,  
 Rinden su noble cuello no domado  
 Ante las bendiciones del prelado.

Ricerio entonces con su débil diestra  
 Un morado pendon toma del ara,  
 Y al impaciente ejército lo muestra:  
 Su lienzo brilla con la cruz preclara,  
 Emblema sacro de la dicha nuestra  
 Y en proféticas voces le declara  
 Ser aquella la *Cruz de la Victoria*  
 Lábaro ilustre de inmortal memoria.

Ya entonces presuroso un emisario  
 Llegaba de la cueva á la angostura,  
 Diciendo que el ejército contrario  
 Ya se vía asomar por la llanura.  
 Con un grito de júbilo el santuario  
 Respondió al enviado con premura  
 Y á la voz de *¡Pelayo y Covadonga!*  
 No hay quien al riesgo con temor se esponga.

Sale el noble caudillo de la cueva  
 Y desde el alto y enriscado pico  
 Mira al tropel que el africano lleva  
 Tan dilatado cuanto el suyo es chico:  
 Ya á la raíz llegaba del Auseba,  
 En armaduras y plumajes rico,  
 Y con descuido y altiveza viene,  
 Cual quien segura la ventaja tiene.

Como cubre la yerba la montaña  
 Así la hueste mora la cubría,  
 Cuando su enorme multitud estraña  
 Por unos y otros valles estendía.  
 Aun estaba distante en la campaña  
 Y claro su rumor se percibía,  
 Como se siente retumbar el trueno  
 De parda nube en el lejano seno.

Conoce D. Pelayo que su gente  
 Es tan mermada, si en valor pujante,  
 Que fuera temerario frente á frente  
 Ponerla de los bárbaros delante,

Y consejo tomando diferente  
 Contra el pagano ejército arrogante,  
 Dentro de Covadonga y á su amparo  
 Resistirse pretende sin reparo.

Un centenar de Cántabros, guarnido  
 De agudas picas y de herradas cotas,  
 Por el valiente Alfonso allí traído  
 De las vascas montañas no remotas,  
 Pone junto á la boca apercebido;  
 Gentes no acostumbradas á las rotas,  
 Antes que por los pies ganar la huida  
 Prefieren en su puesto dar la vida.

Un escuadron astur y otro gallego  
 Coronan de peñascos la montaña,  
 Para lanzarlos de la cumbre luego  
 Con tino cierto y encendida saña.  
 Todos ardiendo de la patria en fuego  
 Quieren librar á la abatida España,  
 Y á medida que el moro se aproxima  
 Nuevo entusiasmo su valor anima.

Estaban ya las encontradas tropas  
 No mas de lo que alcanza una ballesta,  
 Cuando vestido de talaes ropas  
 Y una malla tambien por sobrevesta,  
 De entre el moro escuadron sale D. Oppas  
 Y á los cristianos á llegar se apresta,  
 Seguido de seis mas y en una mano  
 Un blanco pendoncillo muestra ufano.

Mision lleva de paz, segun pregona  
 El albo gallardete de su lanza,  
 Y aunque es aborrecida su persona  
 Por su traicion y desleal mudanza,  
 Como la insignia de la paz le abona  
 Atienden su venida con templanza,  
 Cuando parando el alazan que rije  
 Estas breves razones les dirige.

«Aunque no desconozco vuestro brio.  
Tengo toda esperanza por demencia:  
Atajar del Alarbe el poderío  
No es dable á tan menguada resistencia.  
Daos pues sin demora, que os fio  
Usará con vosotros de clemencia:  
Dios por nuestros pecados lo dispone  
Y no obra cuerdo quien á Dios se opone.»

Pelayo con enojo le replica:  
«Mal oficio, señor, habeis tomado.  
Ningun traidor conmigo empuñó pica  
Y á morir cada cual determinado  
La dilacion en comenzar critica:  
Esto decid á quien os ha enviado.  
Y que no hay, como habia en Guadalete,  
Un felón que á su yugo nos sujete.»

Picó D. Oppas con enojo espuela  
Y apenas dice la respuesta brava  
El capitan alarbe herir anhela:  
Los acicates al caballo clava,  
Hace señal y con los suyos vuela;  
Contando cierto ya muerta ó esclava  
La miserable gente que orgullosa  
Contrarestar las medias lunas osa.

No bien hácia la cumbre se encamina  
Cuando con ronco pavoroso estruendo  
Parece descuajarse la colina,  
Y luego con furor bajan corriendo  
Cien peñascos y cien que en su ruina  
Cada vez mas veloces descendiendo,  
Cuantas barreras á su paso cruzan  
Derriban á su empuje y desmenuzan.

No de otro modo el Alpe ó el Pirene  
De sus agudas y empinadas crestas  
En donde nieve eterna se contiene  
Arrójanla con furia á las florestas.

Con tal empuje la descarga viene,  
De encima de las rocas mas enhiestas,  
Que los robles fortísimos desgaja  
Y arrastra y pulveriza como paja.

Desbaratada la vanguardia mora,  
Que á la carrera con clamor subía,  
Viendo que aquella furia destructora  
Las hileras diezmaba y revolvía,  
Sus fieros en pavura trueca ahora  
Y de su empeño con oprobio cía  
Y el terror con que baja y se confunde  
Al resto de los bárbaros infunde.

Viendo Alkamáh, que intrépido los manda,  
Aquella cobardía de su gente  
«Yo moriré—les dice—en la demanda  
Antes que ceda y con huir me afrente»  
Y aventajando á todos de la banda  
Alto el alfange se coloca frente,  
Y á ejemplo suyo los del haz morisco  
Se lanzan otra vez de risco en risco.

Los famosos arqueros africanos,  
Que cazan los leones de Numidia,  
Empulgando los arcos tingitanos  
De refresco se aprontan á la lidia,  
Mas apenas las flechas de sus manos  
Lanzan tras de las rocas con insidia  
Otra lluvia de dardos tan espesa  
Hace en sus cueras y en sus carnes presa.

¡Raro portento que permite el cielo  
Á Covadonga en su favor propicio  
Pues mudando las flechas en su vuelo  
Resurten de los moros en perjuicio!  
Se alfombra de cadáveres el suelo  
Ó ruedan al inmenso precipicio  
Y cuanto mas se encienden y encarnizan  
Mas á su propia hueste esterilizan.

Mas no su encono vengador se arredra  
 Ni á tal prodigio se amilana y rinde  
 Que cuanto mas la hueste se desmedra  
 Menos de su propósito prescinde,  
 Ya trepando en su afan de piedra en piedra  
 Tocaban easi de la cima el linde  
 Cuando de los honderos lusitanos  
 Blanco son los tenaces africanos.

Como silbos de sierpes, por el viento  
 Los de las piedras al partir se oian  
 Y de la cuerda el chasquear violento  
 Las hondas sin descanso repetian.  
 Ni hay tiro que no dé ni hay un momento  
 En que la muerte al bárbaro no envian  
 Y es tal el brio de sus golpes rudos  
 Que hienden y taladran los escudos.

Un tropél de los moros por vereda  
 Entre rocas y setos resguardada  
 Trepa por fin y sobre el monte queda,  
 Mas sobreviene Alfonso con su espada  
 Antes que á Covadonga llegar pueda  
 Trábase récia lucha y porfiada  
 Y el acero dejado, al borde mismo  
 Pugnan por arrojarse en el abismo.

El alferez Assan los acaudilla  
 Con el pendon sinople del Profeta;  
 —Rompe Alfonso hácia él por la trahilla,  
 Matando viene y el pendon sujeta;  
 El moro que presiente su mancilla  
 La espada arroja y el lanzon aprieta,  
 Mas, al herirle Alfonso con su daga,  
 El asta pierde y su vivir se apaga.

Ya viendo inútil su esforzado arrojjo  
 El valor en los moros desfallece  
 Y su terror al fin vence al enojo.  
 De mujeres su ejército parece

Huyendo de Pelayo con sonrojo,  
 Y mas su espanto y su desastre crece  
 Con un nuevo suceso y no previsto  
 Que favorece á la legion de Cristo.

Fué que con improvisa turbulencia  
 Ciérrase el horizonte con pavora  
 Y borrasca desecha su violencia  
 Descarga en la morisma sin ventura:  
 En vano de Alkamáh la diligencia  
 Los fugitivos detener procura.  
 Que al fragor de los rayos y los truenos  
 Arredran en tropel los agarenos.

Lánzanse los cristianos á su alcance  
 Porque ¡suceso sin igual y extraño!  
 La furiosa tormenta en aquel trance  
 No produce á los fieles ningun daño.  
 No hay quien á perseguir no se abalance  
 Al de muslines tímido rebaño,  
 Y como ciegos de salvarse tratan  
 Ellos mismos se chocan y se matan

Entonces en la parte que serena  
 Cobija el cielo á la cristiana gente  
 De rayos mil deslumbradores llena  
 Una cruz se divisa de repente.  
 Todos advierten luego sin gran pena  
 No ser en punto alguno diferente  
 Á la que lleva el escuadron cristiano  
 Y desplegó Ricerio por su mano.

Cada vez el espanto y la matanza  
 Son mas crueles en la grey morisca:  
 Huye la soldadesca sin templanza  
 Y nadie el paso á defender se arrisca.  
 Ni el mismo gefe á detener alcanza  
 Á su terrible guardia berberisca  
 Y no oidas sus voces carga y hiere  
 Y á cintarazos contenerla quiere.

Solo algun adalid brioso espera  
 El impetu terrible del cristiano:  
 Hamete Mahomád como una fiera  
 Lucha perdida la siniestra mano;  
 Hollando con las plantas su bandera  
 La defiende con brio sobrehumano  
 Y su terrible alfange damasceno  
 El campo deja de despojos lleno.

Eudón, mozo bizarro que descende  
 Del duque de Aquitania, le divisa  
 Y cuerpo á cuerpo combatirle emprende:  
 Cierran ambos guerreros con gran prisa;  
 La lucha en ellos con furor se enciende  
 Su cólera en herir nunca remisa,  
 Hasta que de un fendiente el Aquitano  
 Segó á cercen el cuello al Africano.

Al resguardo de un roble corpulento  
 Lucha el viejo Jucéf el que al caudillo  
 La embajada llevó: ya sin aliento,  
 Muerto á sus plantas su corcel morcillo,  
 Sucumbir esperaba en el momento  
 Viendo ya contra sí mas de un cuchillo,  
 Cuando Alfonso en la liza sobreviene  
 Y los hierros mortíferos detiene.

Mientras, por un cerrillo á la ventura,  
 Don Oppas por los pies de su alazano  
 Trataba de escapar con gran pavura,  
 Súbito el monte se derrumba al llano  
 Y él con muchos alarbes de su altura  
 Húndese en un torrente allí cercano,  
 Viniendo á recibir en este punto  
 De sus traiciones el castigo junto.

El valiente Alkamáh que el mando tiene  
 Por Alahor de la region aquella,  
 Viendo que la derrota no contiene  
 Rompe por todo, hiende y atropella:

Un rastro de cadáveres perenne  
 Señala en todo el ámbito su huella,  
 Tello, Gadulfo y Gesalerio han sido  
 Víctimas de su enojo embravecido.

Peró quien mas alienta su denuedo  
 Es Zoraida, la bella damasquina;  
 Su quilatado amor venciendo al miedo  
 Siguió á su noble esposo la heroína;  
 Que aunque de rostro delicado y ledo  
 Y juventud radiante y peregrina,  
 Tambien á la hermosura se le alcanza  
 Blandir la espada y manejar la lanza.

Juntos cabalgan en la lid aquella  
 Y en traje varonil la brava mora:  
 Fredegario y Aznar á manos de ella  
 En la arena del campo yacen hora:  
 Ya perdido el bridon en la querella  
 Acójense á una peña sin demora  
 Y desde alli, sin que sus brios cejen,  
 Ambos contra una turba se protejen.

Tiene el noble walí sangrienta herida  
 Por do la sangre sin cesar le fluye,  
 Que ambos ojos le ciega, y á medida  
 La fuerza de su brazo disminuye.  
 Zoraida con amor guarda su vida,  
 Y el ánimo y valor le restituye;  
 Pues cada golpe del contrario acero  
 Ella se expone á recibir primero.

Roto lleva el morrion por el encaje  
 Y en rubias hebras que envidiara el oro  
 Ó al resurgir del índico oleage  
 El que preside en el castalio coro,  
 Crencha mas bella que aureo plumaje  
 Al viento flota con gentil decoro,  
 Y en cada rizo la sin par melena  
 Soles de vivos rayos encadena.

Un muro de cadáveres los ciñe.  
 Ferrando, Radagiso, Sisebuto,  
 Soldados del tropel que les constriñe  
 Rindieron á sus bríos el tributo:  
 De sangre el suelo en derredor se tiñe  
 Y estaba el escuadron irresoluto  
 Cuando Ramiro con su lanza fuerte  
 Al pecho de Alkamáh llevó la muerte.

No con líquidas perlas de su llanto  
 Cuajó Zoraida los azules ojos,  
 Sino que dando un grito con espanto  
 Resguardó del amado los despojos  
 Y su esfuerzo y furor redobló tanto  
 Que Gontrando y Ferríz de sus ènojos  
 Probaron el furor y en un instante  
 Cayeron cerca del esposo amante.

Irrita á los cristianos que un mancebo,  
 Pues la tienen por tal, se les resista  
 Y ya cerraban con empuje nuevo  
 Cuando saltó la espada como arista,  
 Y por no verse de contrarios cebo  
 Y alzando al cielo la turbada vista,  
 La daga empuña que en su cinto pende  
 Y el albo seno sin piedad se hiende.

Pelayo cual ninguno en el combate  
 Peleó con esfuerzo generoso,  
 Y tanto avanza y á los moros bate  
 Que un tropel de contrarios rencoroso  
 Le cerca y sigue con furioso embate:  
 Solo se vió y en trance peligroso,  
 Cuando un guerrero al punto se presenta  
 Y los contrarios y el peligro ahuyenta.

Aunque cubre su faz con el almete,  
 Al matador del hijo de Witiza  
 Reconoce Pelayo en el ginete:  
 Otra vez le ha salvado en ruda liza

Y ser su amigo hasta morir promete,  
 Mas él haciendo en los contrarios riza  
 Sin esperar los brazos del infante  
 Entre el raudo tropel sigue adelante.

Armado el misterioso caballero  
 Vá con un negro arnés y negros viste  
 La sobrevesta y el airón ligero,  
 Y es negro el bruto con que al moro embiste:  
 No hay quien le iguale en arrojado y fiero,  
 Donde hay riesgos mayores allí asiste,  
 Nadie sabe quien es y de su espada  
 Huye la gente mora amedrentada.

Sancho, prócer astur, en la siniestra  
 Llevaba el estandarte milagroso  
 En que la Cruz de la Victoria muestra,  
 Y arrastrado de impulso generoso  
 Adelantóse tanto en la palestra,  
 Que Aliatar le derriba y ya orgulloso  
 Iba á coger la Cruz de la Victoria  
 Cuando le arrebataron esa gloria.

No era un guerrero quien la cruz le quita,  
 Mas bien una vision que como el viento  
 Rápida contra él se precipita.  
 Viste blanco sayal roto y sangriento,  
 El flotante cabello el viento agita  
 Y le azota en el rostro macilento,  
 Que por lo tierno, aunque le falta aliño  
 Parece de mujer, sino de niño.

Ciego Aliatar de rabia dá tras ella  
 Con unos cuantos que á su lado tiene,  
 Y tan próximo ya sigue su huella  
 Que á tirarle su lanza se previene,  
 Cuando el de negras armas lo atropella  
 Y ante la de lo blanco se detiene  
 Y con un brazo su cintura enlaza  
 Y blande con el otro férrea maza.

Cuando la del sayal al hombre mira  
Lanzando triste un ¡ay! pierde el sentido  
Y él con asombro y con dolor respira  
Y más al parecer embravecido,  
Siendo sus ojos abrasada pira,  
Lucha como á la muerte decidido,  
Cuando veloz como flamante rayo  
Llegaba con los suyos D. Pelayo.

Entonces Aliatar huyó cobarde  
Pero al huir, desde el corcel ligero  
Para saciar las iras en que arde,  
Arroja su lanzón al caballero  
Con tan furioso y esforzado alarde  
Que sin servirle el pavonado acero  
Al adalid y á la que ampara y tiene  
De un solo golpe á traspasarlos viene

Cuando llegó Pelayo, por la herida  
El ánima doliente se escapaba,  
La visera levántale enseguida,  
Y la mirada en él apenas clava  
Cuando con voz de asombro conmovida  
Viendo al que allí de socorrer acaba  
¡Rodrigo! esclama y con mortal desmayo  
El dice señalando á D. Pelayo:

«Si, yo Rodrigo soy que en Guadalete  
Perdí mi cetro y mi real corona,  
Y esta que de los hados fué juguete  
Y el acaso al morir á mi eslabona  
Florinda; á tí, Pelayo, te compete  
La corona ceñir, todo te abona:  
¡Guerreros! ha triunfado en la pelea  
Alzadle en el pavés y que rey sea.»

Dijo y al punto se derriba muerto  
Sobre el cadáver de Florinda hermosa,  
En quien Pelayo conoció de cierto  
La vision de la noche misteriosa.

Entonces los soldados de concierto  
Alzan su voz con vitores gozosa  
Y sobre los paveses de repente  
Le aclaman rey de la cristiana gente.

Lleno de gozo entonces el guerrero  
Á Covadonga sus soldados lleva,  
Por que conoce su fervor sincero  
Le viene tanto bien de aquella cueva.  
Ya Ricerio le aguarda, pues primero  
Llegó la fama de tan fausta nueva  
Y en cuanto sube la pendiente ruda  
Tambien como á monarca le saluda.

Gozarse el mismo cielo parecia  
En tal victoria y en ventura tanta  
Pues el sol que en el mar se sumergia  
Sobre la cima de la cueva santa  
Sus mas doradas hebras estendia  
Y un iris bello en derredor levanta  
Como augurando en pos de la victoria  
De mil batallas la brillante gloria.

Entró Pelayo y de la Virgen pura  
Ante la imágen se postró de hinojos  
Y el ejército entero con premura  
En ella puso los piadosos ojos,  
Y Ricerio, radiante de ventura  
Viendo del sarraceno los despojos,  
Á la sagrada Virgen en la cueva  
Canto de gratitud ferviente eleva.

Pelayo entonces en el recio muro  
Un pergamino suspendido advierte  
Que el hierro de un puñal tiene seguro,  
Y halla cuando se acerca de esta suerte  
Una inscripcion, cuyo sentido oscuro  
Hondo misterio á D. Pelayo advierte:  
«Yace aquí D. Julian: solo Dios sabe  
Cuanto en la contricion de una alma cabe.»

¡Rocas de Covadonga, vuestra alteza  
Fué milagroso sin igual cimienta  
De la española próspera grandeza!  
Allí nuestra ventura tuvo asiento  
Y desde aquella humilde fortaleza  
El valor español y el ardimiento  
Echando los cimientos mas profundos  
Dió leyes y señores á dos mundos.

Tú, Virgen pura, de principio escaso  
Inflamaste los nobles corazones.  
Henchidos de tu amor de oriente á ocaso  
Condujeron triunfantes tus pendones;  
Dichosos ellos que al mover su paso  
Llevaron por dó quier tus bendiciones:  
Y dichosos nosotros si hoy á España  
Tu predilecto amor siempre acompaña.

Cese mi ronca cítara, oh María,  
Indigna de llegar á tal empeño;  
Mas el fervor ardiente que me guia  
Disculpa sea á mi poder pequeño,  
Que á llegar al amor la fantasía  
Mil mundos te ofreciera á ser su dueño,  
Mas ya que alcance mi impotencia poco  
No mas tu amor al terminar invoco.



## NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA.

### LEYENDA

POR

D.<sup>a</sup> VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

*Auxilium christianorum.*

#### I.

Suena el tambor con toque redoblado:  
Vibra el clarin con belicosos ecos;  
Y hacen latir el pecho acelerado,  
Resonando en los huecos  
De la agreste montaña,  
Que, brotando un torrente caudaloso,  
Asiéntase en el valle delicioso  
Que el claro Deva con sus aguas baña,  
Cubiertos de sudor, de polvo llenos,  
Faltos de aliento en su veloz carrera  
Acuden por doquiera  
Bravos guerreros, fuertes y briosos,  
Cuya ardiente mirada  
De heroismo y virtud fúlgida brilla;  
Mostrando que en sus pechos generosos  
La sangre varonil arde inflamada  
Por arrancar de España la mancilla.

¿Que pretenden hallar en la montaña  
 Los nobles y esforzados,  
 Pero escasos valientes,  
 Que á ella acuden? ¿Pretenden en su entraña  
 Sepultarse ignorados  
 Deplorando el baldon que ha ennegrecido  
 De su patria infeliz la limpia historia?  
 ¿Ó este sitio tal vez han preferido  
 Para tomar la muerte por su mano,  
 Hallando en él morir libres su gloria  
 Y su oprobio en el yugo mahometano?  
 ¡Ah! no: que es de leones  
 La raza de esos hombres denodados,  
 Temerarios acaso en sus acciones,  
 Para regar con llanto infructuoso  
 Sus derechos hollados,  
 Su religion, su patria y su reposo.  
 Y es muy grande la fé que de su alma  
 Sostiene la existencia,  
 Alumbrando fulgente su conciencia,  
 Para que cada cual se abra á si mismo,  
 Un sepulcro dó hallar el cuerpo calma,  
 Y al dejar el espíritu este abismo  
 Al Cielo suba á recoger su palma.  
 Es que rompiendo el ominoso yugo  
 Del pueblo de Ismael torpe y maldito,  
 Que á España sin cesar colma de injurias,  
 De santa libertad dieron el grito  
 Que inflamador, vibrante, resonara  
 En los montes de Astúrias,  
 Donde un pequeño ejército se alzara.  
 Y hoy llegan; y gigantes en el brio,  
 Del Auseva se juntan en la falda,  
 Por donde corre de cristal un rio  
 Con márgenes vistosas de esmeralda.  
 Y hallan en la aspereza  
 Del escarpado monte, fortaleza  
 Dó resistir la rabia formidable  
 De una tropa feroz, innumerable  
 De usurpadores tigres africanos,

Que siguen á Alkamák, con sed rabiosa  
 De la sangre leal de los cristianos.  
 Y crujen los aceros;  
 Y resuenan dó quier cantos guerreros  
 Que alza el soldado fuerte  
 Con un acento varonil sonoro;  
 Y cien y cien responden este coro:  
 «Ó libertad y Religion, ó muerte»  
 Quien forma en su redor grupo apiñado  
 Relatando inflamado  
 De noble indignacion los torpes hechos  
 De ese pueblo invasor; y arden los pechos  
 Al escuchar cual pisa y atropella,  
 Sembrando en su redor luto y espanto,  
 El pudor virginal de la doncella,  
 La casa del Señor tres veces santo.  
 Quien á su vez relata alguna hazaña  
 De la valiente España:  
 Ó respondiendo á cien que se le juntan  
 Y ansiosos le preguntan  
 Por él héroe cristiano  
 Á quien juraron obediencia ciega,  
 Del insigne Pelayo, ilustre godo,  
 Entre tanto que llega  
 La historia les refiere de este modo.

II.

— «Hijo del Duque Favila  
 Ya sabeis que es D. Pelayo,  
 Y que su dorada cuna  
 Mecieron adversos hados.  
 Mas acaso ignorareis  
 Que en su corazon cristiano,  
 Crecieron altas virtudes  
 Entre dolores amargos.  
 Jamás la torpe lascivia  
 Manchara su pecho casto;  
 Jamás la ambicion rastrera  
 Armó su potente brazo.

Siendo valiente y airoso  
Y de corazón magnánimo,  
Ni se amenguó en amoríos  
Ni vengó propios agravios.

Su alma de subido temple  
Sufrió su infortunio largo,  
Y vió á su querido padre  
Morir por traidora mano.

Vagó lejos de su patria  
Cual mísero desterrado:  
Mas nunca alzó turbulencias  
Para lograr puestos altos.

Con bordon, con tosco trage  
Y de esplendor despojado,  
Como humilde peregrino  
Pasó á los lugares santos.

Volvió, trayendo en su alma  
Un amor puro, acendrado  
Á la Virgen soberana,  
Y un religioso entusiasmo.

Después junto al Guadalete  
Vió, como atleta luchando,  
El godo poder hundirse  
De sangre en hirviente lago.

Lloró por su fe y su patria  
Su corazón desgarrado;  
Mas no se abatió cobarde  
Su alma, mayor que el espacio;

Antes bien allá en su mente,  
Rica en pensamientos altos,  
Iba un colosal proyecto  
Lentamente germinando.

Arrancar de nuestras frentes  
El rudo estigma de esclavos;  
Entronizar la ley santa  
Que los infieles hollaron:

Ser finalmente el caudillo  
De algunos insignes bravos,  
Y verter su sangre toda  
Ó alzar un reino cristiano.

Tal era el plan que formaba  
Y que hoy está realizando  
Él que alzó el grito de guerra  
Que inflamó á los asturianos.

Mas vedle aquí como viene  
Marcial, gentil y bizarro;  
Salúdale; es nuestro rey:  
¡ Viva! ¡ viva D. Pelayo! —

### III.

Aparece Pelayo entre sus tropas  
Aclamado con vivas entusiastas;  
Bañado por el sol resplandeciente  
Que hace brillar su formidable lanza.

Adelántase erguido, hace una seña  
Y todos á la vez silencio guardan;  
Y así dice con voz que esparce el eco  
Ligero y vibrador por la montaña.

«Soldados que la sangre generosa  
Sentis arder como encendida lava,  
Al escuchar los nombres sacrosantos  
De honor, deber, y religion, y patria:

Hoy nos grita el honor, y á nuestro brazo  
De su mengua y baldon pide venganza;  
Y el deber nos impone que lavemos  
Con sangre de los moros nuestra mancha

La patria, en fin, la Religion augusta,  
Con imperiosa magestad reclaman  
Á su trono volver del polvo oscuro  
Donde se ven por el infiel holladas.

Hubo un tiempo feliz, tiempo que al godo  
Suspiros mil con su recuerdo arranca,  
En que erguida se alzó entre las naciones,  
Hermosa sin rival, la rica España,

Después que esterminó la gente goda  
Otras incultas y feroces razas,  
Y que rompiera el yugo del romano  
Con su temida y fulminante espada.

Viéronse aqui las artes florecientes,  
La cultura precóz, las leyes sabias,  
Respetado el derecho, hermosa y pura  
La Religion esplendorosa y santa.

Mas las iras del cielo provocaron  
Cien escesos y cien, que no os relata  
Mi voz pues los sabeis, y el labio teme  
Le dejen al pasar inmunda mancha.

Una negra traicion, al Africano  
Tigre astuto y feroz dió puerta franca,  
Y en el leon dormido entre delicias  
Vino á clavar su penetrante garra.

Sorprendidos del moro en nuestra tierra  
Junto á Jerez le dimos la batalla,  
Dó se hundieron en mar de sangre goda  
La libertad y religion de España.

Desde entonces el pueblo que ceñidas  
Tuvo á su augusta sien glorias tan altas,  
Es azotado con fiereza, y gime  
Del bárbaro opresor bajo la planta.

Honor, derecho, religion, pureza,  
Para el tirano son necias palabras:  
Él nuestra propiedad invade y roba  
Asolando el lugar por donde pasa.

Para el fuerte varon blande el cuchillo,  
Con dura esclavitud al niño marca,  
El tálamo nupcial torpe mancilla  
Sin respetar á la matrona casta:

De la virginidad pisa las flores,  
El velo del pudor pérfido arranca,  
Y ¡oh sacrilegio atroz! hasta se atreve  
Á profanar de nuestro Dios la casa.

¿Y hemos de estar inmóviles contemplando  
Tanta profanacion, mancilla tanta,  
Mostrando como débiles mugeres  
Nuestro estéril dolor con nuestras lágrimas?

No, luchemos, luchemos cual valientes;  
Ánimo pues, soldados; nuestra causa  
Es tan justa, que Dios desde su trono  
Vierte el ardor marcial que nos abraza.

Invencibles seremos ¡Oh asturianos!  
Si ponemos en Dios nuestra esperanza,  
Sin que os cause temor nuestra impericia  
Ni el número de tropas adversarias.

Aunque nos cerquen moros mas que arenas  
En el desierto el simoun levanta,  
¿Que importa, si el Señor es con nosotros,  
Su inmensa multitud, su fiera saña?

Dios nos dará el esfuerzo y la victoria:  
Si fuera menester para lograrla  
Un milagro, soldados para hacerlo  
Ni el saber ni el poder á Dios le falta.

¿No abrió su voluntad en el mar rojo  
Un camino á Israel entre las aguas,  
Anegando despues al pueblo egipcio  
Á Faraon, sus carros y sus armas?

¿No hizo al son de trompetas derrumbarse  
De Jericó las sólidas murallas,  
Y detenerse al sol en su carrera  
Á la voz de Josué que lo ordenaba?

Dios si, cuyo poder es infinito,  
Maravillas obró, que al hombre pasman:  
Esperemos en Él pues que no existe  
Ni en su bondad ni en su poder mudanza.

Mas si teméis que por su justo enojo  
La clemencia de Dios no se nos abra,  
Para aplacar la cólera divina  
Tenemos una célica abogada.

Esa Virgen hermosa y adorable  
Que generoso amor inspira al alma  
Y se muestra al infierno mas temible  
Que ejército ordenado en la batalla.

Si invocamos su nombre fervorosos,  
Henchidos de ternura y esperanza,  
Con sus ruegos hará que Dios propicio  
Hacia nosotros vuelva su mirada.

Pedid, pues, sus auxilios. De rodillas:  
Las espadas rendid: rendid las lanzas:  
Clamemos á una voz: Virgen María  
Consuelo y gloria y proteccion de España,

Tu que viniste á ser en Zaragoza  
De este pueblo español la soberana,  
Míranos implorar de tu clemencia  
El heroico valor y la pujanza.

Vé que las potestades del infierno  
Contra el pueblo cristiano se desatan.  
¿Quién nos ha de librar si tú nos niegas  
El poder humillar su incua rabia?.....

Alzémonos soldados y tranquilos  
De Alkamák esperemos la llegada;  
Que jamás confundido ha de mirarse  
Quien pone en nuestra Reina su esperanza.»—

IV.

Vuelve Pelayo á la cueva,  
Allá en la roca formada,  
Que en susurrante cascada,  
Deja un torrente caer :  
Y solo y sin despojarse  
De su brillante armadura  
Se tiende en la roca dura  
Sus fuerzas á reponer.

Reina allí profunda calma ;  
Solo el monótono ruido  
Del torrente desprendido  
Se escucha en aquel lugar :  
Ruido que la mente embarga  
Cual misterioso beleño,  
Y en blando y profundo sueño  
Hace al príncipe quedar.

Mas como el alma no duerme,  
Mientras su cuerpo reposa  
Una vision luminosa  
Pelayo en su mente vé :  
Que aquella de quien espera  
El valor y la pujanza  
Quiere alentar su esperanza,  
Premiar su celo y su fé.

Vé desprenderse del cielo  
Rosadas y blancas nubes,  
Y una legion de querubes  
Aérea, flotante y sutil ;  
Y descollar vaporosa,  
Deslumbrante, una doncella,  
Como la palma descuella  
En el Libano gentil.

No es su fúlgida hermosura  
La que forja nuestra mente  
Cuando en su entusiasmo ardiente  
Personifica el amor ;  
Ni el ideal que el poeta  
Ó el artista divinando  
Alzan, sus formas trazando  
Con el fuego inspirador.

Es creacion de aquella mente  
Foco de luz increada,  
De quien es chispa arrojada  
El genio mas colosal :  
Es el amor del Eterno  
Copia fiel de su hermosura ;  
Es el mar de su ternura :  
Es un perfecto ideal.

En ella le ha dado forma  
El Eterno á la clemencia,  
Al candor, á la inocencia,  
Á la dulzura, al amor :  
Adecuando con prodigios  
De su mano poderosa,  
Una magestad gloriosa  
Que es del infierno terror.

Los arcángeles que lucen  
Mas alteza y galanura,  
Solicitan la ventura  
De servirla de escabel :  
Y orlan su manto de soles  
Que resplandece flotante,  
Y su trono rutilante,  
Y su estrellado dosel.

El alma del noble godo  
Arrebatada y suspensa  
Nada siente, nada piensa,  
Solo le es dado admirar:  
Y olvidado de sí mismo  
Halla una delicia ignota.  
Donde el espíritu flota  
Como en un inmenso mar.

Abre el clavel de sus labios,  
Fuente de dulce armonía,  
La encantadora María  
Y háblale al príncipe así:  
—«Pelayo, bordan tu nombre  
Con laureles en la gloria;  
Tuya será la victoria  
Porque recurriste á mí.

Ya serán, pues me invocaste  
Palpitante de esperanza,  
Benditas tu espada y lanza  
Esterminio del infiel:  
Bendita la escasa tropa  
Que hoy á tu mando se halla;  
Invencible en la batalla  
Pues que seré su broquel.

Tú serás base del trono  
Dó brillará esclarecido  
Cuanto la España ha perdido  
De grandeza y libertad;  
Al plegar yo el regio manto  
Que su sombra le prestaba,  
Por que ella se mancillaba  
Con la torpe liviandad.

Adios; un valor te dejo  
Que al mundo por siempre asombre,  
Y por escudo mi nombre  
Grabado en tu corazón.»—  
Dice: y bañando al dormido  
Con el ámbar de su aliento,  
Flotando en el vago viento  
Se evapora la vision.

Mas se percibe lejano  
Este cántico sonoro  
Que entona un celeste coro  
De la Virgen á los pies:  
«Gloria, gloria á nuestra Reina  
De los cielos alegría:  
Porque recurrió á María  
Pelayo invencible es.»

Despierta el godo inundado  
De dulcísimo consuelo,  
Y postra el rostro en el suelo  
En estática oracion:  
Y esclama: «Señor ¡tal dicha  
Cabe en el pecho de un hombre?  
¡Aquí grabado su nombre  
Escuda mi corazón!»!

## V.

Deja el príncipe la cueva:  
De amor y entusiasmo ardiente  
Rebosando el pecho lleva,  
Y en las márgenes del Deva  
Vá á reunirse con su gente.  
Á la luz de la esperanza,  
Vé rendirse el mahometano  
Al denuedo y la pujanza  
Que de la Virgen alcanza  
El noble pueblo asturiano.

Mas como muere el valor  
Que de arrogante blasona,  
Si no estriba en el favor  
De un Dios de infinito amor  
Que es del humilde corona:  
Unos hombres consternados  
El godo en los suyos halla,  
En vez de aquellos soldados  
Bravos, fuertes, denodados  
Que anhelaban la batalla.

Con la mirada sin brillo,  
Y con tristeza sombría  
En el semblante amarillo,  
Se llega un hombre al caudillo  
Que en él conoce á un vigia.

—«Señor. con la voz ahogada  
Dice el misero á Pelayo,  
Es nuestra suerte menguada:  
De Dios la justicia airada  
Hoy vá á fulminar su rayo.

Hé visto la tropa fiera  
Que hácia nosotros avanza,  
Desplegada la bandera,  
Audaz, rápida, altanera  
Y respirando venganza.

Entre nube polvorosa  
Yo la he visto adelantar  
Terrible cual la espantosa  
Ira de Dios, numerosa  
Como la arena del mar.

¡Ay! ¿quién podrá resistir  
De ese ejército la saña?  
Solo nos resta morir,  
Ó nuestras armas rendir  
Sin comenzar la campaña.

Así, Señor, esperemos  
La esclavitud ó la muerte;  
Que ora el combate empecemos,  
Ora á luchar renunciemos  
Esa será nuestra suerte.»—

Calló aquel hombre: en redor  
Su vista dirige el godo,  
Y cundir mira el pavor;  
Y ni un pecho con valor  
Halla en su ejército todo.

Mas vé que el cielo ha querido  
Probar la fé que alimenta.....  
Queda un momento abstraído,  
Y así esclama enardecido  
En el fuego que le alienta.

VI.

—«¿Donde soldados fué vuestro ardimiento  
Vuestra fé decantada?

¿Como á un soplo no mas de rudo viento  
Cae la débil arista

Vuestra altiva cerviz caerá doblada  
Del ejército infiel solo á la vista?

Mas no es estraño, no: que en vuestro anhelo  
Por el triunfo glorioso,

Olvidabais tal vez que sin el cielo  
Es deleznable, misero y liviano,

Hasta el valor coloso  
Que arrogante concibe el pecho humano.

Y hoy atendiendo solo á lo visible  
Recelais que consiga

El triunfo la feroz tropa enemiga  
En su furor y número fiada;

Sin ver que no conoce el imposible  
El que formas y ser dióle á la nada.

Mas no temais, valor: hórrido ostenta  
Su saña y su poder nuestro adversario;

Mas la Virgen gloriosa que se asienta  
En trono de querubes

Allá en el refulgente santuario  
De Dios sobre las nubes

La Reina en fin, el cielo de los cielos,  
Bajo su amparo y proteccion nos toma,

Mas tierna que la cándida paloma  
Cuando presta calor á sus hijuelos.

Quien es grande cual Ella!

Si el infierno estremécese espantado  
Á su nombre sagrado

Y ángeles mil y mil besan su huella  
A sus plantas postrados á porfia,

¿Que la puede costar con tal dominio  
Una legion mandar para esterminio

Luto y terror de la morisma impia?

Ella no puede ver que esclavizados  
 Con mengua en el honor, llanto en los ojos  
 Seamos ricos despojos  
 Del musulman que aquí nos desafía;  
 Ni que su labio odioso  
 En los vasos sagrados  
 En sus torpes festines profanados,  
 Libe audáz el licor rojo, espumoso,  
 Antes bien nos condujo á esta aspereza  
 Donde una fortaleza  
 Abrió quizás el Dios omnipotente,  
 Cuando al formar las rocas ya veía  
 Allá en su eterna mente  
 Nuestro grave conflicto en este día.  
 Vedla pues mis soldados; esa cueva  
 De la cual se desprende esa cascada  
 Nuestro fuerte será: si aun se renueva  
 Vuestro valor y vuestra fé sagrada,  
 Al escuchar el nombre  
 De esa Virgen auxilio del cristiano,  
 Venid en pos de mí, nada os asombre.  
 Mas si aun temblais al ver al mahometano  
 Sed en la fuga escarnio de sus gentes.

Ya me seguís valientes  
 Ya vuestra noble faz brilla encendida.  
 Gracias gracias, Señora.  
 ¿Quien en vano te implora?  
 Tú eres nuestro broquel, tú nuestra egida.»

## VII.

Todos los soldados sienten  
 Que Pelayo con su arenga  
 Enciende el valor que estinto  
 Casi en el pecho estuviera.  
 En pos del caudillo suben  
 Presurosos á la cueva  
 Donde aquel recibió el premio  
 De su fé pura y sincera.

Un nombre que les regala  
 Suavidad, dulzura tierna  
 Y al par les inspira brio  
 Y esperanza y fortaleza,  
 Van pronunciando sus labios  
 Con amor y reverencia:  
 Nombre que escrito con fuego  
 En el corazon le llevan.  
 Es este nombre María;  
 Nombre divino que alienta  
 Y al cansado peregrino  
 Con suavidad refrigera.  
 Asi escudados sus pechos  
 Con invocar á la escelsa  
 Madre de Dios, de la roca  
 En la cavidad penetran.  
 Allí Pelayo de nuevo  
 Levanta su voz enérgica  
 Y en actitud defensiva  
 Á sus soldados ordena.  
 Entre tanto innumerables  
 Cual la multitud inmensa  
 De langostas que de Egipto  
 Plagaron las anchas tierras,  
 Los musulmanes, rugientes  
 Y amenazadoras hienas,  
 Invadiendo el valle siguen  
 De los cristianos las huellas.  
 Con sus rostros atezados  
 Por el sol de África, muestran  
 Bajo los blancos turbantes  
 Almas salvajes y fieras.  
 Vagan sus torvas miradas  
 Que ardientes relampaguean,  
 Mostrando el volcan de ira  
 Que en su corazon encierran.  
 De Alkamák el mando siguen,  
 General cuyas proezas  
 Son terror de los cristianos,  
 De los infieles soberbia.

Este al ver que el noble godo  
Hácese fuerte en la cueva,  
Con gutural rudo acento  
Su voluntad así espresa.

— «Vamos á tomar venganza  
Que aterre á la España entera,  
De esos pérfidos cristianos  
Que alzaron la voz de guerra.

Ellos han hallado un fuerte  
En el hueco de esa peña;  
Mas ¿qué importa si podemos  
Destruir la fortaleza?

Cual rayos de Alá caigamos  
Sobre esa gente inesperta;  
Cerquemos su fuerte al punto,  
Comencemos la pelea,

Y arrojemos un diluvio  
En el que todos perezcan  
De fuego ardiente y nutrido  
Y de dardos y de flechas.» —

Dice: y los moros al punto  
Dan voces que el aire llenan  
Y fieros como chacales  
Al godo y los suyos cercan.

Estos, firmes en el fuerte  
Que formó naturaleza,  
Siempre invocando á María  
Cargan las armas y esperan.

Ya se desborda la rabia  
De los infieles, y flechas  
Y dardos y ardiente fuego  
Y duros trozos de peña,

Entre alaridos horribles  
Disparan cual lluvia espesa,  
Á la entrada del asilo  
Que dá al cristiano defensa.

Mas ¡oh prodigio! las armas  
Mortíferas y las piedras  
Son rechazadas al punto  
Por una invisible fuerza.

Volviendo contra los moros,  
Sin que á los cristianos hieran,  
En su ejército el asombro  
El miedo y la muerte siembran.

En esto un valor creciente  
Á los cristianos alienta:  
Sienten poderoso brio  
Que los impulsa hácia fuera.

Salen fuertes, sobrehumanos;  
Y sus armas centellean,  
Y á sus gritos de victoria  
Ayes de muerte se mezclan:

Ya á la vista de un cristiano  
Cien musulmanes se aterran;  
Rechinan sus blancos dientes  
Y todos sus miembros tiemblan.

Sienten en fin congelarse  
Toda su sangre en sus venas,  
Y á la vergonzosa fuga  
Los miserables apelan.

Los cristianos valerosos  
Los persiguen, los estrechan.  
Y en sus armas victoriosas  
Esterminio y muerte llevan.

Como heridos por el rayo  
Por do quier los moros ruedan;  
Y unos lanzando alaridos  
En su sangre se revuelcan,

Otros logrando escaparse  
Huyen, corren, atropellan  
Á los que hallan á su paso  
Y en los montes se dispersan.

### VIII.

Mas de veinte mil soldados  
Con el soberbio Alkamak,  
Inundados en su sangre  
Muertos ó espirando están.

El resto, despavoridos  
Suben con velocidad  
Á la cumbre de los montes  
Donde á refugiarse van.

Mas tambien allí la muerte  
Va á perseguirlos tenaz:  
¿Contra las iras del cielo  
Que refugio han de encontrar?

Topan tambien con cristianos  
Que apostára allí sagaz  
Pelayo, y á los vencidos  
Llenan de terror mortal.

En tanto nubes henchidas  
De ardiente electricidad  
Vienen á cubrir del cielo  
El azulado cendal.

Ya el ronco trueno retumba  
Y hace á los montes temblar  
Y cae la lluvia á torrentes  
Y el cielo se anubla mas:

Y silva y muge furioso  
El horrisono huracan,  
Que los corpulentos robles  
Arranca y hace rodar:

Y las nubes que preñadas  
De abrasador fuego están  
Se desgarran, y su seno  
Vomita el rayo mortal.

De los gigantescos montes  
Rodando se ven bajar  
Peñas enormes que arrastran  
De moros infinidad.

Ya llega al colmo el espanto  
Entre los hijos de Agar,  
Y unos sepultados quedan,  
Y otros arrastrados van.

Ya por fin dando alaridos,  
En confusion infernal,  
Sin direccion suben, bajan,  
Se atropellan sin cesar

Perseguidos por los fieles,  
Y en número escaso ya,  
Los miseros fugitivos  
Quieren el Deva pasar;

Mas cayendo otro fragmento  
De montaña colosal,  
Y desbordándose el rio  
Que rojo de sangre va;

Entre el agua y los peñascos  
Derrota hallando mortal  
Sucumbe el soberbio y bárbaro  
Ejército musulman.

¡Victoria! entonan los fieles  
Que enagenados están.  
Victoria nos dió María  
Con su escelsa potestad.

Y su caudillo arrobado  
En éxtasis celestial,  
Postrado humilde de hinojos  
Así comienza á cantar.

IX.

—Salve ¡oh Madre de Dios! De esta victoria  
Que escede á nuestras fuerzas terrenales,  
Tuyos los lauros son, tuya es la gloria,  
No de nosotros miseros mortales:  
De tu poder omnímodo en memoria,  
En cánticos sonoros y eternals  
Resuene por do quier la melodía  
Del regalado nombre de María.

Cante tu nombre, sí, toda criatura,  
Y el espacio sin límites se llene  
Con su aroma fragante y su dulzura:  
Cántelo con acento que resuene  
Robusto y vibrador allá en la altura  
La águila que á sus pies el mundo tiene:  
Y el avecilla cántelo en su nido,  
Siendo por sus hijuelos repetido.

Cántelo el mar alzándose turgente  
 Inmenso en la grandeza y poderío,  
 Y el arroyuelo humilde en su corriente  
 Y en su murmurio el sosegado río.  
 Cántelo el valle plácido y riente,  
 Y el bosque melancólico y sombrío:  
 El viento que conmueve el mundo entero,  
 Y el céfiro sutil ténue y ligero.

Cántelo en fin de la creación brillante,  
 Con acento sonoro inteligible,  
 Desde el fúlgido sol, astro gigante,  
 Hasta el átomo leve imperceptible:  
 Desde el monarca altivo que triunfante  
 Hollar tesoros mil no halla imposible,  
 Hasta el humilde y mísero mendigo,  
 Que solo en pobre choza encuentra abrigo.

Que es tan grande mi amor que si existiera  
 ¡Oh Virgen poderosa inmaculada!  
 Otra mas alta y luminosa esfera  
 Que en la que estás de soles coronada,  
 Y á costa de mi sangre yo pudiera  
 Verte en ella mas grande y sublimada,  
 ¡Oh dicha sin igual! yo vertería  
 Toda mi sangre, toda ¡Oh Madre mia!

¿Quien no ha de amarte, quien, vida y dulzura,  
 Y esperanza y tesoro del cristiano;  
 Si eres toda piedad, toda ternura  
 Y mercedes de Dios vierte tu mano?  
 ¿Quien habrá de temer la saña dura  
 Del enemigo y su furor insano,  
 Si su fiera altivez, su encono sumo  
 Solo con tu querer truécense en humo?

Su potestad junto á la tuya es sombra,  
 Tesoro de las gracias del Eterno,  
 Pues se estremece de pavor y asombra  
 Á tu nombre dulcísimo el infierno.

Hacen ángeles mil fúlgida alfombra  
 Á tus plantas postrados, y con tierno  
 Himno de amor difunden tu alabanza  
 Cuantos en tí pusieron su esperanza.

¿Quién acudió jamás á tu clemencia  
 Desgarrado al pisar duros abrojos,  
 Que trajese al volver de tu presencia  
 Luto en el corazón, llanto en los ojos?  
 ¿Quien reclamó perdón de tu indulgencia  
 Que encontrase en tu faz duros enojos?  
 ¿Cuando en la tempestad te invocó el alma  
 Y en tu seno no halló plácida calma?

No escuchára la madre cariñosa  
 El gemido del ser que produjera,  
 Y la fértil campiña deliciosa  
 No brotára una flor en primavera,  
 Y el aurora de nácar y de rosa  
 Al refulgente sol no precediera,  
 Antes que tú burlases la esperanza  
 Del pobre corazón que á tí se lanza.

Mírame por tu amor: véme humillado,  
 Bajo ese cielo azul puesto de hinojos,  
 Donde la tempestad han disipado  
 Con dulce sonreír tus labios rojos.  
 Los laureles que tú me has prodigado  
 Á tus plantas serán ricos despojos;  
 Y de tu gloria ardiendo en el deseo  
 Nuestras almas te harán rico trofeo.

En pago de este amor que arde en mi entraña  
 Una gracia no mas mi alma te implora,  
 Para mi pobre y dolorida España,  
 Hoy esclava, si ayer regia señora.  
 Del infierno feroz sufre la saña  
 Y de abundante hiel lágrimas llora:  
 ¿Quien habrá menester triste cual ella  
 Que escuches su dolor y su querella?

Mírala con piedad: si en sus errores  
 Manchó el albo cendal de la pureza,  
 El llanto que derrama en sus dolores  
 Séale mar dó lave su torpeza:  
 Rompa con tu virtud, con tus amores  
 La esclavitud, baldon de su grandeza,  
 Sea en buen hora esclava ¡Madre mia!  
 Pero esclava dichosa de Maria.



NÚMERO 5.

# EL HIJO DEL CALIFA.

LEYENDA RELIGIOSA

por

**D. ENRIQUE GARCIA BRAVO.**

*Ecce tu pulchra es, amica sua,  
 ecce tu pulchra es: oculi colum-  
 barum.*  
 Cántica canticorum, C. 1, v. 14.

INVOCACION.

Sublime inspiracion, astro fulgente,  
 Que vívido y radiante centelleas  
 En torno del poeta dulcemente  
 Y con tu luz su corazon recreas,  
 Ilumina mi oscura y débil mente  
 Y el corazon abrasa con tus teas,  
 Y en alas del amor y poesía  
 Lleno de gozo ensalzaré á María.

No desoigais, purísima Señora,  
 Escelsa emperatriz del almo cielo,  
 Al que con lengua humilde y pecadora  
 Pronuncia vuestro nombre en este suelo,  
 Vuestro nombre divino que á toda hora  
 Es del mortal dulcísimo consuelo  
 Y el mas suave bálsamo que calma  
 Las heridas del cuerpo y las del alma.

Dad á mi voz que ensalce la hermosura  
De vuestro nombre puro immaculado;  
Y lleno de esperanza y de ventura  
Lo pronuncie dó quier entusiasmado;  
Mi lengua aun balbuciente é insegura  
Le pronunciaba ya, nombre adorado  
Sonoro cual celeste melodía.  
Mas dulce que la miel y la ambrosia.

Venid á mi los que sentís dolores,  
Que hacen perder la dicha y el contento,  
Los que anhelabais placidos amores  
Venid á oír tambien mi dulce acento;  
Venid y escuchareis tiernos loores,  
Y lleno del amor y sentimiento  
Os contaré con fé una bella historia  
Que conserveis perenne en la memoria.

Y vos, Reina del cielo immaculada,  
Madre de amor, angelical princesa,  
Pues dispensar merced tanto os agrada  
Á quien de honrarnos ni un momento cesa,  
Perdonad si mi pluma mal cortada  
Se atreve á comenzar tamaña empresa;  
Que aunque me falte inspiracion ardiente  
Mucho de fé y amor mi pecho siente.

I.

EL PEREGRINO.

Era la noche plácida y serena,  
Todo yacia en aparente calma,  
La luna en el cenit resplandecía  
Pero solo dolores alumbraba.  
Há dos dias no mas que de Clavijo  
Se dió la fiera y célebre batalla,  
Que de un tributo á los cristianos libra  
Que su nobleza y altivez rebaja,  
Y aun está de cadáveres cubierto  
El campo, é insepultos aun se hallan

Muchos de los soldados que ofrecieron  
Sacrificar su vida por la patria.  
Por la márgen del Ezla revoltoso  
Vá un anciano de frente veneranda,  
Noble presencia, rostro sonriente,  
Y cabellera de brillante plata,  
Por su traje á juzgar es peregrino  
Pues lleva un sayo de parduzca lana,  
Y en la mano un bordon en que se apoya,  
Con que ayuda sus trémulas pisadas.  
No muy lejano de donde él se encuentra  
Un ruinoso edificio se levanta,  
Hácia el cual se dirige y pronto llega  
Acogida pidiendo hospitalaria.  
Á semejante súplica muy luego  
Cede una puerta ruin desvencijada,  
Y entra el Romero que contempla atónito  
El cuadro que presenta aquella estancia  
Lóbrega, triste, húmeda y sombría  
Y al parecer há tiempo inhabitada.  
En un rincon que forman negros muros  
Y sobre un lecho de menuda paja  
Yace bella mujer y dos infantes  
Que con su madre tímidos se abrazan,  
Y no muy lejos una pobre hoguera  
A cuyas rojas chispeantes llamas  
Se vé un jóven dormido sobre el suelo,  
Cual si estuviera sobre blanda cama,  
Y debe ser en sueños muy dichoso,  
Porque sonríe con delicia tanta  
Que dá envidia el mirarle ¡pobre jóven!  
¿Que soñará que el pecho se le ensancha  
Con tal celeridad y así suspira,  
Y asoman á sus ojos bellas lágrimas?  
Sueña que está en un templo magestuoso  
Dó se oyen dulces celestiales cántigas,  
Y vé luego á la Virgen sin mancilla  
La que es del cielo reina y soberana,  
Que se le acerca y cubre dulcemente  
Con un manto de estrellas y esmeraldas,

Y luego con acento delicioso  
Le dice estas dulcísimas palabras:

«Tú te acojiste desde muy niño  
Bajo mi amparo, mi proteccion;  
Si es verdadero tu fiel cariño,  
No salgas nunca de esta mansion,  
Que aquí mas grande será tu gloria,  
Será tu fama mucho mayor,  
Que allá en los campos de la victoria  
Dó vá el guerrero por el honor.  
Ven, hijo mio, no te separes  
Ya de mi manto de bendicion,  
Y aquí entonando gratos cantares  
Serás cual ángel de mi mansion ;  
Serás del pobre dulce consuelo,  
De tus hermanos gloria serás,  
Y anticipada la paz del cielo  
Así en la tierra tu gozarás.»

Y la vision desapareció lijera  
Quedando dulce su recuerdo al alma,  
El peregrino en tanto sin moverse  
Atónito aquel cuadro contemplaba,  
Hasta que el hombre, que le abrió la puerta  
El silencio rompió y así le habla;  
—En mal hora llegasteis buen romero,  
A esta infeliz y miserable casa,  
Pues no puedo ofreceros otro objeto  
Que un poco de pan duro.—Eso me basta,  
¿Pero como habitais en estos muros?  
En esta triste y lóbrega morada?  
—¡Ah! Señor, yo era rico. En esos valles  
Que se estienden detrás de las montañas  
Dó el castillo del conde D. Alfonso  
Con sus torres y almenas se levanta,  
Yo tenía mi hacienda, mis ganados;  
Mas la guerra que todo lo devasta  
¡Ay! nada nos dejó: ni aun las personas.  
Ese moro á no haber, se vieran salvas.

—¡Un moro!—Un hijo noble del Califa  
Que consagró á María entera el alma,  
Y por su amor abandonó sus lares,  
Su religion, sus glorias y su patria.  
En ella, dice, sueña noche y dia  
Y su imágen purísima grabada  
Lleva en el pecho con delirio amante  
Y siempre de ella entusiasmado habla.—  
Y mientras que Beltrán y el peregrino  
De este modo en voz baja platicaban  
El hermoso Zaid estremeciósse  
Y despertó diciendo estas palabras:

—¡Ó sueño, sueño hermoso!  
Que me hacias no há mucho el mas dichoso  
De todos los mortales,  
¿Porque huyes velozmente  
Y me dejas sumido tristemente  
En mis tremendos males?

¿Porque huyes tan ligero,  
Porque te vas? Ven, sueño placentero,  
Del infeliz amado:  
Ven, vuélveme el reposo,  
Contigo soy feliz, soy muy dichoso,  
Sin tí desventurado.

Ven, ven al alma mia  
Y vuelva á ver el rostro de María  
Radiante de hermosura,  
Mas bella que la aurora  
Despedir refulgente, encantadora  
Mil rayos de luz pura.

Y escuche reverente  
De su boca divina y sonriente  
Palabras amorosas,  
Dulces al alma mia  
Mucho mas que la miel y la ambrosia  
De las fragantes rosas.

Bellas auras de amores,  
Del Mayo alegre primorosas flores,  
Corrientes cristalinas,  
Prestadme vuestro encanto  
Y elevaré á la Madre del Dios santo  
Mil cántigas divinas.

Venid tiernos cantores  
De los bosques harpados trovadores,  
Ensalzad á María;  
Cantadla dulcemente  
Ya que no pueda hacerlo dignamente  
La mísera alma mia.

Por ella el pecho mio  
Está abrasado como flor de estío  
En fuego puro y santo;  
Su plácida hermosura  
Es tan solo mi amor y mi ventura  
Mi celestial encanto.

Ó dulce madre mia,  
Yo vuestra imágen venturosa y pia  
Buscaré por dó quiera,  
Y á su lado dichoso  
Moraré hasta aquel dia venturoso  
En que mi cuerpo muera.»—

Aquí paró Zaid, y el peregrino  
Que le escuchaba atento  
Así le habló con amoroso acento.

## II.

### UN ENCUENTRO FELIZ.

—Decidme ó noble moro,  
Decid como se esplica  
No siendo vos cristiano  
Que ameis tanto á María?  
—Oid mi dulce historia,  
Siquier sea sencilla,

Vereis como mi afecto  
Ya tanto no os admira.  
Hijo del poderoso  
Del muy noble Califa  
De Córdoba, nacido  
De Zaida peregrina,  
Una segunda madre  
Encontré en mi nodriza  
Pues siendo esta cristiana  
Con fé constante y viva  
Me inculcó sus creencias  
Al par que yo crecía,  
Yo cual madre la amaba,  
Pues solo sus caricias  
Y su íntimo cariño  
Conoció el alma mia,  
Y ella cuando crecido  
Historias peregrinas  
Contábame amorosa  
De su patria querida.  
Y veces mil hablóme  
De Covadonga altiva,  
La peña dó Pelayo  
Venciera á la morisma,  
Y dijome que en lo alto  
Un monasterio habia  
Donde se veneraba  
Una imágen divina  
De la Reina del cielo,  
Y en mi alma quedó escrita  
La prodigiosa historia;  
Y prometí á María,  
Ir cruzando los montes,  
Las fértiles campiñas,  
Los rios y los valles  
Á visitarla un dia.  
Por Ella desde entonces  
Mi corazon suspira;  
Y en él arde la llama  
De caridad divina,

Y cuando de la guardia  
De mi padre el Califa  
Fuí designado jefe,  
Por Ella las fatigas  
Del misero cautivo  
Mas soportable hacia.  
En una noche oscura,  
Recuerdo con delicia  
Que tempestad horrenda  
Mis planes protegía,  
Liberté de cadenas  
Las manos oprimidas  
De un sauto que allí estaba  
Cautivo años hacia.  
Jamás podré olvidarle  
Pues dióme esta reliquia  
Diciendo que por ella  
Tal vez me encontraria...—

Y aquí lágrimas dulces derramando  
Interrumpió á Zaid el peregrino  
Entre suspiros mil así exclamando:

—«Bendito seáis, Señor,  
Una y mil veces bendito  
Por el inmenso favor  
Que obtuvo este pecador  
De vuestro brazo infinito.  
Y vos, celestial Señora,  
De los cielos soberana  
Hermosa como la aurora  
Que sonrie encantadora  
Al asomar la mañana,  
Bendita seáis tambien,  
Virgen celestial y pura,  
Pues hoy llenais de ventura  
Al dispensar otro bien  
Á esta pobre criatura.  
Mil cánticos de alegría  
Os tributa el alma mia

Por vuestra fiel proteccion,  
Virgen venturosa y pia,  
Que escuchasteis mi oracion.»—

Y al terminar esta plegaria tierna  
Al árabe abrazó que con interna  
Satisfaccion le recibió en sus brazos,  
Recordando con plácida ventura  
Aquella noche oscura  
Que le libró tal vez de eternos lazos,  
Y los dos con dulcísima alegría  
Ese augusto favor cuando admiraron  
Su encuentro milagroso celebraron  
Entonando loores á María.

### III.

#### AL AMANECER.

La luna en el ocaso se ocultaba,  
Pero ya en el oriente relucía  
La nueva luz que trémula asomaba  
Anunciando otra vez el claro dia;  
Y la madre natura desplegando  
Iba cada vez mas su gentileza  
Á la par que la luz se iba acercando  
Para alumbrar su plácida belleza.  
El sol por fin vestido de oro y grana  
Asomó magestuoso por oriente,  
Dando nuevo esplendor á la mañana  
Con su traje de luz resplandeciente.  
Las flores ostentaban sus corolas  
Bañadas con las perlas del rocío,  
Ó tal vez salpicadas por las olas  
Del murmurante y revoltoso río.  
Y el céfiro feliz de las montañas  
Á ver baja la flor de la pradera,  
Y juega entre los mirtos y las cañas  
Que adornan de las aguas la ribera.

Todo bendice en multiple armonía  
 Al autor de los mundos poderoso  
 Y adquiere mas belleza y lozanía  
 Al desplegar su luz el astro hermoso.—  
 Zaid contó su sueño al peregrino  
 Á aquel piadoso y venerable anciano,  
 Que era el obispo santo Leontino  
 El noble, insigne é inmortal Graciano;  
 Quien prometióle luego acompañarle  
 Al templo que Zaid le describía  
 Que en sueños viera y donde bajó á hablarle  
 La reina de los ángeles María.  
 Y de Beltrán los dos se despidieron,  
 Y al salir del lugar dó se encontraron  
 Estas tiernas palabras le dijeron,  
 Y luego lentamente se alejaron.

—«Si haciendas y ganados—te hizo perder la guerra  
 Tus bienes recobrados—no tardarás en ver.  
 Felices en la tierra—sereis desde este dia  
 Mas no olvideis en tanto—que todo de María  
 Debeislo al sacrosanto—dulcísimo poder.»—

IV.

COVADONGA.

De Canicas saliendo  
 Por el oriente  
 Hay un hermoso valle  
 Que riega alegre  
 El rio Bueña:  
 Mas arriba otro rio  
 Tambien se encuentra.  
 Tuerece el camino entonces,  
 Y las montañas  
 Que al vallecito cierran  
 Son escarpadas.  
 Por esta senda  
 Allí hay dos lugarcillos,  
 Soto y Riera.

Ciérranse las montañas  
 Por todos lados:  
 Muchos é inaccesibles  
 Son los peñascos,  
 Y corre el rio,  
 Por el fondo terrible  
 Del precipicio.

Al fin de una empinada  
 Y áspera cuesta  
 Que á un llanito conduce  
 Se halla la peña  
 De Covadonga,  
 Celebrada en los fastos  
 De nuestra historia.

Aquí con un puñado  
 De montañeses  
 A un numeroso ejército  
 Pelayo vence,  
 Pelayo insigne  
 Que se acoge al amparo  
 De nuestra Virgen.

Y aquí empiezan los lauros  
 De nuestra patria;  
 Aquí empiezan las glorias  
 De nuestra España,  
 Nacion hermosa,  
 La predilecta hija  
 De la Señora.

Por Ella en ocho siglos  
 De audáz campaña,  
 La musulmana hueste  
 Fué rechazada;  
 Y Ella amorosa  
 Nos llevó por el mundo  
 De gloria en gloria.

Su nombre sacrosanto  
 Dulce resuena  
 Cuando Colon las playas  
 Gana de América;  
 Que protegía

La estrella de los mares  
Su navecilla.

Y en Pavia y Lepanto,  
Despues de Otumba,  
Y en Trafalgar, su nombre  
Dulce se escucha;  
Y de las armas  
Del español bizarro  
La gloria alcanza.

~~~~~  
Por la cuesta que al llano  
Triste conduce,  
Hora dos peregrinos  
Espacio suben;  
Que el uno es viejo  
Y andar no puede aprisa  
Cual su deseo.

Pero al llegar al llano  
Por la escalera  
Que á la Iglesia conduce  
De prisa trepan,  
Entrando luego  
Por el atrio del santo  
Piadoso templo.

Y ante la imágen bella  
De nuestra madre  
La Virgen sin mancilla  
Postrados caen,  
Y el jóven ora,  
Y esta plegaria tierna  
Sube á la gloria.

~~~~~  
«Reina del cielo, Virgen María,  
Madre piadosa del casto amor,  
Ante tus plantas hoy, madre mia,  
Vengo á dar gracias por tu favor.  
Yo me acogía desde muy niño  
Bajo tu amparo, tu proteccion,  
Y experimenta de tu cariño  
Hoy la dulzura mi corazon.

No me abandones, madre querida,  
Siempre á tu lado deseo estar,  
Aquí ensalzando toda mi vida  
Tus dulces glorias, junto á tu altar.  
Del Mayo alegre las bellas flores  
De aquestos valles recogeré,  
Y ante tu imágen, Virgen de amores,  
Bellas guirnaldas te ofreceré.  
Y tú con una sonrisa amena  
Mis flores bellas acogerás,  
Virgen hermosa, que á la serena  
Luz de la aurora dejas atrás.  
Radiante estrella de la mañana,  
Blanca paloma, divina flor,  
La mas hermosa, la mas galana  
Que hubo en la mente del Hacedor,  
Benigna acoge bajo tu manto  
Al que te ofrece su corazon;  
Siempre al amparo de tu amor santo,  
Nunca me aparte de esta mansion.»

V.

EPÍLOGO.

En Covadonga años despues vivía  
Un monge que á las gentes admiraba  
Por el amor ferviente que á María  
La reina de los cielos profesaba.  
Su fama por los montes trasponía,  
Y de aquel monge por do quier se hablaba,  
De aquel jóven y hermoso peregrino  
Que una mañana á Covadonga vino.

Jamás se acercó pobre al Santuario  
Que de aquel religioso no alcanzara  
La caridad y amor estraordinario,  
Con que á todos atiende y les ampara.  
Y aunque el demonio audáz y temerario  
Una guerra terrible le declara,  
Él sale vencedor y siempre ahuyenta  
La tentacion que osada le atormenta.

Son sus palabras celestial consuelo  
 Al corazón que triste y lacerado  
 Buscó la dicha en el impuro suelo  
 Y arrastróse entre el vicio y el pecado;  
 Porque él le ayuda con ferviente anhelo,  
 Y á la madre del Verbo immaculado  
 Ruega con tan segura confianza  
 Que cuanto pide, de su amor lo alcanza.

Veinte fugaces años se pasaron  
 De aquel feliz y venturoso día  
 En que Zaid y Graciano aquí llegaron,  
 Irradiando en sus rostros la alegría,  
 Cuando un día los fieles observaron  
 Un monje ante la imagen de María  
 Que absorto al parecer la contemplaba  
 Y de luz una auréola reflejaba.

Era Zaid: su espíritu abrasado  
 Por todo el fuego del amor divino,  
 Se habia de su cuerpo separado,  
 Volando por el éter cristalino  
 A la region do el Dios de lo criado  
 Tiene un trono de luces diamantino,  
 Y su alma allí colmada de alegría  
 Eternamente contempló á María.

Despues la tradicion nos asegura  
 Que el enfermo que su hábito tocaba  
 Con firme confianza y con fé pura,  
 De sus dolencias sin tardar sanaba.—  
 ¡Madre del casto amor, vida y dulzura!  
 Cuando niño, feliz yo te invocaba.....  
 Tambien hora te invoca el alma mia:  
 ¡No me abandones ya, Virgen María!

NÚMERO 6.

À LA VIRGEN  
 DE  
 COVADONGA.

ODA

POR

DON GERÓNIMO BORAO.

*Campamento de seguridad.  
 Hugo de S. Victor.*

¿Dónde hay lengua potente que levante  
 Sus voces sonoras hasta el cielo?  
 ¿Dónde angélicas alas  
 Que osadas tiendan á María el vuelo?  
 ¿Dónde mocion tan honda  
 Que á la madre de Dios bien corresponda!

Mas ¿quién se aleja de sus aras mudo  
 Si una vez de sus gracias fué testigo?  
 ¿Quién de tan buena madre  
 No canta y llora en el regazo amigo?  
 ¿Quien no arranca á su lira  
 Himnos de gloria si en su amor se inspira?

Si el hombre tiene, aunque del polvo hechura,  
 La eternidad de un Dios por esperanza,  
 ¿Cómo de su bajeza  
 Se desase el espíritu y se lanza  
 Allá de las estrellas,  
 Mas puro, mas sutil, mas grande que ellas?

¿Qué soplo celestial le vivifica,  
 Qué simbólico anillo le eslabona  
 Con Aquel cuyo nombre  
 En lenguas mil la creacion pregona?  
 ¿Quién su aliento le envía  
 De fé?—¿Quién ha de ser sino María!

Ella, mas pura que la virgen rosa,  
 Mas casta que la perla nacarada,  
 Mas que la abeja dulce,  
 Mas tierna que colomba enamorada,  
 Mas bella y hechicera  
 Que la albada de alegre primavera.

Ella que de la cruz, en que sublime  
 Muerte sufre el autor de toda vida,  
 Gime al pie sin ventura:  
 Mas no del hombre en su afliccion se olvida:  
 Las lágrimas que vierte  
 Fuente de vida son, si ecos de muerte.

Y tanto es el amor en que se abrasa,  
 Tanto es al hombre compasivo el pecho,  
 Que baja á humilde cueva,  
 Ella á quien todo el orbe viene estrecho,  
 Y deja las alturas  
 Por vivir entre humildes criaturas.

¡Ah madre de tal hijo, que así emulas  
 Su inagotable perenal clemencia!  
 ¡Él descende del cielo  
 Á dar por sus verdugos su existencia:  
 Tú, manando tu herida,  
 Vienes á dar un cielo al deicida!

Y las empíreas cumbres abandonas,  
 Y pones en la tierra con tu imágen  
 Tronos dó los querubés,  
 Sus alas blancas desplegando, bajen,  
 Y á cuyo pié recojan  
 Las almas puras que á tu fé se acojan.

Trono del Ebro en la tranquila orilla;  
 Trono del gayo Turia en las palmeras;  
 Trono en el Manzanares;  
 Trono de Montserrat en las hileras  
 De altivos obeliscos;  
 Trono de COVADONGA entre los riscos.

¡Oh nombre generoso que recuerda  
 Cuánta bravura en corazones cabe,  
 Cuánta fé se atesora  
 En el que orar á Dios del alma sabe;  
 Cuanta virtud entraña  
 La noble estirpe del solar de España!

Allí, tras el angosta retorcida  
 Canal que entre los montes serpentea,  
 Se abre al peon cansado  
 Modesto valle que la brisa orea,  
 Y en él reina se yergue  
 Montaña dó la Virgen tiene albergue.

Ancha herida, hondo seno que conmueve  
 Allí con altos fines abrió el cielo:  
 Luengo, inquieto, espumoso,  
 Y dando fresco al airé y vida al suelo,  
 El Deva se desata  
 De la cueva, en sonante catarata.

Allí del manantial sobre la cuna,  
 Del hueco monte en el feral vacío,  
 De soledad austera  
 En el retiro cóncavo sombrío,  
 Hoy silenciosa mora  
 Quien mañana ha de ser conquistadora.

Solo de su bondad eran testigos  
 El que aportaba allí triste hermitaño,  
 Ó el que asilo buscaba,  
 Reo quizá de involuntario daño:  
 El santo penitente,  
 Ó, aun mas santo, el contrito delincuente.

Pero álzanse de súbito alaridos  
 En aquella region antes callada:  
 Brota de la angostura  
 Pávida muchedumbre acorralada:  
 Trepan, ganan la gruta:  
 Nadie la tierra al vencedor disputa.

¿Quién sobre ellos se lanza? ¿Es desatado  
 Tropel de tigres que se avanza hambriento?  
 Es gigante avalancha  
 Que el huracan arranca de su asiento?  
 ¿Es que el valle acomete  
 El fiero vencedor de Guadalete!

Del haya, del castaño, de la encina,  
 De la ondulante desigual montaña  
 Hace el árabe muro:  
 Y de él despide con artera saña  
 Contra la santa brecha  
 Piedra silbante, envenenada flecha.

Mas ¡oh prodigio! el dardo que desata  
 Del sarraceno la membruda mano  
 Torna contra él su punta,  
 Y lucha en desasirle, y lucha en vano:  
 Su sangre toda fluye  
 Y enrojece el arroyo y con él huye.

Mientras el asombro tremefece al moro,  
 De fé ardorosa el español palpita:  
 Su sangre altiva hierve,  
 Su postrado valor ya resucita.  
 Ya no hay miedo cobarde:  
 La cueva en vivos resplandores arde.

María con sus luces la abrillanta  
 Y en bella imágen se aparece pia.  
 ¿Quién la muerte no arrostra  
 Si es de la hueste capitán María?  
 ¿Cómo no ha de ser rayo,  
 Combatiendo por ella, el buen Pelayo?

Muere la luz, la Virgen desaparece,  
 El celestial prodigio es ya deshecho:  
 Ya ha de ser el combate  
 Arma contra arma, pecho contra pecho:  
 Ya tiene el cristianismo  
 Campeones todo fé, todo heroismo.

Y cual torrente inmenso desbordado,  
 Que con ronco furor se precipita  
 Y que, á mas resistencia,  
 Mas se encrespa, mas muge y mas se irrita,  
 Brota del ancha cueva  
 Tropa que al moro el esterminio lleva.

Tintos el Bueña, el Deva y *el arroyo*  
 Presto corren de sangre musulmana:  
 Riego de árabe sangre  
 Cada árbol bebe, cada grieta mana.  
 ¡Fué la morisma entera  
 Cual si el Dios de Moisés la combatiera!

De monte en monte en repetidos ecos,  
 De mar en mar resuena la victoria,  
 Y en Sobrarbe responden  
 Al eco triunfador gritos de gloria:  
 Que Asturias y Sobrarbe  
 Son de guerra la voz contra el Alarbe.—

¡Hada del lago Enol! ¡Númen de Orandi!  
 ¡Virgen de Covadonga bendecida!  
 Solícita pastora  
 Que en torno juntas á tu grey perdida!  
 ¡Reina de los amores,  
 Que, donde abrojos pisas, crias flores!

Tú nos diste una patria y una historia:  
 Tú pusiste la cruz en las banderas:  
 Tú arrojaste invencible  
 El árabe á sus libias madrigueras:  
 Tú, al través de los mares,  
 Nos diste un mundo en que elevarte altares.

Salud, de Covadonga Virgen pura!  
 Allí en tu peña afilarán su lanza  
 Los hijos de Pelayo,  
 Y allí alzarán plegarias de esperanza,  
 Hasta romper el vuelo  
 De la patria del mundo á la del cielo.



NÚMERO 7.

Á LA MADRE DE DIOS EN COVADONGA.

D. JULIO MONREAL Y JIMENEZ DE EMBÚN.

Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est. Joan. VIII. 54.

En la contraria suerte  
 En vez de mis tormentos y mi pena  
 Palmas de Cádiz, las de ramos de oro,  
 Que levantaiis las copas cimbradoras,  
 Á los besos del céfiro sonoro,  
 Que al sarraceno hasta tocar las nubes voladorás:  
 Cual río sin aires que rompa el cauce de su curso  
 Aromos y nopales,  
 Donde en la noche plácida y serena  
 Suelta de su garganta los raudales  
 La oriental namorada filomena:  
 De Jericó rósales, puros lirios,  
 Que del Jordán en las desiertas playas  
 Lucís las flores gayas  
 Mas ricas por sí solas  
 Que con múrices tiorios,  
 Con la gualda y azul de sus corolas;  
 Allí en la noche mansa  
 Cuando todo descansa,  
 Á Favonio soltad, que perezoso  
 Con regalado vuelo vagaroso  
 Venga á rozar las cuerdas de mi lira,  
 Con acentos mas dulces y suaves  
 Que en las florestas las pintadas aves:

Oid: ELLA es el númen de mi canto:

Yo, bardo oscurecido,  
Llegar pretento á tanto,  
No por loca altivez desvanecido,  
Que ante su excelsitud ya sé que todo  
Es no más tamo de terrestre lodo,  
Sino que á mi garganta  
Mi amor arranca acentos  
Con que si ronca y sin primores canta  
No sin rebatos que sintió violentos.

Si el dulce nombre de MARIA invoco  
Ya no mas las mundanas tempestades  
Sobre mi pecho amontonadas toco,  
Mi turbacion serena  
El rico talisman de sus bondades,  
Y veo sorprendido  
En vez de mis tormentos y mi pena  
Cielo sin nubes y vergel florido.

En la contraria suerte  
¿Quien nó encuentra á María en su congoja?  
¿Quien armó el brazo fuerte  
Que al sarraceno de la patria arroja?  
Cual rio sin orillas  
Que rompe el cauce de su angosto lecho  
Con mujidoras aguas espumantes,  
Los hijos del Yemen amenazantes  
Arrojan á la España sus cuchillas,  
Salvando altivos el hércúleo estrecho.

¡Cayó la Santa Cruz! La media luna  
Al cielo levantándose orgullosa  
Del cristiano oscurece la fortuna  
Y dominar sobre sus templos osa:  
¡Ya no hay patria ni fé! De Guadaletena  
Los estériles campos aquel día  
Fueron de tanta gloria tumba impía.  
¿Quien osará del nómida ginete  
La carrera atajar? ¿No quedan bravos  
Que vibren por la patria los aceros  
Y deben de los bárbaros guerreros  
Huir cobardes ó vivir esclavos!

¡Ah no! luce una estrella salvadora,  
Un punto de refugio y esperanza.  
¡¡COVADONGA!! Fortísimo baluarte:  
Allí la Virgen sin mancilla mora,  
Y entre sus rocas el consuelo alcanza  
De restaurar la patria su estandarte.

Venid, hijos del rayo,  
Los que seguís las huestes del Profeta,  
Del sagaz impostor, venid audaces,  
Déos mas altivez nuestro desmayo,  
Y nuestra escasa hueste,  
Antes que á lid se apreste,  
Confundan en el polvo vuestras haces.

Ya el bélico clamor el aire turba,  
Ya los rodantes carros mugidores  
Nubes de polvo con fragor revuelven  
El sol cubriendo de maldita niebla,  
Y las antes de flores  
Verdes campiñas por do quier sembradas,  
Horrible turba destructora puebla.  
Á do sus iras vuelven  
Hacen huir las gentes azoradas,  
Y humean al pasar de sus carrozas  
Doradas mieses y pagizas chozas,  
Y las turbadas huellas  
Imprimen por los cerros  
Los mozos, los ancianos y doncellas.

¿Qué servirá que los menguados hierros  
Mermada hueste esgrima,  
Y de nuevo batalla á la ventura?  
Tambien sobre la cima  
Del alto cerro el javalí pujante  
Que acosa la jauría con bravura,  
Avanza, y acomete,  
Y hiere amenazante,  
Y en tibia sangre baña  
El musgoso verdor de la montaña;  
Mas ardiente tropel de cazadores  
Allí se precipita  
Y sucumbe á sus dardos matadores.

Así la triste España  
 Al Asia vé maldita  
 Que gigante en poder, con armas de oro,  
 En su persecucion se precipita.  
 Sus glorias y sus triunfos lleva el moro,  
 Y embriagado con ellos acomete;  
 Y en pos de su deshonra y amargura  
 El cristiano el baldon de Guadalete  
 ¡Oh patria, oh desventura,  
 Ningun consuelo tu dolor alcanza!  
 ¡Ningun consuelo! Cual rosada aurora,  
 Prendida de azucenas y amaranto  
 Apareció una estrella salvadora,  
 Nuncio gentil de plácida esperanza.  
 ¡María! ¡Covadonga! grito santo  
 Que á los cristianos ahuyentó las penas,  
 Cual suele viento amigo  
 Dejar las olas de la mar serenas.  
 De su amparo al abrigo  
 Las no aguerridas haces  
 Rompen los escuadrones extrangeros,  
 Cual leones voraces  
 Los rebaños de tímidos corderos,  
 ¿Quién enciende su brio,  
 Quien revuelve la espada  
 Con tan irresistible poderio?  
 ¿Quién será sino Tú, Virgen sagrada?  
 Como lluvia copiosa del estío  
 Derramaste tus dones  
 Sobre los hijos de la Patria mia,  
 Porque viste sus nobles corazones  
 Dignos de tu bondad, Virgen María.  
 ¿Cuándo enemigo extraño  
 Ó contraria impiedad á tu pureza  
 Aquí el infierno derramó en tu daño?  
 Si quiso alzar la sierpe su cabeza,  
 Para atajar su furia y su veneno  
 Tus hijos se lanzaron con fé tanta  
 Que el infernal dragon, de furia lleno,  
 Al punto vió humillada su garganta.

Aquí las madres cuando el tierno niño  
 Rompe las trabas de su lengua muda,  
 En tu amor le aleccionan con cariño,  
 Y en inocente gozo su voz ruda  
 Tu nombre santo dice,  
 Y con candor sencillo te bendice.  
 Cual brota césped blando  
 Junto á la pura fuente,  
 En su apacible humor el pié bañando,  
 Así en el corazon á crecer llega  
 Tu dulce nombre, si amorosa madre  
 Con la frescura de su amor lo riega,  
 ¿Cómo despues Satán, aunque lo intenté,  
 Puede arrancar la maternal semilla  
 Que en delirante plácido embéleño  
 Se regó con un beso y otro beso!  
 Dó quier tu imagen brilla:  
 Ya en el espeso bosque y escondido  
 Bajo el dosel espléndido y frondoso  
 Que la capilla rústica sombrea,  
 Dándole aroma las pintadas flores,  
 Luces el sol y el estrellado cielo,  
 Y música los pardos ruseñores;  
 Ya en la rústica aldea,  
 Donde doncellas de inocencia pura  
 Deponen en tu altar desde sus faldas  
 Balsámicas guirnaldas,  
 Que matizó del prado la frescura,  
 Ya entre jaspes y sedas y topacios,  
 Bajo la nave gótica sombría,  
 Tienes en los palacios  
 Principes que te sirven á porfia,  
 Y músicas, aromas y joyeles,  
 Que allí tributan fieles  
 Los poderosos que su fausto encierran  
 Junto á Ti gusanillos de la tierra.  
 Cuando á las lides el soldado parte  
 Dejando la ciudad ó la cabaña  
 Para siempre, tal vez, á la campaña,  
 Lleva tu angusto nombre en su estándar,

Y no en sus armas y en su arrojio fia,  
 Si solo en tu favor, Virgen Maria;  
 Y el nauta que en el piélagó sañudo  
 Se arriesga en frágil leño,  
 Á merced de las olas altaneras,  
 Contra sus iras fieras te mira como escudo  
 Cuando muestra el cenit sombrío ceño.

Sí un día, Virgen pura,  
 Tormenta brava el Orco suscitara  
 Y el quicio de diamantes vacilara  
 De la iglesia de Dios; si cual paloma,  
 Perseguida sin tregua en el altura  
 Por el voraz milano,  
 Volando de una loma en otra loma  
 La Virgen Religion huyera errante,  
 Y un pobre albergue demandara en vano;  
 Cuando toda la tierra  
 Con implacable guerra  
 Sus templos profanara,  
 Derribando sus aras delirante,  
 España el dulce nido  
 Fuera entre los laureles escondido,  
 En dó resguardo plácido encontrara.

Si, que en el fuego santo  
 Que se forja en el pecho de tus siervos  
 Halláran los protervos  
 Eterno valladar á su malicia,  
 Y la piedad alivio en su quebranto.

No apartes, no, los ojos  
 De esta tierra de prez y de ventura,  
 Cual siempre sé propicia,  
 Y primero que alevos  
 Á tu materno amor demos enojos  
 Y que de tu regazo nos repruebes,  
 Mil muertes, mil, envia  
 En donde la constancia se redoble  
 Con horribles tormentos y prolijos,  
 Que en esta tierra tuya, Madre mia,  
 Nuestro blason mas noble,  
 Nuestro timbre mejor, es ser tus hijos!

NÚMERO 8.

A nuestra Señora de Govadonga.

ODA

POE

D.<sup>a</sup> EMILIA MIJARES DE REAL

*Mi socorro viene del Señor que  
 hizo el cielo y la tierra.  
 Psalm.*

¿Cómo podrá cantar humano acento  
 La gloria de tu nombre inmarcesible,  
 Lucero que en el alto firmamento  
 De este mar turbulento  
 Nos señalas el puerto bonancible?

Rosa de Jericó, pura azucena  
 Que en los jardines del Eden florees,  
 Del Evangelio con la luz serena  
 Brillante resplandeces  
 Y cual iris de paz nos apareces.

Á tí acude la madre que sin calma  
 Su dulce amor, su bien perdido llora,  
 Y la hermosa doncella que en su alma  
 Castamente atesora  
 De la pobreza y la virtud la palma

El huérfano infeliz, desde la cuna  
 Los ojos vuelve á tí, Virgen María;  
 Cree hallar tu mirada  
 En el rayo apacible de la luna,  
 Y le finge tu forma delicada  
 El alba hermosa al despuntar el día.  
 El ¡ay! de la agonía,  
 El grito de profunda desventura  
 Se alzan en densa nube  
 Que hasta tu trono sube,  
 Y allí, madre de Dios é intercesora  
 Del que en el mundo llora,  
 Con tu aliento de amor la purificas,  
 Y otra vez torna á esta mansion impura,  
 Rica de luz, de aroma y de colores,  
 Dando al alma ventura  
 Y al pensamiento brio,  
 Cual lluvia fecundante de rocío  
 Que dá vigor á las sedientas flores.

Quando envuelve las naves con su velo  
 El huracan rugiente  
 Y es cada ola un torrente  
 Que las arrastra con furioso vuelo  
 Al hondo precipicio,  
 Y hasta la firme roca  
 Parece que se arranca de su quicio,  
 El marinero audáz tu nombre invoca,  
 Estrella de los mares,  
 Y recuerda la paz de sus hogares,  
 Los tiernos hijos de la esposa amante,  
 La anciana madre que en la edad distante  
 Le enseñaba en la noche solitaria  
 Esa misma plegaria  
 Que hasta la muerte le dará consuelo  
 Y le dá la esperanza hija del cielo.  
 ¡Oh refulgente y apacible aurora  
 De aquel día en virtudes tan fecundo  
 En que bajó á la tierra  
 Un Dios amante á redimir el mundo!

Tú has sido la divina precursora  
 De la mujer cristiana  
 Á quien la muerte ni el martirio aterra.  
 Jesucristo bajando desde el cielo  
 Á morar en tu seno bendecido  
 Al par de los esclavos la redime;  
 Por eso desde entonces fué el consuelo  
 Del que en el mundo abandonado gime.

La madre cariñosa que se afana  
 Por el bien de sus hijos,  
 La esposa fiel y buena,  
 Antorcha de su casa bendecida,  
 Resignada y serena  
 En los fuertes combates de la vida,  
 De tí toman ejemplo;  
 Por eso los mortales con fé santa  
 Dó quier que la cruz pura se levanta  
 Te erigieron un templo;  
 En el tronco de un árbol, entre ruinas,  
 Y hasta en la dura roca  
 Colocaron tu imagen sacrosanta;  
 Y fueron pobres tribus peregrinas  
 Y soberbios magnates y guerreros  
 Á ofrecerte del alma los dolores  
 Y sus castos amores,  
 Ó á pedir bendijeses sus aceros.

Tú, cuando de la gente sarracena  
 Esclava gimió Asturias,  
 Como leon altivo  
 Que al mirarse cautivo  
 Sacude rudamente su cadena,  
 En patrio ardor trocaste  
 Las irritadas furias  
 Y con la antorcha de la fé serena  
 Á sus valientes hijos tú guiaste  
 También á una victoria  
 Que eternamente vivirá en la historia  
 Y cuya fama el Universo llena.

¿Que fuera de la bueste de Pelayo,  
De su insigne caudillo,  
Sin tu sagrada proteccion? Cual rayo  
Que destroza del bosque la alta encina  
Y el humilde tomillo,  
Dejando un rastro de esterminio y ruina,  
De Asturias siempre fiel y generosa  
El alarbe asolaba las montañas  
Derribando castillos y cabañas,  
Y con su impuro aliento mancillando  
La tierna virgen y la casta esposa.  
Mas desde tu santuario en Covadonga  
Se alzó de patria y religion el grito  
Que en breve por los aires se prolonga  
Subiendo á la region de lo infinito,  
Y á los fuertes astures concitando,  
Y el eco de esas voces inmortales  
Por ocho largos siglos resonando  
Se fué á apagar en la oriental Granada,  
Con heroicos esfuerzos rescatada  
Por Isabel primera y por Fernando.

Aprestóse Pelayo á la pelea  
Tan fecunda en laureles  
Para la descendencia de los godos,  
Con un puñado de asturianos fieles,  
Y «á vencer ó morir» dijeron todos  
Y que la Virgen nuestro amparo sea.

Abrigados, Señora, en tu santuario  
Sin contar el ejército contrario  
Que numeroso y fuerte  
Nublaba los lejanos horizontes  
Ó á millares corria hácia la muerte.  
Queriendo abrirse calle  
Por la empinada cresta de los montes,  
Una y cien veces con igual fortuna  
Rechazaba el caudillo victorioso  
Al que ansiaba plantar la media luna  
Sobre tu altar sagrado y milagroso.

Las flechas que el espacio oscurecian  
Como al impulso de huracan violento  
Á herir á los musulimes se volviañ;  
El monte retemblaba en su cimiento,  
Y con la rapidez de la avalancha  
Con gran fragor se derrumbó hasta el valle,  
Y aquella muchedumbre  
Que del Africa ardiente  
Llegó á invadir las playas españolas,  
Del monte so la inmensa pesadumbre  
Pereció prontamente,  
Como de Faraon la impía gente  
Del rojo mar bajo las turbias olas.

¡Oh ejemplo venturoso que en el suelo  
Á oprimidos y débiles enseñas  
Que no hay fuerzas pequeñas  
Cuando son protegidas por el cielo!  
Si alumbrára mi mente entusiasmada  
La inspiracion divina de los vates  
Cantaría la gloria y los combates  
De esta cristiana y portentosa Iliada;  
Y pintára con rojos caracteres  
Cuanto estrago y ruina sucedieron  
Á una pasion de liviandades llena,  
Pues son los goces de un amor culpable  
Flores que dan envenenado fruto.  
En España la Cava, en Troya Elena  
Con su pasion bastarda y lamentable  
Comarcas florecientes revistieron  
Con negro manto de esterminio y luto.

Protegidos los griegos escuadrones  
Por dioses sin pudor en cuyo seno  
Hervian del humano las pasiones,  
Jamás el cielo límpido y sereno,  
Esperanza halagüeña del cristiano,  
Á su turbada vista aparecia,  
Ni las eternas palmas  
Que truecan el martirio en alegría;

Las furias alentaban en sus alas  
Y la discordia con siniestra mano  
Agitaba sus fieros corazones,  
Como suele agitar el Occéano  
El soplo de los rudos aquilones.

Pero del noble astur tu eras la egida,  
Y un Dios piadoso y fuerte,  
De cuya luz divina el sol es sombra  
Y que tiene los mundos por alfombra,  
Le alentaba á vencer al grito santo  
De patria y religion. De los infieles  
Con la sangre inundábase la tierra,  
Que triste condicion es de la guerra  
Con hiel y sangre y llanto  
Crecer regados siempre los laureles!

¡Ay del que injusto é impío la provoca!  
Cuenta estrecha dará de tantos males,  
De tantos atropellos inhumanos  
Al Salvador que dijo á los mortales:  
«¡Mis hijos sois y todos sois hermanos!»

¡Oh, reina de los cielos! dulce guia  
Del que padece y llora,  
Apartá de mi mente soñadora  
Los livianos delirios  
De estériles y locas ambiciones.

Dale á mi pobre canto,  
Para que digno de ensalzarte sea,  
El brillante color, el régio manto  
De los campestres lirios,  
El delicado aroma  
De la rosa fragante,  
De la inocente y cándida paloma  
Dale el arrullo amante,  
El trino de las aves  
Jamás vendido al oro,  
Jamás turbado por cuidados graves,

El encanto apacible de la brisa  
Que refresca la mente  
Y la recrea con ensueños vagos,  
Cual si en ella flotasen los halagos  
De un ser querido ausente;  
Y de la fuente el murmurar sonoro  
Cuando corre entre guijas y espadañas:  
Que estos sencillos dones  
Gratos son á tu amor, son el tesoro  
Que te ofrece férax naturaleza  
Al par de nuestras puras oraciones.

Quando cruzaba alegre las montañas  
De mi patria querida,  
Y vestidos de célicos colores  
Y de galanas flores  
Veia los caminos  
Estériles y oscuros de la vida,  
Mil veces á los rudos campesinos  
Del santuario inmortal de Covadonga  
Oí contar los milagrosos hechos,  
Recuerdos seductores  
Que guardan indelebles en sus pechos  
Con la acendrada fé de sus mayores,  
Y entonces, madre mia,  
Con entusiasta amor te bendecia.

Hoy tambien te bendigo, mas mi canto  
Brotó de un hondo manantial de llanto,  
No de un seno de luz y de armonía.  
Pasó la edad feliz de la inocencia;  
Del árbol de la ciencia  
Probé el amargo fruto,  
Y el desengaño y la ambicion ardiente  
Secan mi corazon, queman mi frente.

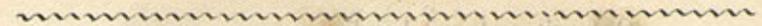
¡Oh, mística azucena,  
Vaso sagrado de inmortal perfume!  
Tú das la paz y la ilusion serena  
Al que en tristes vigiliás se consume.

¡Bendito sea tu poder divino  
 Cuando templas del alma los pesares!  
 ¡Bendito cuando guías en los mares  
 Al náufrago marino,  
 Y bendito tu nombre  
 En cuanto alumbra el sol y habita el hombre!

Hoy un himno de amor y de esperanza  
 Quisiera dedicarte;  
 Mas se chocan confusas mis ideas  
 Y solo sé decir ¡bendita seas,  
 Oh virginal María!  
 Tú le has dado á mi patria la victoria  
 Cuando oprimida y débil padecía.  
 ¡Tuya es mi inspiracion, tuya su gloria!



Hoy tambien te he escrito un canto  
 Como un himno de amor y de esperanza  
 Mas se chocan confusas mis ideas  
 Y solo sé decir ¡bendita seas,  
 Oh virginal María!  
 Tú le has dado á mi patria la victoria  
 Cuando oprimida y débil padecía.  
 ¡Tuya es mi inspiracion, tuya su gloria!



NÚMERO 9.

TRIBUTO DE AMOR

## MARÍA SANTÍSIMA EN COVADONGA.

D. LUCIANO SÁEZ DEL PORTAL DE AGREDA.

*Montes fuerunt á facie Domini.  
 Iudicium. Cap. V. v. 5.*

¡Quien esa voz modula,  
 Armoniosa, suave y delicada,  
 Que por el viento ondula,  
 Y que oye entusiasmada  
 Mi musa, y á cantar se vé forzada?.....

Es la voz melodiosa,  
 De ese ángel tutelar de nuestro suelo,  
 Que Miriam cariñosa,  
 Ha mandado del cielo  
 Á llenar nuestras almas de consuelo.

De ese querub que inflama  
 El fuego del amor hácia María;  
 Con cuya ardiente llama,  
 Mas viva cada día,  
 Confunde á la impiedad, la patria mia.....

¡Oh!.. sí: es la voz bendita  
De la noble Academia Mariana,  
Que á pulsar nos invita  
La cítara cristiana,  
En honor de su escelsa Soberana.

«¡Covadonga!..... nos dice,  
«Covadonga es el lema, trovadores;  
«Cantad..... Miriam bendice  
«Y corona de flores  
«Á todo aquel que la tributa amores.»

¡Covadonga!.... ya siento  
Al escucharlo, devoción ferviente;  
Patriótico ardimiento,  
Entusiasmo vehemente,  
Fuego en el corazón, gozo en la mente.

Deja que en este día  
Visite ¡oh Virgen! tu querida cueva.  
¡Vea con alegría  
Los picos del Auseva,  
Y el curso ledo del gracioso Deva!.....

Llena de gozo el alma,  
Penetro ya en tu templo sacrosanto;  
Ya mi pesar se calma,  
En misterioso encanto  
Arrobado al mirar tu rostro santo.

¡Oh!... de la vida inquieta  
Acallando los tétricos pesares;  
Mi alma de poeta,  
Al pié de tus altares  
Bebe el consuelo y la delicia á mares.

Santo recogimiento  
Inspira á todos tu mansión, Señora;  
Con dulce sentimiento,  
La culpa aquí se llora  
Y alegre el alma se enagena, y ora.

El triste halla consuelo  
Aquí, y el pecador grata esperanza:  
Es un pequeño cielo,  
Tu templo dó se alcanza  
Apacible y tranquila bienandanza.

Sin duda raudos giran,  
En torno de tu altar, ángeles ciento;  
¡Ay!.. y de amor suspiran,  
Y embalsaman el viento  
Con el perfume de su puro aliento,

Lejos estar del mundo  
Me place en este templo bendecido;  
Y en silencio profundo,  
Y de todo abstraído  
Disfruto de un placer jamás sentido.

Solo en gratas memorias  
Entusiasta mi espíritu se baña;  
Solo triunfos y glorias  
Me cuentan de mi España  
Esta cueva, este río, esta montaña.....

Ya el ruego escuchar creo  
Que á María elevára el gran Pelayo;  
Ya perseguir le veo  
Al moro sin desmayo,  
Sobre él cayendo cual furioso rayo.

Ya al grito de ¡María!  
Godos en hueste escasa, de leones  
Mostrando la energía,  
Hacer frente á legiones  
Veo de innumerables campeones.

Ora miro en el viento  
Con furia horrible, dardos mil cruzarse,  
Y helado y sin aliento  
Al moro horrorizarse,  
Sus flechas viendo en contra de él tornarse.

Ora, con rudo estruendo  
Desprenderse y caer de la montaña  
Gran mole, no admitiendo  
La pisára la estraña  
Gente opresora de la noble España.

Ora en fin oigo el grito,  
De... «trunfo... libertad... gloria... alegría...  
«Al musulman precito  
«Derrotó en este día  
«La valiente Judith, la gran María.....»

¡Oh Virgen!... penetrado  
Del amor que á Pelayo le animaba,  
Cuando aquí prosternado,  
Tus bondades cantaba,  
Y á tí las gracias de su triunfo daba,

Permite que te diga  
Mil ternezas, Señora, y sollozando,  
Veces mil te bendiga.....  
¡Ay!... ¿quien no llora cuando  
Se ausenta de tu templo venerando?....

Querida madre mia,  
¿Quien es el que no te ama con ternura?  
¿Quien el que no te fia  
Su pena y su amargura  
Si toda eres amor, toda dulzura?

Á mi patria querida  
Siempre tu amparo celestial mostraste;  
Con tu preciosa egida  
Mil veces la amparaste,  
Y de lauros y glorias la colmaste.

Siempre á Tí ha recurrido,  
Y tú siempre cual madre la has mirado.....  
Madre mia..... te pido  
Nunca vea apartado  
De mi patria tu rostro venerado.

Y á mí, noble Señora,  
Que soy hijo de España y te amo tanto,  
Y que entusiasta ahora  
Con mi sencillo canto,  
Mi amante corazon á Tí levanto;

Mírame con clemencia,  
Mírame con cariño y con ternura;  
Ten conmigo indulgencia,  
Y de tu mano pura  
Llévame siempre en esta tierra oscura.

Yo débil é inesperto,  
Al cruzar esta vida tumultuosa,  
Vagára sin concierto  
Si tú, Virgen piadosa,  
No me guiáras con tu luz hermosa.

¡Cuantas veces y cuantas  
Á la trama infernal sucumbiria,  
Si rendido á tus plantas,  
Con toda el alma mia  
No pronunciára el nombre de Maria!.....

¡María!..... El pensamiento  
Se eleva; el corazon tierno palpita;  
Y este nombre en contento  
Muda la que infinita  
Amargura creí, Virgen bendita.

Por Tí, madre del alma,  
Hoy tranquilos mis días y apacibles  
Se deslizan en calma.....  
Las borrascas terribles,  
Has convertido en auras bonancibles.

Recibe bondadosa,  
Este pobre cantar de afecto henchido;  
No es música armoniosa,  
Que enamore al oído,  
Pero es del corazon tierno gemido ....

Señora ¡si pudiera  
En este instante remontar mi vuelo  
Por la azulada esfera,  
Y lejos de este suelo  
Ver tu esplendor en el Empíreo cielo!.....

Y aquellas primorosas,  
Alas de los querubes sustentando  
Tu trono; con graciosas  
Ondas, en giro blando  
Dosel de nubes vaporoso alzando.....

¡Ay! entonces vibrará  
La ahora tosca lira con dulzura:  
Entonces imitárá  
Los himnos que en la altura,  
Eleva el serafín por tu hermosura.

Y al mirarte estasiado,  
A tus plantas sagradas caería,  
Por tu luz deslumbrado,  
Y allí te adoraría,  
Y mil amores ¡ay! te cantaría.

Yo te amo tanto..... tanto.....  
Tú eres mi vida, ¡oh Madre! y mi consuelo,  
Mi esperanza y mi encanto,  
Y mi dicha y mi cielo,  
Y abrasarme en tu amor tan solo anhelo.....

Rompe; Señora, el lazo  
Que á esta tierra mezquina me encadena.  
¿Cuándo, dí, en tu regazo  
Se adormirá sin pena  
Ébria el alma de amor, de dichas llena?



NÚMERO 10.

À MARÍA SANTÍSIMA

EN GOVADONGA.

ODA

POB

DON FELIX PIZCUETA.



*... Pulchra ut luna, electa ut  
sol, terribilis ut castrorum acies  
ordinata?*  
Cant. Cantm.

Alma, soplo de Dios, tiende tu vuelo:  
La densa nube que te oculta el cielo  
Traspasa audáz, hasta la etérea cumbre  
Donde levanta el Hacedor su trono,  
Envuelto en rayos de perpétua lumbre.  
Él es el númen santo  
Que de armonía al universo inunda;  
Él llenará de inspiracion fecunda  
Las vagas notas de mi altivo canto  
Á la Madre inmortal de los amores;  
Él trocará con flores  
Los abrojos que pueblan mi camino,  
El frio de mi ser en llama ardiente,  
Y hará de las tinieblas de mi mente  
Inmenso foco de esplendor divino;  
Dará á mi voz humilde

El grato acento del celeste Coro:  
Y hará vibrar las fibras de mi pecho  
Que brotarán raudales de armonía,  
Como vibraron á su impulso un día  
Del arpa de Israel las cuerdas de oro.

Si, poderoso Dios. *Tú*, cuya mano  
Las olas de la mar mueve ó enfrena;  
Cuya mirada al sol presta su fuego;  
*Tú* cuya voz resuena  
En la inmensa amplitud de los espacios  
Sin estension, ni límites, ni nombre,  
Y de la que es un eco amortiguado  
La voz del trueno que estremece al hombre;  
*Tú* puedes darme el poderoso acento  
Con que espese su afán el alma inquieta  
Y ensalce á *Aquella* que de luz portento,  
Ha inundado de gloria y sentimiento  
El corazón cristiano del poeta.

¡Oh! *María, María,*  
Estrella de la mar fulgente y pura;  
Rayo de luz de la naciente aurora  
Que brillanta y colora  
La creación, con mágicos fulgores;  
Líquida perla que formó el rocío  
Sobre el pintado cáliz de las flores  
Y que beber en mi delirio ansío;  
De puro incienso embalsamada nube  
Que la oración del que en la tierra gime  
Entre sus ondas al Empíreo sube;  
No hay eco como el eco de tu nombre  
Que tan dulce en mi espíritu resuene;  
No hay imagen que llene  
Del corazón el insondable abismo  
Como tu tierna imagen adorada;  
¿Quién mas pura que *Tú*, cuando se viste  
De tus vagos reflejos la alborada?  
¿Quién mas pura que *Tú*, cuando *Tú* fuiste  
De una sonrisa del Señor formada?

La inmensa pira del amor ferviente  
Que dentro el pecho germinar sintiera,  
Hoy es volcan abrasador que estalla,  
Es formidable hoguera  
Que presta al labio su color ardiente  
Para cantar, oh virginal doncella,  
Los célicos prodigios  
Que obraste en honra de mi patria bella,  
Ciñéndola laurel de eterna gloria,  
Cuando escudada con tu amor sincero  
Escribió con la lanza del guerrero  
Página insigne de su noble historia.

¡Cuánto orgullo y placer al recordarlo  
Siente mi corazón! ¡Cómo bendigo  
Aquel instante en que la luz del día  
Vieron mis ojos sobre el suelo hispano,  
Dó siempre de *María*,  
Pródiga en dones se mostró la mano!  
¡Cómo mi pensamiento,  
En alas de la fe surcando el viento  
A los pasados tiempos se encamina  
Para buscar consolador asilo,  
De donde pueda contemplar tranquilo  
La horrible tempestad que se avecina!  
¡Dónde, lejos del mundo,  
Que por fatal pendiente se derrumba  
Al empuje de miserables pasiones,  
Halle en el polvo de ignorada tumba  
La huella de gloriosas tradiciones!

Covadonga feliz! Templo sagrado  
Que allá de un monte en el robusto seno  
Por la mano de Dios fuiste creado  
Y de las glorias de su Madre lleno:  
¿Quién la imagen sencilla  
De esta adorada celestial princesa,  
Cuyo poder al infierno humilla,  
Fue á colocar en tu inmortal recinto?  
¿Sería un ángel del Señor acaso?

¿Tal vez del pueblo el poderoso instinto  
Comprendió que era digno á su grandeza  
El sitio donde espléndida mostraba  
Su virgen soledad naturaleza?  
¿Quizá ella misma, que á través miraba  
De espesa niebla el porvenir ya cierto,  
Quiso entre breñas levantar un muro  
Donde guardase de enemiga saña  
Como en punto seguro  
La fé y la libertad de nuestra España?

¡Oh, quien sabe! Los siglos que pasaron  
El glorioso misterio  
De esta imágen sagrada  
En sus avaras sombras conservaron.  
Nada la tradicion, la historia nada.  
Entre silencio y soledad oculta  
Esa rosa temprana  
Los célicos encantos que atesora,  
Hasta que al filo de la espada mora  
Iba á rendirse la cervíz cristiana.  
Entonces ella levantó imponente  
La fuerte diestra, fulminando el rayo;  
Valor y aliento difundió dó quiera;  
Brilló de España en la triunfal bandera  
Y con óleo de amor ungió á Pelayo.  
Fué en el combate rudo,  
En la deshecha y desigual pelea  
Valiente lanza ó resistente escudo.  
Contra los muros de su templo santo,  
Se estrelló con espanto  
El innoble poder, la artera saña,  
De esa turba de bárbaros infieles  
Que al salvaje trotar de sus corceles  
Arrasaron el suelo de la España.  
Allí, del Guadalete,  
Entre llanto servil, muerte y horrores,  
La humillante victoria halló castigo  
Lavándose con sangre de traidores  
El empañado cetro de Rodrigo.

Allí los hijos de la Iberia amada,  
Ante el altar purísimo entonaron  
Épico canto de sublimes notas  
Cuyos acentos últimos formaron  
Digno concierto en la oriental Granada  
Con los clamores de sus huestes rotas.  
Allí, bajo el amparo  
De la que es en la tierra  
Guía del hombre y de los pueblos faro,  
Probó Pelayo que en injusta guerra  
El débil siempre alcanzará la palma,  
Que á un corazón con fé no se le hiere,  
Y que el pueblo que dentro de su alma  
No tiene muerto á Dios, tampoco muere.

Á *Ella*, solo á *Ella*

La gloria inmarcesible del combate;  
La luz radiante de su casta huella  
Guió de España al atrevido embate  
Para humillar á la sangrienta luna  
Enseña odiosa de la raza impía,  
Que dar sepulcro á mi nacion queria  
En donde halló su independencia cuna.

¡Á tí el honor! En la asturiana cueva  
Donde un lago te sirve de corona;  
Donde aromas el céfiro te lleva;  
Donde el río estrellándose pregona  
Que eres iris de paz ó ardiente rayo;  
Donde de amor constante en dulce abono  
Los sepulcros de Alfonso y de Pelayo  
Guardan las gradas de tu excelso trono,  
Del pueblo fiel que por tu gracia vive  
Y alzó del polvo la serena frente,  
Con tu sonrisa de bondad recibe,  
En flores de oracion rico presente.  
Que tu amor en la paz como en la lucha  
Arde en sus venas y en su brazo vibre,  
Que enviar pueda al cielo que le escucha  
Canto de gratitud con su voz libre.

Se Tú su calma en la tormenta fiera,  
 Su celestial consuelo cuando llora,  
 Que espere siempre en tí, como hoy espera,  
 Que adore tu poder, como hoy te adora.

Sí; que si el mundo en su carrera ciega  
 Á ingrato olvido tu cariño entrega;  
 Si el soplo frío de la duda avara  
 El sol radiante de la fè oscurece,  
 En el vergel de la florida España,  
 Que es de virtud y santidad ejemplo,  
 Mas el amor que te consagran crece,  
 Mas á tu inmensa magestad se ofrece  
 En cada honrado corazón un templo.  
 Oye el rumor que los espacios llena  
 Cual música lejana  
 Que el corazón suspende y enagena;  
 Son cánticos de dicha ó esperanza,  
 Son ecos de dolor ó de ventura,  
 Son gemidos ó vítores que lanza  
 Pronunciando tu nombre un alma pura.  
 Todos te adoran, te bendicen todos  
 En este de la fè clásico suelo;  
 Quién no pierde por tí su inerte calma  
 Ó se ha agotado el sentimiento en su alma  
 Ó sus ojos no ven la luz del cielo.

Y yo que el eco de mi humilde lira  
 Uno al clamor del general concierto  
 Como la voz del viento cuando espira  
 En las fuertes encinas del desierto;  
 Yo que inspirado por tu amor profundo  
 Hago el gemido convertirse en canto,  
 Yo que cruzo del mundo  
 La triste soledad y la aspereza,  
 Solo pido á tu amor el dulce encanto  
 De reclinar un día mi cabeza  
 Bajo la sombra de tu augusto manto.

NÚMERO II.

MIS CANTARES.

ODA

Á LA PURÍSIMA VÍRGEN MARÍA,

BAJO LA ADVOCACION

DE

NTRA. SRA. DE COVADONGA.

FOR

D. LUIS ROVIRA Y BENET.

*Exaltationes Dei in gutture eorum, et gladii ancipites in manibus eorum.—Ad faciendam vindictam in nationibus.*  
 Psalm. 149. y. 5 et 6.

Mi fè, Reina del cielo,  
 Vengo á cantar á tu Morada santa.  
 La fè que endulza la existencia mia;  
 Roncos son mis acentos, mas escucha,  
 Que es el llorar del suelo  
 Que ahoga en mi garganta  
 De mis humildes cantos la armonía.

Tú sabes la crudeza  
 Con que el dolor en la penuria oprime,  
 Pues Tú tambien gemiste en los pesares...  
 Por esto vengo, Inmaculada Virgen,  
 Y busco á mi tristeza  
 Consuelo aqui sublime  
 En la exhalacion de mis cantares.

Me es dulce este retiro  
 Dó habitas Tú, de coros mil cercada;  
 Aquí mi faz un nuevo ambiente orea,  
 Y, entre los muros de tu Alcázar santo,  
 Hasta el débil suspiro  
 Del alma acongojada  
 Como la voz de un ángel me recrea...

Deja ¡oh! mi vida acabe  
 En esta soledad dó el alma encuentra  
 La paz que roba el mundanal tumulto!..  
 Lejos de allí dó la tormenta ruge,  
 Aquí silencio grave  
 Mi espíritu concentra  
 Y mi alma goza en tu inefable culto...

¡Oh! ¿Quién la horrible saña  
 Sufrió y del mar las conjuradas furias,  
 Con frágil barea y delicado remo  
 Irá otra vez del piélago á las ondas  
 Con fortaleza extraña?  
 Ah nó; Reina de Asturias,  
 Pues esto fuera desvarío extremo.

Nó; no quiero, Señora,  
 Oír del Ponto el rebramar temido,  
 Ni ver mas de la mar la hirviente espuma...  
 Déjame estar en solitario albergue  
 Dó en paz consoladora  
 Y junto á tí escondido  
 Temple en tu Nombre la inspirada pluma.

Aquí tus alabanzas  
 Cantaré solo en melodiosa lira,  
 Lejos de un mundo á dó volver no quiero;  
 Y, al suave acento de sonoras cuerdas,  
 Las dulces esperanzas  
 Tornaré á quien suspira...  
 La fé y la calma al peregrino ibero.

¡Cantaré! mas, no solo...  
 Con voz mejor sublimes trovadores  
 Su tierno acorde juntarán al mio;  
 Y mientras el dulce son de sus laúdes  
 Del uno al otro polo  
 Extienda tus loores,  
 Mi humilde canto sonará en el rio...

Este rio, Señora,  
 Que de tu gloria mil recuerdos lleva;  
 Cuya corriente, menos mansa un dia,  
 Con voz de trueno retumbó en los valles,  
 Cuando de sangre mora  
 Una corriente nueva  
 El brazo godo vencedor le unia.

¡Ah! entonces, si aun me queda  
 Algun consuelo en la inquietud mundana,  
 Aquí encontrarlo mi confianza augura...  
 Aquí, Señora, trovador humilde,  
 Cantaré mientras pueda  
 Con cantos de dulzura  
 Los sentimientos de mi fé cristiana...

¡La fé! Yo veo escrita  
 De ella una historia aquí... su voz de guerra  
 Con la de fé dió el Capitan Pelayo  
 Cuando hizo frente á bárbaras naciones:  
 Y en esta fé bendita  
 ¡Oh! entonces vió la tierra  
 Que, mas que un héroe, un Español fué un rayo!..

De la bravura lleno  
 Que esta fé sola y la esperanza presta,  
 Con alma grande y corazón sencillo  
 «Vive, dice, el Señor que en las batallas,  
 Entre el fragor del trueno  
 Á combatir se apresta,  
 Y es de su pueblo el inmortal caudillo!

«Vive también la diestra  
De la exaltada Emperatriz augusta  
Que hermosa tiene sobre el Sol su trono?  
¡Oh Reina escelsa! protección te pido...  
Muéstrate Madre... y nuestra,  
Nuestra va á ser la justa;  
Por siempre hollando el islamita encono!»

Dice, y de su semblante,  
En que la heroica intrepidez radía,  
Sale el furor y el entusiasmo fuerte  
Que el pecho inflama al español soldado...  
Así la faz radiante  
Del gran Josué inducía  
De Israel al pueblo á no temer la muerte.

«Destroza, de Rodrigo  
Dice á la España, el africano yugo!  
¡Porqué ¡ay! sujetas tu humillada frente?...  
Si el Guadalete te vió caer al golpe  
De bárbaro enemigo,  
Conozca hoy tu verdugo  
Que no así cede tu vigor potente!

«¡Ay patria! en vil destierro  
Te trocó el moro en su pujanza altiva...  
Sin libertad, sin religion, sin leyes  
Tú, espanto un día de Cartago y Roma,  
Arrastras duro hierro  
Y gimes, ¡ay! cautiva  
So el torpe arbitrio de tiranos reyes!

«¿Y sufrirás en larga  
Esclavitud del moro la insolencia?  
¿Dó está tu Dios? se te dirá, mofando  
De nuestro Dios el venerable culto...  
¿Dó está tu Dios? y amarga  
Y mísera existencia  
Hará que arrastres su ominoso mando...

«¡Jamás! venid, quitemos  
El torpe yugo que la patria oprime,  
Hijos valientes de la ilustre España!  
Y al noble sólio que ocupára el Godo  
Un nuevo Rey alcemos  
Que nuestro honor sublime  
Por siempre hundiendo la morisma saña! ...»

Así el Atleta exclama,  
Y el pueblo fiel, que conmovido escucha,  
«¡Tú nuestro Rey! ¡tú nuestro Rey! le grita,  
¡Tú nuestro Rey!... contigo á la pelea  
La fe y la patria llama...  
Morir es gloria mucha  
Si á justa guerra la venganza excita!

«¡Morir contigo es gloria!  
¡Viva tu fe que nuestro pecho enciende  
¡Muera el Profeta y su feroz canalla!  
¡Oh madre nuestra y de Jesus, María!  
¡Dános Tú la victoria!..  
En favor nuestro extiende  
Tu poderoso brazo en la batalla...»

¿Quién contará el estrago  
Que Covadonga vió? Como se arroja  
Leon hambriento, que el furor desgreña,  
Sobre los tigres de la ardiente Libia,  
Que, al ver de sangre un lago,  
Con mas furor se enoja  
Y rueda ciego en la vertiente peña,

Tal la hueste cristiana  
Baja del Monte la enroscada cumbre,  
Y con la fuerza eléctrica del rayo  
Y entre el fragor del retumbante trueno,  
Destroza la africana  
Terrible muchedumbre  
Tras las huellas invictas de Pelayo!..

Á tí la gloria sea,  
 Augusta Emperatriz, Madre-amorosa.  
 Ya que tu brazo nos salvó aquel día;  
 Pues Tú de Islám la fuerza derrocaste  
 En la triunfal pelea  
 Que evocará gloriosa  
 La grande historia de la patria mia...

De esta Nacion dichosa  
 Que nunca el yugo del infiel domára,  
 Cuya fé insigne fué del mundo ejemplo;  
 Reino feliz, dó tienes, Virgen pura  
 Y madre cariñosa,  
 En cada pueblo una ara  
 En cada villa consagrado un templo...

Bendice, oh Virgen santa,  
 Este Reino feliz, *herencia tuya*...  
 Libra á mi España del letal contagio  
 Que al mundo arrastra á colosal ruina...  
 Haz que en confusion tanta  
 Su fé no se destruya  
 Ni ella se pierda en el comun naufragio!

Sé Tú la hermosa *Estrella*  
 Que el *puerto* muestre al agitado mundo  
 Que abandonó de Cristo los *hogares*;  
 Que sin fé ni esperanza ¡ay! del capricho  
 Y del error la huella  
 Siguiendo, vá al profundo  
 Á sumergirse de revueltos *mares*...

¡Oh mundo! ¿porqué ingrato  
 De Cristo hollaste el estandarte egregio?  
 ¿No es Él que un día en el Calvario puso  
 Sobre tu sien de esclavo una corona,  
 Y con paterno trato,  
 Junto á su trono régio  
 Otro en el Cielo para ti dispuso?..

¡Ingrato! ¡esta es la paga  
 Que á un Dios ofrece tu soberbia loca!  
 Pisas audáz la ley del Evangelio,  
 Y balsa inmunda de anhelados goces  
 Tu sed de muerte apaga,  
 Mientras tu vida evoca  
 Los días de Eliogábalo y Vitelio!..

¡Piensas que la grandeza  
 Está en tus trages, que abrillanta el oro,  
 Ó en que deslumbren tus suntuosos techos,  
 Si, mientras en ellos brilla en jaspe y mármol  
 Del arte la belleza  
 Con perenal decoro,  
 Á tí te acusan de inmoral tus hechos!

¡Ah nó! La cierta gloria  
 Solo está en la virtud... La pompa vana  
 De la opulencia y del saber del suelo  
 Jamás del alma los vacíos llena...  
 ¿Qué es todo sino escoria  
 Lo de la vida humana  
 Para quien tiende sin cesar al Cielo?

¿Acaso fué criado  
 Para gozar felicidad mezquina  
 El hombre, imágen del Criador Augusto?  
 Inmortal *soplo* se le dió, y que fuese  
 De gloria coronado  
 En la mansion divina,  
 Eterno Alcázar preparado al justo.

Por esto él solo admira  
 Del firmamento la elevada cumbre  
 Y de los astros la veloz carrera;  
 Y con aspecto magestuoso y grave  
 Los altos globos mira  
 Dó enciende Dios la lumbre  
 Con que embellece la azulada esfera...

Si, ¡oh Madré! mi esperanza  
 Puesta está allí dó tu morada tienes  
 Sobre el luciente espacio de las nubes...  
 Sé en tanto mi *sosten*, Virgen María:  
 Dichosa paz me alcanza  
 Prenda de eternos bienes  
 En la inmortal region de los querubes!



APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE EL SANTUARIO

DE

NTRA. SRA. DE COVADONGA;



D. JULIAN PASTOR Y RODRIGUEZ.

*Qua est ista, qua progreditur  
 quasi aurora consurgens, pulchra  
 ut luna, electa ut sol, terribilis  
 ut castrorum acies ordinata?*  
 Cant. VI. 9.

La restauracion cantábrica, el grito de independencia lanzado en la estremidad septentrional de España, y cuyo eco debia resonar mas tarde en el último rincón del Mediodía, la obra titánica de la liberacion de nuestra privilegiada patria, preséntase rica en brillantes rasgos, innumerables é importantes episodios, nunca separados de la religion. Tan gloriosos acontecimientos escitarán siempre, en el que no desconociere totalmente la historia de nuestra Nacion, al grato recuerdo del origen y vicisitudes de un célebre y venerando santuario erigido en los escabrosos montes de Asturias por la piedad de nuestros valientes y religiosos antepasados.

Este es el santuario de la Virgen de Covadonga, sobre cuya historia, confiados, no en nuestras fuerzas, sino en el auxilio de aquella Augusta Señora, nos proponemos escribir algunos renglones, desahogo espontáneo de un corazon amante de las glorias de España y que desea serlo mucho mas ardoroso de Maria.

Desde el infausto 31 de Julio de 711, en el cual pereciera á las márgenes del humilde Guadalete junto con el trono godo la libertad de España, los que del filo de la espada y estragos del hambre escaparon, huyeron, llevando consigo las reliquias sagradas al montañoso pais de los Astures, donde aun se aspiraba el aire puro de la independencia. No se crea por esto que decayera en un punto el ánimo de los valerosos hijos de Viriato; antes bien, bajo la direccion de un ilustre caudillo por cuyas venas corría sangre de reyes, con sobrehumano esfuerzo intentaron desalojar de los confines de Hesperia á los enemigos de su patria y su religion.

Apenas llegó á oídos de los musulmanes la fama de tan inesperado movimiento, enviaron contra ellos un formidable ejército á las órdenes del experimentado Alkamah, que, á la sazón, volvía de África con Tarik. Las mas antiguas crónicas, cuyos son estos datos, unánimemente convienen en consignar el prodigioso número de los soldados que penetraron en los montes de Asturias.

Los pocos cristianos, que, en la antigua villa de Cangas de Onís, corte de aquel pequeño reino, moraban corrieron con D. Pelayo en busca de sitio mas favorable para la defensa. El cielo, en cuya proteccion únicamente confiaban, no tardó en mostrarles uno sobremanera ventajoso. Á dos no cumplidas leguas de Cangas existe un valle que, ancho y recto en su principio, vá progresivamente estrechando y torciendo en direccion de Occidente, desde la confluencia del Deva con el Bueña, hasta terminar en una muy anchurosa y elevada roca, en forma de arco tajado, que le deja sin salida alguna. Á unos noventa pies de dicha montaña, contados desde el pequeño llano que le sirve de base, ó sea, á la mitad de su altura, formó la misma naturaleza una cueva á la cual se entra por una abertura á manera de ventana, algo elevada sobre el suelo, y en cuyo interior cabrian cuanto mas trescientos hombres; si bien con alguna dificultad pudiera acomodarse mayor número en otra estancia interior que con la primera por una boca ó agujero se comunicaba. En su fondo oíanse bullir las aguas del Deva, que, naciendo en el monte Orandi, se divide en dos brazos al llegar á Covadonga, uno de los cuales penetrando en la roca, brota con violencia en la cueva, corriendo á unirse con el otro despues de formar una hermosísima cascada.

En esta cueva, entonces como ahora llamada de Covadonga (Cueva-longa), y dedicada ya de antiguo á la Santísima Virgen, segun tradicion piadosa, internáronse les valientes soldados de Pelayo, débiles por su número, fuertes é invencibles por defender su religion y su libertad, y hallarse protegidos por Aquella Soberana Señora á cuyos pies humildemente postrados imploraban la recuperacion de España. Por tan impensada via cumpliése el profético anuncio de un ermitaño, á cuyas instancias habia desistido Pelayo, tiempo atrás, de estraer de la cueva á un foragido que á ella como á sagrado se acogiera.

En breve ocupó á Cangas el victorioso ejército de Alkamah, encaminándose al punto hácia el monte Auseva; y cual si fuera á ceñir nuevo y fácil laurel, penetró sin recelo por el sombrío valle hasta tocar el pié de la montaña, testigo y símbolo de la accion mas memorable que han presenciado los siglos.

Las crónicas mas antiguas que han llegado á nosotros hacen representar en este momento un papel tan principal como lamentable al apóstata y traidor metropolitano de Sevilla don Oppas, el cual intentó, segun ellas, persuadir á Pelayo y á los suyos abandonasen aquella temeraria empresa. Mas sea de esto lo que fuere, asi como de las arengas que respectivamente ponen en boca de ambos interlocutores, es lo cierto que, con desusado denuedo por una parte y otra, trabóse fiera y encarnizada lucha.

Superior á todo encarecimiento fué el terror y espanto que cundió en las filas africanas apenas hubo comenzado la batalla. Encerrado el ejército árabe por las montañas laterales, y no pudiendo presentar sino un frente idéntico al de los cristianos, hacíase notar bien en la vanguardia el ímpetu y valor de estos, en tanto que los dilatados flancos y retaguardia de aquel quedaban sepultados bajo las enormes peñas y corpulentos troncos que desde lo alto de las colinas arrojaban sin cesar los que en la cueva no hallaran cabida. El mismo cielo parecia pelear en favor de los cristianos, pues la copiosa lluvia de piedras, dardos y saetas, tal puede llamarse la multitud de ellas que despedían las hondas y arcos de los musulmanes, al chocar con la roca, retrocedían por un milagro del Omnipotente, haciendo innumerables víctimas en el campo sarraceno.

Ordena Alkamah la retirada: mas ya es tarde. Levántase de súbito una violenta tempestad; y la viva luz de los relámpagos que sin descanso se suceden, el fragor y estampido de los truenos que devuelven aumentado las montañas, la lluvia que desciende á torrentes, el desórden y confusion que necesariamente deben producirse en un inmenso ejército que, en precipitada fuga, se esfuerza por moverse en un terreno desconocido y angosto en demasia, el ímpetu con que los de Pelayo, saliendo de la cueva, cayeron sobre los diezmados fugitivos, dieron á los cristianos la mas inesperada victoria (718).

Ciento veinticuatro mil islamitas, cifra muy exajerada en opinion de algunos criticos, (1) quedaron en el campo: el cadáver del infortunado Alkamah hallóse tambien confundido con los sangrientos despojos de los soldados. Las misma suerte cupo á su compañero Suleiman; y D. Oppas fué hecho prisionero, bien que, segun tradicion poco autorizada, le arrebató el diablo en el momento de la accion.

Por considerables que se juzguen tales desastres no fueron los últimos, pues parece se habia decretado el completo esterminio de aquel ejército hasta el punto de no sobrevivir un soldado. Los sesenta y tres mil que lograron escapar de la refriega, ganando el monte Auseva, procuraron bajar á la provincia de Liébana por el quebrado Arnosa, siguiendo la ribera del Deva; mas, al llegar al predio de Casegavia, se conmueve el suelo, vacila un momento la montaña, y se desploma con horrible estruendo, sepultando bajo su enorme mole á los desgraciados sectarios de la Media-Luna. Muchos años habian transcurrido desde aquella catástrofe y todavia, si hemos de dar crédito á las crónicas de Albelda y del obispo Sebastian, cuando las lluvias hieemales hacian salir de madre al menguado rio y sus desbordadas aguas socavaban las orillas, descubriáanse restos de armas y huesos de los que buscando su salvacion hallaron el sepulcro.

Al llegar á este punto, al referir los mil portentosos acontecimientos que señalan el glorioso principio de la magnífica epopeya de España, los historiadores antiguos de comun acuerdo los parangonan con los prodigios sin cuento obrados

(1) Segun el duque de Rivas en su célebre Moro expósito, murieron en la batalla de Covadonga cuatrocientos mil moros, matanza extraordinaria llevada á cabo por solos cuarenta cristianos.

por Dios al sacar con mano fuerte á su pueblo elegido de la dominacion egipcia; y bien pudieran añadir que los cristianos de Covadonga, mejor que los hebreos, debieron entonar cánticos de accion de gracias al Señor de las victorias y á la Inmaculada Virgen, por cuya intercesion alcanzáran el mas precioso triunfo.

No se nos oculta que la crítica moderna, enemiga sistemática de cuanto en la historia se presenta con el carácter de sobrenatural, con raras cuanto honrosas excepciones, solo vé en la batalla de Covadonga fenómenos naturales. Empero, séanos lícito, interin pruebas de verdadero peso y valía no se opongan, admitir y ensalzar con religioso y patriótico entusiasmo el fondo de la narracion hecha; si bien no prestando nuestro asentimiento á algunos fabulosos detalles (1) que en manera alguna perjudican al colorido eminentemente milagroso que domina en el brillante cuadro de la batalla de Covadonga.

Tales fueron los grandiosos sucesos á cuya eterna memoria y cual testimonio y monumento perennes de gratitud se erigió en aquella memorable cueva el mas célebre de los santuarios de España.

La historia lamenta, por desgracia, la irreparable pérdida de los documentos en que, sin duda, se consignáran de un modo puntual y detallado su origen y multitud de preciosos datos de que hoy carecemos; si bien los que restan ofrecen suficiente pábulo á la piedad de los pueblos reconocidos. El obispo Sebastian de Salamanca, al describir la batalla, la llama *casa de la Santa y siempre Virgen Maria*. Albelda y el monge de Silos la denominan simplemente *cueva*. Ambrosio de Morales nada dice de su origen, y por lo que hace á sus privilegios, concluye sentando «no hay una sola letra de ellos en el monasterio, pues los llevó un Abad á Castilla para confirmarlos, murió presto sin decir donde estaban, y asi no han parecido.» El Padre Yepes no encontró tampoco privilegio alguno, empero siguiendo su opinion de que todas las iglesias que se decian monasterios, en los siglos inmediatos á la restauracion, eran conventos de monges del orden de S. Benito, incluye en este

(1) Tales son p. eg. los relativos á unos picos de grueso granito que dicen son piedras que se unieron porque los moros las querian arrojar contra los cristianos; y á las rayas profundas que se observan á la orilla del camino, que creen algunos fueron hechas por la mula en que cabalgaba D. Pelayo que resbaló en aquel punto.

número al de Santa María de Covadonga en el año 717. De las citadas autoridades y de otras muchas que, sin grande esfuerzo, pudieran aducirse, infiérese que si respecto al origen del santuario se sabe muy poco, en cuanto á sus privilegios solo existen conjeturas.

De tan completa ignorancia nos sacaria una escritura que ya en tiempo de nuestro inmortal Flores corria entre los eruditos, si por otra parte, la critica no descubriera en ella ciertos caracteres que muestran bien á las claras su carencia de autenticidad. Atribúyese á D. Alfonso I, denominado el Católico, se halla fechada en 31 de Octubre de 740 y firmada por el Rey, la Reina doña Hermesinda, los obispos Pedro, Alfonso y Penapo, el conde Anceto, los abates Belasico y Bitremiro, el caballero Suriano y el presbítero Avito. En ella, despues de la acostumbrada invocacion á la Augustísima Trinidad, á la Santísima Virgen y á todos los Santos, consigna el rey que su augusta persona y la Reina Hermesinda hicieron edificar la iglesia de Santa María de Covadonga, trasladar á ella la imagen de la Virgen de Monsagro y consagrarla por doce obispos y otros tantos abades. Todo ello en cumplimiento de la disposicion de su suegro el muy escelente y esforzadísimo Pelayo, el cual, con el favor divino, derrotó en aquella misma cueva cincuenta mil moros el 1.º de Agosto de 718, Añaden, por fin, que construyeron en la misma basilica tres altares dedicados á Nuestra Señora bajo el título de su Natividad, á San Juan Bautista y al Apóstol San Andrés; fundando luego un colegio de doce monges con su abad, bajo la regla de San Benito.

Este es el contenido de dicha escritura en la parte relativa á la fundacion de la basilica y monasterio de Covadonga; basilica que, bien edificada en este tiempo, bien algun tanto mas tarde, subsistió hasta el siglo XVIII, y cuya descripcion, minuciosamente hecha por el celeberrimo Morales y otros escritores de los siglos XVI, XVII y XVIII ofrece no poco que admirar.

Era casi en su totalidad de madera, apoyada en fuertes y larguísimas vigas introducidas en la roca por solo un extremo á la altura de 90 pies, y volando tanto hácia fuera que parecia sostenerse en el airẽ, por cuyo motivo poseidos de religioso temor á una voz le denominaron cuantos le vieron *el milagro de Covadonga*. Así quedó constituido el pavimento de la iglesia

que media treinta pies de largo, pues aunque su longitud total era mayor no pudo utilizarse toda por variar su altura entre diez y cuarenta pies. Subíase por dos ó tres escaleras de noventa gradas, parte de piedra, parte de madera. Una vez dentro de ella, veíase una capilla mayor con solo un arco de piedra labrada, conservando lo restante su natural rusticidad, y otro que, próximo á él, se encontraba formando nave. En el altar construido en esta capilla se hallaba colocada la milagrosa imagen de Nuestra Señora, de obra nueva y bien hecha segun Morales y en él observábase asimismo constantemente una cruz de plata en extremo grande y antigua.

En la parte posterior de la iglesia, enfrente del altar ahora mencionado, descubriase otra cueva como de doce pies, tal cual la formó la naturaleza, á escepcion de un arco liso de piedra que le servia de entrada. Un gran sepulcro de piedra de dos piezas existia en su interior, el cual decian ser el de don Pelayo, cuyas respetables cenizas trasladó á aquel santo lugar D. Alfonso desde la iglesia de Santa Eulalia de Velamia (hoy Abamia). Así lo proclama la tradicion universal de Asturias; sin embargo, el autorizado testimonio de historiadores respetables hace sospechar se verificase dicha traslacion del siglo XI á acá: pues parece indubitable, por una parte, que en tiempo de D. Alfonso el VI el reconquistador de Toledo, aun existia en Santa Eulalia, y por otra, no lo es menos que en el de Morales ya no se hallaba en aquella iglesia, enterrándose muchos junto á su sepulcro por costumbre ó privilegio.

Dentro de la capilla mayor, al lado de la epistola, en un sepulcro sencillo y mas antiguo al parecer que el anterior, reposaban las cenizas de D. Favila, segun unos, de la hermana de D. Pelayo en opinion de otros, aunque el respeto que nos merecen historiadores muy antiguos y fidedignos nos inclina á creer que allí fué sepultado D. Alfonso I el Católico. Así lo testifica Morales; y en comprobacion de su aserto, copia una nota que halló en un antiguo libro de coro perteneciente al siglo XII, que traducida al castellano decia: «Despues del rey D. Favila sucedió en el reino D. Alfonso que se llama el Católico. Reinó diez y nueve años y acabó su vida dichosamente en paz y está sepultado juntamente con la reina Hermesinda su mujer en el territorio de Cangas de Onís, en el monasterio de Santa María de Covadonga.»

De notar es en este punto que, en la antigua basílica, ambos sepulcros eran lisos y sin inscripcion alguna.

En el cuerpo de la iglesia, á la izquierda de la misma capilla, se abrió hácia el siglo xii un sepulcro para los abades, los cuales, dejando las sepulturas que antes tenian en el claustro del monasterio, como lo indican los báculos en ellas grabados, llegaron á ocupar un sitio preferente al del esclarecido nicho de Chindasvinto.

Á la entrada de la segunda escalera, hallábase el monasterio edificado por D. Alfonso I, segun la escritura arriba citada. En ella hace donacion aquel piadoso rey á los monges y á su abad Adulfo de varios objetos, ya para el culto divino, ya para su uso particular, y les concede amplia licencia para hacer leña y apacentar sus ganados en aquel monte y para construir celdas en cualquiera parte del mismo.

En otra escritura de autoridad igualmente dudosa, otorgada por el mismo D. Alfonso en 18 de Noviembre de 741 y firmada por el Rey, la Reina, los obispos Alfonso y Penapo y el abad Adulfo, se contienen nuevos privilegios en favor del monasterio. Tales son, la donacion de las iglesias de Santa María, San Andrés, Benavente, San Martín de Puente de la Reina y San Pantaleon de Onís; del monasterio de San Miguel con las iglesias á él sujetas dentro del radio de doc pasos, el de San Vicente Mártir sito en la ciudad de Leon; y por último, todos los lugares de pesca del mar Cantábrico, con destino á la iluminacion de la iglesia de Covadonga y al socorro de los pobres y peregrinos.

Los únicos privilegios que se conservan son algunos pertenecientes al siglo xiii, que se encuentran en el archivo de Simancas, confirmados por el Santo Rey Fernando III y posteriormente por Alfonso X. Sábese, no obstante, que de muy antiguo poseia cuantiosa hacienda, pues bajo su dependencia se hallaban el Priorato de Naranzo en Liébana, con 100 ducados, presentacion de S. M., el de Trianos y el de San Nicolás próximo á Sahagun. Mas en el siglo xvi se habian enajenado tiempo hacia sus mas ricas posesiones, y sus rentas mermadas por el diezmo que debia satisfacer al monasterio de San Pedro de Villanueva.

En la misma época la primitiva comunidad redujose á un abad, un prior y dos canónigos con la exigua renta de cuarenta

ducados, producto en su mayor parte de limosnas. Ya no habitaban en Covadonga, sino en el vecino lugar de la Ribera, desde donde subian por semanas á celebrar los divinos misterios: su jurisdiccion eclesiástica y secular se extendia privativamente á los lugares de la Ribera y Relices; y su hábito, como nota el cronista de Felipe II, era el comun de los clérigos del Principado, corto y pobre, con un escapulario de lienzo estrecho y largo hasta la cintura, puesto encima del sayo.

En los últimos años del siglo xvi, ó primeros del xvii, pasó el monasterio á ser de canónigos reglares de San Agustin, como consta de una Bula de Urbano VIII que se conserva en el archivo; y en el mismo tiempo, segun lo mas probable, se reedificó casi desde los cimientos. Sus rentas menguaron de tal manera que los canónigos se vieron precisados á disociarse y servir curatos y coadjutorias en los pueblos circunvecinos.

En 1635, Felipe IV deseoso de volver las cosas á su estado primitivo y razonable, obligó á residir á los canónigos; y al efecto, les edificó casas en las inmediaciones de la Iglesia, aumentó las rentas renunciando á varias canongías simples pertenecientes al Real Patronato, entre ellas el canonicato llamado *manco* que poseia el rey, aumentó dos canónigos á los ya existentes y pidió y obtuvo de la Santidad de Urbano VIII que la abadía fuese dignidad de la catedral de Oviedo.

El Rey Felipe V agregó al monasterio la abadía de Tuñon, colocándose con este motivo un sacerdote, organista, sochantre, cuatro salmistas y otros oficios inferiores; llegando á ser la renta de la Abadía de tres mil ducados, y de ochocientos la de los canónigos.

Así continuó el célebre santuario siendo el objeto de la veneracion mas profunda de todos los españoles que todos los años concurrían en gran número á la festividad de la Virgen que se celebraba el 8 de Setiembre, y favorecido constantemente por la munificencia de nuestros piadosos monarcas, hasta el año de 1777 en el cual y durante la noche del 17 al 18 de Octubre, un incendio casual cebándose en el maderaje respetado milagrosamente por las humedades y el tiempo, le dejó reducido á cenizas. Las llamas consumieron tambien cuantas alhajas existian en el santuario, á escepcion de siete lámparas de plata que fundidas, sirvieron para construir una gran cruz, ciriales, seis candeleros y crucifijo. Algunos preciosos orna-

mentos y vasos sagrados que hoy admiran en él los viajeros son ya adquiridos por el cabildo de la colegiata, ó bien regalados por SS. MM. y otras personas distinguidas.

Vehemente é imposible de pintar fué el dolor que produjo tan infausta nueva en todos los españoles, y con especialidad en los valientes asturianos que en breves horas vieron desaparecer el monumento mas insigne de su gloria. Suplicaron estos encarecidamente al religioso monarca Carlos III, que, á la sazón ocupaba el trono de los Felipes, les concediera licencia para pedir limosna en estos reinos y los de Indias, con el objeto de reedificar el destruido santuario. Aquel piadoso rey no solo les otorgó la deseada licencia, sino que, como queriendo dar ejemplo, contribuyó el primero con una crecida suma y concibió un proyecto que acaso sea uno de los mas bellos florones que adornan la corona de gloria del soberano elogiado por nuestro clásico Jovellanos.

Mandó al arquitecto mayor de la Côte, D. Ventura Rodriguez, se dirigiera á Covadonga y levantase en presencia del terreno el plano de un edificio que por su magnificencia fuese digno de la importancia histórica y religiosa de aquel celeberrimo santuario, al par que, por su construccion, no se hallase espuesto á ser presa de las llamas. El gran Rodriguez, el primer arquitecto de su época, el aventajado discípulo de los Galuchi y Bonavia, Yubarra y Sacheti, el restaurador del arte en el siglo XVIII inmortalizado por el ilustre patricio, magistrado íntegro, elocuente orador é inspirado poeta gijonés, si no lo estuviera ya suficientemente por sus obras, penetró sin dilacion por las elevadas montañas, frondosos y frescos valles de Asturias, hasta hallarse al pie de la memorable cueva.

Al ver aquella encantadora perspectiva, al colocarse frente á frente de la naturaleza, siempre magestuosa, el genio eminentemente artístico de Rodriguez se exalta é inflama: las dificultades sin número que el terreno á cada paso le presenta sirvenle de penetrante aguijon que sin descanso le estimula; lucha con la naturaleza; ciñe el laurel de la mas gloriosa victoria; y al año siguiente, que se contaba el de 1778, presenta concluido el plano de un sólido y monumental edificio exornado con todas las bellezas del mas elegante de los órdenes griegos.

Con el designio de que el nuevo templo ocupase el lugar mas próximo que ser pudiera al antiguo, toma de ambas fal-

das del monte el área necesaria; y el rio que pasaba lamiendo la roca es encerrado en una magnífica alcantarilla de sillería de quince pies de alto y nueve de ancho. Por ella corre oculto por espacio de ochenta varas, cae de sesenta pies de altura, formando bellísima cascada al salir por un semicírculo ó concha que ocupa el centro de un cuerpo almohadillado, que imita bastante bien un castillo, por cuya punta sale el rio, y entra en otro conducto de sillería ancho y descubierto de cien varas. De este modo se proporcionó una plaza de ciento ochenta y cuatro pies de longitud y ciento veinte de latitud. Sobre ella debia levantarse una suntuosa y elegante basilica de dos cuerpos: el primero, de forma cuadrangular y con escalera para subir á la plataforma exterior del templo, se hallaba destinado á contener en su centro el panteon donde descansáran los restos mortales del gran Pelayo; el segundo, al cual debia subirse por dos gradecitas colocadas á ambos costados del edificio, era una rotonda con graciosísimo vestibulo y cúpula sostenida por diez y seis hermosas columnas corintias istriadas. La altura total de los dos cuerpos era de cien pies.

Para llevar á feliz término tan grandioso proyecto, igualmente digno del ingenio del sábio arquitecto y de la esplendidez del gran protector de las artes, Carlos III, pensionó este ilustre monarca varias mitras y aplicó simples vacantes, procurando, así allegar abundantes recursos. Mas á pesar de todos los esfuerzos, solo se ejecutó la primera y principal parte, ó sea el sólido basamento, consumiéndose en su construccion un millon nuevecientos mil reales, ó sea cerca de la sexta parte de la suma destinada para todo el edificio.

Varios han sido los proyectos de reedificacion concebidos posteriormente por algunos entusiastas de Covadonga. Ya los cánonigos, segun consta en su archivo, observando que Rodriguez en extremo apegado al axioma clásico «*la solidez visible es belleza*» hacia desaparecer la cueva, gran parte de la roca, la cascada, el aspecto aéreo de la capilla y con ello el milagro de Covadonga, cuya vista conservaba siempre vivo en los pueblos el recuerdo de su ilustre origen, le propusieron levantar otro estribo al frente del que sostiene la escalera y apoyar en ambos un arco sobre el cual se pudiera edificar la iglesia en la misma cueva y sitio que la antigua y presentando la misma perspectiva.

En el presente siglo inici6se una nueva idea digna por cierto de tenerse en cuenta y cuya realizacion parece reservada al moderno adelantamiento de las artes 6 industria, Consistia en fundir en los altos hornos de Trubia y Mieres un corredor de hierro que volase aun mas que el actual, figurando la fachada de un castillo bizantino, sujetando al propio tiempo 6 la roca fuertes cadenas que sostuvieran la capilla 6 manera de un puente colgante si la estribacion en los dos extremos no se juzgase segura. El Sr. Villamil, 6 quien se comunic6 esta idea, dibuj6 el proyecto de ornato con arreglo al propio de la arquitectura del siglo viii, sin otras variaciones que revestir de piedra la parte exterior del edificio para evitar la oxidacion del hierro y darle mayor apariencia de castillo; y levantar sobre el pedestal de Rodriguez un bellissimo templete abierto y calado, cuyo centro ocupase una colosal est6tua de D. Pelayo.

6ltimamente, con motivo del viaje que SS. MM. hicieron al santuario en 1858, present6 el Sr. Cannedo un ulterior proyecto; y el entusiasmo con que fu6 acogido por S. M. la Reina, nos hace abrigar las mas lisonjeras esperanzas acerca de la restauracion de aquel hist6rico monumento. Los principales puntos que abraza son: conservar la cueva en su primitivo estado, supliendo con un corredor de hierro lo que faltare para construir la iglesia que reemplace 6 la antigua de madera; convertir en iglesia la ermita levantada en 1820, que solo deber6 contener lo que la primera, 6 saber, los dos sepulcros y tres altares: cerrar con una nueva reja la gruta de D. Pelayo, no conservando en su interior otro adorno que dos l6pidas de m6rmar que, en caract6res de oro, reproduzcan las cr6nicas ar6bica y asturiana relativas 6 D. Pelayo y 6 la batalla de Covadonga: colocar en la tumba de aquel tres candados de plata, cuyas llaves est6n respectivamente en poder de S. M. la Reina, del Abad de Covadonga y de la autoridad municipal de Cangas de Onis: trasladar al sepulcro su espada que se conserva en la Armeria Real: cerrar la boca de la gran cueva con el antedicho corredor, de modo que forme la fachada de un castillo sobre el cual ondee siempre la bandera azul con la cruz de la Victoria: y por 6ltimo, erigir al h6roe de Covadonga una est6tua colosal de bronce 6 m6rmar del pais y tres columnas sencillas en el *Campo de Repelao* (Rey Pelayo), en el

de la *Jura* y en el *Solar del Cueto*, que mantengan fresca la memoria de la coronacion del hijo de Favila, alz6ndole sobre el pav6s al uso de los godos, el juramento de pleito homenaje, y la pequena casa en cuyo recinto vivi6 algun tiempo y muri6, segun la comun creencia, el denodado caudillo. Un proyecto en extremo econ6mico para la ejecucion de las obras completa y termina el del Sr. Cannedo.

En la actualidad h6llase formado el piso por la roca y un tablado sostenido por el mismo mecanismo que el antiguo, aunque apenas d6 idea de aquella atrevida construccion. Ocupa el frente de la cueva un balconaje de cuarenta pies de longitud, 6 cuyo extremo se construy6 la capilla de tres varas en todos sentidos alumbrada por una ventana de medio punto, y en cuyo altar principal se instal6 la venerada y aut6ntica im6gen. De sus paredes penden con agradable confusion toscos y groseros sayales, uniformes militares, cuadros pintados al 6leo, retratos y multitud de figuras de cera, votos de otros tantos peregrinos agradecidos que, durante todo el a6o y en especial el dia de la Natividad de la Virgen, acuden 6 manifestar su reconocimiento por los favores que de su mano recibieran. S6bese 6 la santa cueva por dentro de un reducido monasterio desde donde parte una ancha y hermosa escalera de jaspe, asi como el pavimento, muro y ventana, sostenida por un fuerte estribo de piedra, y terminada en una linterna con cuatro ventanas formando descanso y un tramo circular.

El sepulcro de D. Pelayo est6 cerrado por una reja cuadrada de hierro, poco digna en verdad de aquel eminente personaje; y sobre ella se v6 una inscripcion muy deteriorada que data, segun algunos, del siglo xvi y cuyo contenido es el siguiente:

AQUI YACE EL S REY DON PELAIO  
 ELLETO EL A6O 716 QUE EN  
 ESTA MILAGROSA CUEBA COME-  
 NZO LA RESTAURACION DE ESPA-  
 6A BENZIDOS LOS MOROS. FALLECIO  
 A6O 737 Y ACOMPA6A A SU MUGER Y HERMANA.

Sobre la tumba de D. Alfonso se lee la inscripcion siguiente, grabada por la misma mano que la anterior:

AQUI YACE EL CATÓLICO  
Y SANTO REY DON  
ALONSO EL PRIMERO  
Y SU MUGER DOÑA HERMENISENDA  
HERMANA DE DON FAVILA  
A QUIEN SUZEDIÓ. GANÓ ESTE REY  
MUCHAS VICTORIAS A LOS MOROS.  
FALLECIÓ EN CANGAS AÑO DE 757.

La colegiata nada ofrece de notable: consta de una capilla dedicada á San Fernando, con coro alto muy pequeño, campanario unido á la montaña, claustro alto donde subsisten algunas estancias que en un tiempo fueron celdas, otro bajo con los antiguos sepulcros profusamente labreados que fueron de los abades y hoy han pasado á ser propiedad de dos casas particulares, y sala capitular muy buena con una pequeña biblioteca.

Desde el año 1820 en que se habilitó del modo dicho la capilla, ningun acontecimiento digno de especial mencion ocurriera hasta 1841, en cuyo año fueron comprendidos sus bienes en la ley de desamortización, si bien la diputacion provincial solicitó con gran celo y obtuvo su devolucion en 1844. En el mismo año pidió la mencionada ilustre corporacion se elevára la colegiata de Covadonga al rango de primera clase; y aunque no se pudo conseguir, logróse que de cuarta clase pasase á segunda y que su abad tuviese el sueldo y categoria de mitrado de segunda.

En el artículo 13 del Concordato celebrado entre Su Santidad el Sumo Pontífice Pio IX y S. M. C. Doña Isabel II Reina de las Españas, al enumerar las dignidades especiales de algunas iglesias, se cuenta en la de Oviedo la de Abad Covadonga. Por el artículo 21 del mismo Concordato, la colegiata de Covadonga es una de las siete que se conservan además de las sitas en las capitales de provincia donde no existe silla episcopal y las de patronato.

Aquí terminariamos este ligero bosquejo de la historia de Covadonga, si la alta significacion de un acontecimiento importantísimo y por todos conceptos digno de mencionarse no nos

colocára en la grata necesidad de añadir algunas líneas. Nos referimos al viaje de SS. MM. á la gloriosa cueva que tuvo lugar el día 28 de Agosto de 1838. El ver penetrar á nuestra Augusta Soberana en aquel sagrado recinto, en medio de los incesantes y entusiastas vítores de sus súbditos, postrarse ante el altar de la Reina de los Cielos á cuya mediacion portentosa se reconoce deudora del brillante trono que ocupa, conferir el sacramento de la Confirmacion á SS. AA. el Príncipe de Asturias y la Infanta doña María Isabel, é imponer el venerable nombre de Pelayo al futuro heredero del trono fundado por el esclarecido restaurador de España, hácenos augurar una nueva era de felicidad y gloria para nuestra amada patria. Ricos fueron, en verdad, los presentes que nuestros piadosos monarcas depositaran á los pies de lo Sagrada Virgen; empero, por mucho mas preciosa estimamos la ofrenda que de sus corazones y tiernos vastagos solemnemente hicieran; pues ella debe servir de testimonio público é inequívoco de que si subsiste todavía glorioso el reino de Pelayo, su proverbial fé, y piedad lejos de estinguirse osténtase viva y ardiente cual en los mas brillantes dias de los pasados siglos.

Dos súplicas van á poner término á estos pobres Apuntes. Dirijese la primera á esa Augusta Señora, á cuya escelsa magestad van dedicados, y su objeto es el victorioso término de la campaña de nuestra heróica marina del Pacífico, ya que la perfidia de aquellos pueblos ingratos há tristemente unido á esa guerra en que tantos laureles recojen nuestros compatriotas la pérdida á traicion de uno de nuestros mas hermosos buques, recuerdo de aquella batalla famosísima y no menos renombrado santuario, *la Covadonga*. La segunda, inspirada por el mas puro y acendrado patriotismo, osamos elevarla al sabio gobierno de S. M. de cuyo celo por las glorias de España y de la religion esperamos la dispensa de tanto atrevimiento. Á ese mismo acreditado y nunca desmentido celo apelamos, al rogar, instar é importunar para que venciendo con decision los obstáculos que oponerse puedan, se restaure de un modo digno el Santuario de Covadonga, asilo de nuestra independenciam, baluarte de la religion católica en España, cuna del actual reino, casa solar de sus reyes; (1) monumento perenne de la

(1) Así llama á Covadonga el libro titulado «Beccro del Real Patronato.»

fé y acendrada piedad de nuestros padres con que tanto nos honramos, testimonio imperecedero de la proteccion especial que María ha dispensado siempre á la Nacion española, y objeto de nuestra constante eterna gratitud que nos debe obligar á repetir con fêrvido entusiasmo el lema de la Academia Bibliográfico-Mariana:

ESPAÑA PATRIMONIO DE MARIA;  
 TODO PARA MARIA.



APÈNDICE.

RESEÑA

DEL MOVIMIENTO EN EL PERSONAL

Y

TRABAJOS DE ESTA SOCIEDAD

EN EL ÚLTIMO AÑO ACADÉMICO.

Al solemnizarse en este dia con el presente Certámen el cuarto aniversario de la instalacion de la Academia bibliográfico-mariana, la Junta Directiva cumple con un deber exponiendo á la consideracion de sus favorecedores, antes de terminar el acto, la siguiente sencilla memoria relativa al movimiento general de la Sociedad en el año que acaba de transcurrir.

El número de los asociados, lejos de disminuirse durante ese período ha ido mas bien aumentando en cada una de las tres clases de que se compone el Cuerpo académico; hasta llegar los nuevos Sres. Sócios á 631; de los cuales 15 se han inscrito en primera clase; 33 en segunda y 581 en tercera. Es verdad que se han experimentado tambien sensibles pérdidas por la defuncion de cuarenta de los anteriores componentes: pero este número y el de los que han desistido no alcanzan en mucho á las ganancias de personal ya manifestadas.

La Academia ha recibido tambien nueva brillantez con el aumento de los Ilmos Sres. Protectores que han venido á poner el sello de su amparo á una Sociedad, segun han demostrado, tan grata para su corazon. Once son los Sres. Prelados que la han ofrecido su proteccion, cabiéndonos la honra de contar en este número al Exmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Burgos, al Exmo Sr. Nuncio de su Santidad, al nuevo Sr. Arzobispo de Granada, y á los Sres. Obispos de Coria, de Victoria, auxiliar de Madrid, de Santander, de Badajoz, de Vich de Lugo y de Guadix.

Las Juntas locales han recibido análogo aumento con las de Artajona, Logroño, Caspe, Jerez de la Frontera, Vich, Granada y Callosa de Segura, nuevos y especiales centros de propagacion que han producido sus resultados, promoviendo y acrecentando el número de los inscritos.

Diez y ocho individuos de esta Academia han recibido la recompensa de su celo y actividad en interés de la misma con la distinguida honra de ser nombrados *sócios de Mérito*; y dos mas lo han sido de *Mérito literario*.

Se ha continuado tambien en este año, segun el objeto de nuestra Sociedad, la publicacion de obras relativas exclusivamente á la Santísima Virgen, añadiendo al catálogo de las anteriores las que aquí van espresadas.

*El Espejo de la Virgen* por S. Buenaventura, libro digno de tan seráfico Doctor y de su afecto y amor para con María; traduccion del distinguido sócio D. Juan Manuel de Carús.

*El Calendario mariano para 1866*; sexto de los que van publicados, y que á semejanza de los anteriores contiene además del Santoral y afecciones atmosféricas, escogidos artículos é inspiradas poesías en honor de la Santísima Virgen.

*El Certámen poético de 1865*: composiciones laureadas y memorias leídas en este tercer concurso público de premios.

*El Anuario de María*, por Menghi d' Arville: selecta cuanto muy apreciada coleccion de lecturas amenas para todos los domingos y fiestas del año, seguidas de interesantes ejemplos, prácticas piadosas y oraciones compuestas por los Santos Padres.

*Libro espiritual*, por el venerable Maestro Juan de Ávila: obra que contiene varios tratados sobre las principales fiestas de la Santísima Virgen, y cuyo mejor elogio es el nombre de su autor, ya en la parte literaria, pues que el venerable Ávila no deja de contarse entre los clásicos españoles, ya asimismo en la piadosa, tratándose de colocarla en el número de los ilustres varones que la iglesia presenta al culto de los fieles.

*La Madre de Dios*, segun S. Francisco de Sales: Sermones y fragmentos relativos á la Santísima Virgen, en los cuales con un estilo sencillo al par que dulce y elocuente nos presenta á la Divina Señora como modelo de virtudes, á cuya imitacion nos exhorta eficazmente, sin que la perfeccion con que ella las practicaba deba apartarnos de su ejercicio.

*María Santísima, refugio de pecadores idea de justos é imán de la cristiana devocion*: libro aunque único en sí, dividido por su autor en tres, para acomodarse á los tres grados de la vida ascética, de los cuales la Virgen Santísima es la maestra, el modelo y la guia mas especial.

*Amor á Jesus*: por D. Juan Castellanos y Carlés, conocido ya por su delicada y suavísima «Flor de Octubre» quien demuestra en este opúsculo cuanto se deba amar al Señor en su Sacramento augustísimo, en el que tiene mucha participacion la Inmaculada Virgen, pues segun aquella célebre frase de San Agustin, *la carne de Cristo es tambien la carne de María*, de la cual fué milagrosa y castamente formada.

*El Talismán de María*, obrita del distinguido sócio de doble mérito D. José Gras y Granollers, cuya pluma fluye con dulce encanto, y cuya lira resuena con grata melodía en los amantes corazones de la Inmaculada Virgen.

Añadirse deben á estas publicaciones los 18 pliegos de Anales que se han distribuido entre los sócios, completando un tomo de 288 páginas, que es ya el cuarto de esta Coleccion.

Otras obras tiene ya corrientes la Academia, cuyo reparto se reserva para el siguiente quinto año. Los volúmenes en este impresos ascienden á 35,000, que unidos á los 111,820 ya publicados producen ahora un total de 146,820 tomos.

Siendo nuestra Academia por sí misma un monumento levantado á la gloria de la Purísima Virgen, se ha querido que fuese tambien un centro de otros varios monumentos literarios y tambien artisticos. Asi se dispuso en el año anterior la formacion de una *Biblioteca mariana* donde se reuniesen cuantas obras sobre la Virgen Santísima se pudieran obtener. Varios sócios, coadyuvando á este pensamiento, nos han remitido numerosos volúmenes conforme puede verse en los catálogos que de ellos se publican en los Anales.

*La España mariana*, otro monumento todavía mas trascendental concebido por nuestra Academia, tambien en el año anterior, vá obteniendo feliz resultado. De numerosos partidos nos han remitido ya interesantes trabajos que á su debido tiempo verán la luz pública. Entre tanto se ha empezado la edicion de lo concerniente á *Lérida* para que se conozca el desenvolvimiento de un plan tan vasto é interesante que presentará la historia y estadística del culto ofrecido por los Espa-

ñoles á la Santísima Virgen y del amor y proteccion que de su amparo han recibido en todos los siglos,

Entre los monumentos artísticos aparece en primer lugar la *Galería fotográfico-mariana*, verdadero *Album ó Museo doméstico*, mediante el cual se han facilitado por el arte de Niepce y de Daguerre las mejores imágenes de la Santísima Virgen, obra de los mas afamados artistas nacionales y extranjeros.

El proyecto de un *Museo de pintura* todo mariano es otro de los que ocupan al Centro directivo: y si algunos obstáculos han impedido dar comienzo á esta coleccion de cuadros, es de esperar, que vencidos en breve, la idea se vaya llevando á cabo con la correspondiente insistencia y perseverancia.

Entre tanto se ha publicado ya por la Direccion el programa de un *Concurso de Escultura* con objeto de adquirir una preciosa imagen de la Santísima Virgen para que, siendo propiedad de la Academia, presida sus fiestas religiosas y literarias. Nada puede saberse todavia acerca de su resultado: pero es de esperar que los artistas españoles que se han distinguido siempre por su piedad y por su mérito científico, no desperdiciarán una ocasion tan oportuna para dar prueba de ambas relevantes circunstancias, concurriendo á esta gloriosa lid, en la cual no se combate tanto por un premio material como por el noble orgullo de la victoria, y sobre todo por la inmensa dicha de haber sabido representar mejor al divino original, obra maestra del Omnipotente.

Con estos trabajos, empresas y proyectos sigue nuestra Academia en el grandioso plan preconcebido de quererlo todo y de hacer que todo sea *para Maria*. De esta manera cooperamos al divino y eterno plan del Criador que hizo tan bella criatura toda para su mayor gloria y que sacó de la nada cuanto existe para que cediera todo en honra de la primogénita, como Él la llama, de todas las criaturas, y de la suya tambien, por medio de la Santísima Virgen. Y esta es la idea que nos sostiene en nuestras fatigas y en los compromisos á que nos sujetamos, juntamente con la confianza de que la Divina Señora en cuyas poderosas manos, pues en ningunas otras puede ponerse mejor, dejamos todo el resultado, estará solícita de nuestra parte en cuanto concebimos y hacemos para obsequiarla.

CARGOS, DISTINCIONES Y NOMBRAMIENTOS

DE LA

**ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA**

EN 12 DE OCTUBRE DE 1866.

**JUNTA DIRECTIVA.**

*Presidente.* . . . . . D. JOSÉ ESCOLÁ, *Pbro.*  
*Vocal.* . . . . . D. JOSÉ MENSA.  
*Secretario.* . . . . D. LUIS ROCA.

**JUNTA DEL CONSEJO.**

*Consejero Presidente.* . . . D. DOMINGO DE GOMAR.  
*Vocal.* . . . . . D. ANDRÉS SISÓ, *Pbro.*  
*Srio.* . . . . . D. FRANCISCO BELLET.

*Señores Consejeros efectivos.*

- D. Mariano Batanero.
- D. Gaspar Bono Serrano.
- D. Félix Lázaro García.
- D. Federico Antonio Sanchez de Galvez.
- D. Nicolás Sancho.
- D. Pedro Vinuesa.

*Señores Consejeros honorarios.*

- D. Domingo Hevia,
- D. Salvador Peralta.
- D. Miguel Sirera.
- D. Felipe Velazquez Arroyo.
- D. Bernardo Vergés (1)

**COMISION DE EXÁMEN.**

- D. José Escolá, *Presidente.*
- D. Domingo de Gomar.
- D. Luis Roca.
- D. Montano Farré.
- D. José Mensa, *Vocal-Secretario.*

(1) Son además *Consejeros supernumerarios* los Señores Presidentes de las Juntas locales de propagacion, y *Consejeros honorarios* los Señores Vocales y Secretarios de las mismas

SEÑORES SÓCIOS FUNDADORES.

DE PRIMERA CLASE.

- D. José Escolá, Pbro.
- D. José Mensa.
- D. Luis Roca.
- D. Mariano Batanero.
- D.<sup>a</sup> María del Pilar Berroy de Cortés.
- D. Manuel Ramos y Pina, Cura párroco.
- D. Manuel Cano, Maestrescuela.
- D. Pedro Vinuesa, Canónigo Doctoral.
- D. Federico A. Sanchez de Galvez, Arcipreste.
- D. Ramon de Valls.
- D. Antonio Romero Olmo.
- D. Agustin Vidal, Dean.
- D. Joaquin Aliaga, Cura párroco.
- D. Francisco de Asis Ruiz Polo.
- D. Francisco Bellet y Domingo.
- D. Felix Lázaro García.
- D. Joaquin Periaques.

DE SEGUNDA CLASE.

- D.<sup>a</sup> María Concepcion de Pallarés.
- D. Pablo Griñó, Pbro.
- D. Francisco Fontanals.
- D. Manuel Camats.
- D. Felipe Ribera, Cura párroco.
- D. Ignacio Vendrell.
- D. José Piqué, Pbro.
- D. José Diaz de la Mora.
- D. Ramon Blot y García.
- D. Salvador Moneréo y Charle.
- D. Antonio Oriach, Cura párroco.
- D. Francisco Perez y Pulido.
- D. José Malfey y Sasot.
- D. Ramon Ortí, Pbro.

DE TERCERA CLASE.

- D. Pedro Juan Masot.
- D. Juan Manuel de Carús.
- D. Tomás Casals.
- D.<sup>a</sup> María Concepcion Saralegui.
- D. Antonio Arroyo.
- D. Eusebio María de Azcué.
- D. José Codina, Pbro.
- D. José Antonio Trucharte, Pbro.
- D. José Gras y Granollers, Pbro.

JUNTAS LOCALES DE PROPAGACION (1).

ALCAÑIZ.

- Presidente*..... D. Mariano Bordas.
- Vice-Presidente*.... D. Manuel Gil.
- Vocal*..... D. Vicente de S. Anselmo.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Nicolás Sancho.

ALICANTE.

- Presidente*..... D. Francisco Penalva.
- Vocal*..... D. Francisco Rovira y Aguilar.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Juan Vila y Blanco.

ALMERIA.

- Presidente*..... D. José María Espadas.
- Vocal*..... D. Antonio Martínez Romero.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Ricardo Gomez Montero.

ARTAJONA.

- Presidente*..... D. José María Echavaguren.
- Vocal*..... D. Martín Orobio.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Joaquin Echaide.

BAEZA.

- Presidente*..... D. Maximiano Fernandez.
- Vocal*..... D. Antonio Viedma.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Narciso Castañares.

BARBASTRO.

- Presidente*..... D. Juan Codera.
- Vocal*..... D. Pedro Llacera.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Teodoro Valdominos.

BARCELONA.

- Presidente*..... D. Mariano Segarra.
- Vice-Presidente*... D. José Oriol Dodero.
- Vocal*..... D. José María Bocabella.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Jaime Grau.

BURGO DE OSMA.

- Presidente*..... D. Pablo Gil Andrés.
- Vocal*..... D. Pedro Vinuesa.
- \_\_\_\_ *Srio*..... D. Tomás Ruiz.
- \_\_\_\_ *Vice-Srio*... D. Marcelino Serrano.

(1) Para todo lo concerniente a la Academia puede el que guste dirigirse a D. José Escolá Pbro.—Lérida, ó a cualquiera de los Sres. que componen estas Juntas locales.

GALLOSA DE SEGURA.

*Presidente*..... D. Francisco Guilabert.  
*Vocal*..... D. Antonio Guilabert.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Lorenzo Payá.

CASPE.

*Presidente*..... D. José Valimaña.  
*Vice-Presidente*... D. Pedro Repolles.  
*Vocal*..... D. Mariano Serrate.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Antonio Marmoyed.

CASTELLON.

*Presidente*..... D. Juan Bautista Cardona.  
*Vocal*..... D. Luis Montoliu.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Hilario Sagarra.

ÉCija.

*Presidente*..... D. Francisco Fuentes.  
*Vocal*..... D. Francisco Ignacio Aguilar.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. José de Peralta.

GRANADA.

*Presidente*..... D. Gregorio Antonio Hernandez.  
*Vocal*..... D. José Terron.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Francisco Pertiñe.

GUADIX.

*Presidente*..... D. Sebastian Rodriguez Asencio.  
*Vocal*..... D. José Ventura Coronel.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Juan García Gimenez.

JÁTIVA.

*Presidente*..... D. José Soler y Picoruell.  
*Vocal*..... D. José Casanoves y Ravert.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. José Cirugeda y Ros.

JEREZ DE LA FRONTERA.

*Presidente*..... D. José María Guerrero.  
*Vocal*..... D. Juan Rodriguez.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Antonio Porche.

LOGROÑO.

*Presidente*..... D. Niceto A. Perujo.  
*Vocal*..... D. Ángel Ochoa.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Juan Domingo Elizondo.

MADRID.

*Presidente*..... D. Modesto Rodriguez.  
*Vocal*..... D. Gaspar Bono Serrano.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Juan Manuel de Carús.

MONDOÑEDO.

*Presidente*..... D. Antonio Fernandez Varela.  
*Vocal*..... D. Nicolás Silva.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Secundino Martinez.  
 \_\_\_ *Vice-Srio*... D. José Rodriguez.

MONOVAR.

*Presidente*..... D. José Pons.  
*Vocal*..... D. Máximo Rico.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Diego Trivez.

ONDARA.

*Presidente*..... D. José Miralles.  
*Vocal*..... D. . . . .  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Francisco José Fernando.

ONTENIENTE.

*Presidente*..... D. Manuel Tormo.  
*Vocal*..... D. José Martinez Soler.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Pedro Pascual Tortosa.

PAMPLONA.

*Presidente*..... D. Hipólito Lecumberri.  
*Vocal*..... D. José Cendegui.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Ramon Gimenez.

SFGOVIA.

*Presidente*..... D. Félix Lázaro García.  
*Vocal*..... D. Mamerto Torano.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Salvador Guadilla.

SEVILLA.

*Presidente*..... D. Rafael Molero de la Barbolla.  
*Vocal*..... D. Jorge Auñon.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. José Lamarque de Novoa.

TORTOSA.

*Presidente*..... D. Juan Arán.  
*Vocal*..... D. Gregorio Prades.  
 \_\_\_ *Srio*..... D. Juan Corominas.

VALDERAS.

Presidente..... D. Matías de Santiago Guzmán.  
 Vocal..... D. Modesto Barcena.  
 Srio..... D. Damian Silices.

VALENCIA.

Presidente..... D. Luis Badal.  
 Vocal..... D. José Climent.  
 Srio..... D. Francisco Genovés.

VICH.

Presidente..... D. Andrés Durán.  
 Vocal..... D. José Más y Comes.  
 Srio..... D. Lorenzo Novell.

ZARAGOZA.

Presidente..... D. José Escorihuela y Julian.  
 Vice-Presidente.... D. Pedro Nolasco Pastor.  
 Exmo. Sr. Conde de Robres.  
 Vocales..... } D. Manuel José de Lama.  
 D. Antonio Guzman.  
 D. Manuel Estrada.  
 D. Pascual Parral.  
 Vocal-Srio... D. Julio Monreal y Jimenez de Embun.  
 Vice-Srio.... D. Francisco Ciriquian.

SEÑORES SÓCIOS DE MÉRITO.

CLASE PRIMERA.

*Sócios de doble mérito.*

D.<sup>a</sup> María de la Concepcion Saralegui.  
 D. José Gras y Granollers.  
 D. José Mensa.  
 D. Luis Roca.  
 D. Miguel Estéban Ruiz.  
 D. Federico A. Sanchez de Galvez.  
 D. Nicolás Sancho.

CLASE SEGUNDA.

*Sócios de mérito literario.*

D. Gaspar Bono Serrano.  
 D. Francisco Bartrina de Aixemús.  
 D. Julio Monreal y Jimenez de Embun.

CLASE TERCERA.

*Sócios de mérito.*

D.<sup>a</sup> María del Pilar Berroy y Cortés.  
 D.<sup>a</sup> María Concepcion Saralegui de Cumia.  
 D.<sup>a</sup> María Dolores Martí.  
 D. José Aguiló.  
 D. José Albacete Sevilla.  
 D. Pedro Arenas.  
 D. Gregorio Arija.  
 D. Rafael Bataller.  
 D. Mariano Batanero.  
 D. José Belda.  
 D. Agapito Bon.  
 D. Antonio Bondia.  
 D. Nicasio Caballero.  
 D. Márcos Calvo de la Concepcion.  
 D. Antonio Calvo Flores.  
 D. Pascual Capdevila y Sancho.  
 D. Vicente Carpio.  
 D. Juan Lucas Carrion.  
 D. Juan Manuel de Carús.  
 D. Francisco Ciriquian.  
 D. José Cirugeda y Rós.  
 D. Lorenzo Coll y Buch.  
 D. José Oriol Dodero.  
 D. Mateo Dominguez.  
 D. Francisco Elcarte.  
 D. Francisco Feixas y Torrens.  
 D. Antonio Fernandez Varela.  
 D. Francisco Fernandez.  
 D. Gregorio Antonio Fernandez.  
 D. Luis Antonio Fernandez y Chacon.  
 D. Maximiano Fernandez del Rincon.  
 D. Eusebio García.  
 D. Victoriano Giner.  
 D. José Gras y Granollers.  
 D. Salvador Guadilla.  
 D. José María Guerrero.  
 D. Pedro de Guzman.  
 D. Dionisio Hermoso de Mendoza.  
 D. Hipólito Lecumberri.  
 D. Pedro Llaceras.  
 D. Clemente Martinez.  
 D. Francisco Martinez.

- D. José Martínez y Soler.
- D. José Miralles.
- D. José Mirete.
- D. Rafael Molero de la Barbolla.
- D. Miguel Munar.
- D. Manuel Muñoz.
- D. Alejandro Nagucia.
- D. Lorenzo Novell.
- D. Nicasio Ochoa.
- D. Francisco Ortiz Perez.
- D. Enrique de Ossó.
- D. Bartolomé de Otero.
- D. Luis Pardo Delgado.
- D. Francisco Pascual Mateu.
- D. Salvador de Peralta.
- D. Francisco Perez y Pulido.
- D. Angel Perez y Villalvilla.
- D. Antonio Perez.
- D. Francisco Pertinez.
- D. Niceto A. Perujo.
- D. José Prats.
- D. Juan de Dios Puértolas.
- D. Antonio Ramos Sospedra.
- D. Jaime Roca y Costa.
- D. Ildelfonso Rodriguez.
- D. Sebastian Rodriguez Asensio.
- D. Miguel Estéban Ruiz.
- D. Luciano Saez del Portal.
- D. Damian Sailices.
- D. Vicente de San Anselmo.
- D. Antonio Sanchez Ferrer.
- D. Federico Antonio Sanchez de Galvez.
- D. Nicolás Sancho.
- D. Baltasar Sanz.
- D. José Serrat.
- D. Miguel Sirera.
- D. Vicente Soler.
- D. José Suarez.
- D. Manuel Tormo.
- D. Antonio Trucharte y Villanueva.
- D. Jnan José de Vergara.
- D. Bernardo Vergés.
- D. Pascual Yaben.
- D. Isidoro de Zabaleta.

ÍNDICE.

	Pag.
<i>Acta del Certámen.</i> . . . . .	5
<i>Discurso del Sr. Director de la Academia D. José Escolá.</i>	9
<i>Memoria del Vocal-Scrio. del Certámen D. José Mensa.</i> . .	13
<i>La Aurora de Covadonga, Leyenda por D. Julio Monreal y Jimenez de Embun.</i> . . . . .	17
<i>Nuestra Señora de Covadonga, Leyenda por Doña Victoria Saenz de Tejada.</i> . . . . .	55
<i>El Hijo del Califa, Leyenda religiosa por D. Emilio Garcia Bravo.</i> . . . . .	77
<i>Á la Virgen de Covadonga, Oda por D. Gerónimo Borao.</i>	91
<i>Á la Madre de Dios en Covadonga, Oda por D. Julio Monreal y Jimenez de Embun.</i> . . . . .	97
<i>Á Nuestra Señora de Covadonga, Oda por Doña Emilia Mijares de Real.</i> . . . . .	103
<i>Tributo de amor á Maria Santisima en Covadonga, Oda por D. Luciano Saez del Portal de Agreda.</i> . . . .	111
<i>Á Maria Santisima en Covadonga, Oda por D. Félix Pizcueta.</i> . . . . .	117
<i>Mis Cantares, Oda á la Purisima Virgen Maria bajo la Advocacion de Nuestra Señora de Covadonga, por Don Luis Rovira y Benet.</i> . . . . .	123
<i>Apuntes históricos sobre el Santuario de Nuestra Señora de Covadonga, por D. Julian Pastor y Rodriguez.</i> . . . .	131
<i>Reseña del movimiento en el personal y trabajos de esta Sociedad en el último año académico.</i> . . . . .	147
<i>Cargos, distinciones y nombramientos de la Academia Bibliográfico-Mariana en 12 de Octubre de 1866.</i> . . . .	151

